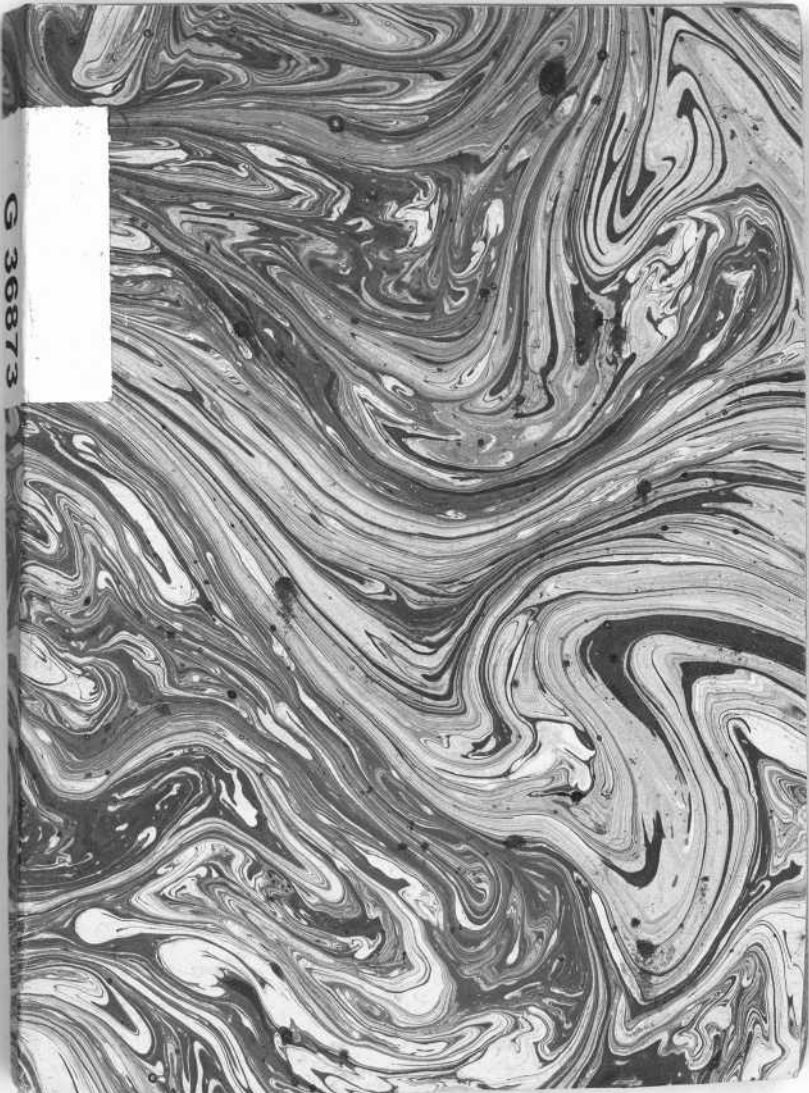


G 36873



DG
A

+ .151667
C. 1190290



R. 116917


EL AMIGO DE LOS NIÑOS,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL ABATE SABATIER,

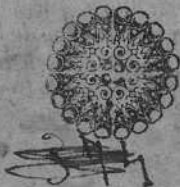
Y TRADUCIDO

POR DON JUAN DE ESCOIQUIZ,

con adiciones en verso por 

OCTAVA EDICION

Esta obrita es muy importante para la cristiana educacion, y las adiciones puestas en verso, son del mayor interés para los niños.

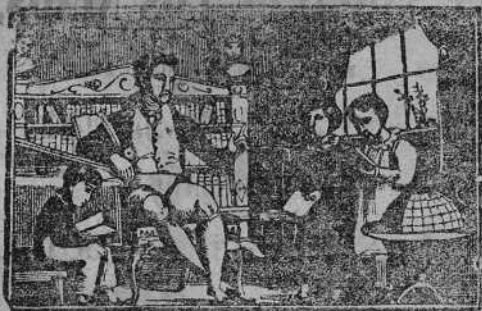


377

VALLADOLID:

Imprenta de D. Julian Pastor.

1838.



En la juvenil edad
Emprended la aplicacion;
Pues que ella y virtud son,
Bienes, paz y felicidad.

No descanséis hasta ser
Literatos consumados,
¡Qué de dichas hay colmados
Tan solo por su saber!

*Los tratados de este libro que son propiedad de su
Editor, están bajo la proteccion de las leyes, y nadie
puede reimprimirlos sin su consentimiento.*

Este libro está aprobado por el gobierno de S. M.

PRÓLOGO.

Este es un libro pequeño, pero lleno de excelentes principios, verdades y consejos, que acomodados á la tierna capacidad de los niños podrán producir y agravar eficazmente en su corazón, la dulce y placentera idea de que no han recibido la existencia sino para consagrarla en servicio de Dios, de su patria y de su Rey, que són los importantes objetos á que debe dirigirse la buena educación.

La claridad, el orden, la brevedad y sencillez con que se describen estas máximas; la amenidad de los sucesos históricos de que están entrelazadas, y la oportunidad con que se encuentran colocadas y aplicadas las varias fábulas que contiene, tan análogas al gusto de los niños, como proporcionadas á su tierna comprensión, causarán un agradable aliciente, y servirán de poderoso estímulo, que promueva á esta amable porción de la sociedad, á ejecutar la sana moral, amar la virtud y aborrecer el vicio.

Siendo este el principal objeto del autor, que habiendo conocido el inestimable valor de la educación, se ha dedicado en esta obra á formar dignos ciudadanos, buenos parientes y verdaderos amigos, no podrá dudarse del justo aprecio, estimación y reconocimiento de que se ha hecho acreedor, porque á la verdad, *¿qué mayor beneficio y qué servicio mas importante puede ofrecerse á la patria que el de instruir, enseñar y dirigir á la juventud?* El cielo proteja sus deseos, y permita que el fruto corresponda á sus benéficas intenciones.

INVOCACION.

Oh Dios Omnipotente
Eterno, bondadoso y sin segundo!
¡Artífice Eminente,
Y manantial fecundo
De cuanto bueno existe en este mundo?
Tú, oh Dios, me has reservado,
Aun antes que naciera, por ventura,
Un asiento á tu lado,
Aunque este orbe, tu hechura,
Se vuelva á sumergir en noche oscura.
Afable y justiciero
Una gloria sin fin has prometido,
Al hombre que sincero
Te idolatra rendido
A tus sábios preceptos sometido.
¡O miseros mortales
Que en un profundo sueño aletargados,
De goces terrenales
Vivis así olvidados
Del fin para que fuisteis engendrados?
¿Qué goce permanente
Procuraros podrán esas visiones
Que en vuestra débil mente
Engendran las pasiones
Y en humo se convierten é ilusiones?
¿Qué dicha duradera
Ofrece esa inquietud que al pecho agita
Que vuestra calma altera,
Y la salud os quita
Y al abismo del mal os precipita?
¿Sereis tan insensatos
Que, en medio de esa efímera existencia,

Rechazareis ingratos
 La voz de la conciencia
 Que acusa sin cesar vuestra demencia?

¡Oh miseros humanos!

Si evitar anhelaís tanta amargura,

Huid los goces vanos

Que este mundo os procura,

Y híd al Señor vuestra ventura.

Solamente en su seno

Encontrar puede el hombre su reposo;

Que un Dios de bondad lleno,

Se complace amoroso

En hacer á su siervo venturoso.

¡Feliz el que tu nombre

Invoca, oh justo Dios, en su quebranto!

¡Y mas feliz el hombre

Que acoges con tu manto,

Y consigue en tu seno ahogar su llanto!

¡Ah! dignate, Dios mio,

Comunicar tu gracia al tierno infante,

Que en este mundo impio,

Cual débil caminante,

No puede sin tu ayuda ir adelante.

Fortalece su alma

Contra el vicio feroz que nos seduce,

Y hazle gustar la calma

Que la virtud produce

Y á tu morada eterna nos conduce.

Así, Señor, un día

Con tu divina gracia fecundados,

Sirviéndoles de guía,

Lograrán ser premiados

Con los dones al justo reservados.

EL AMIGO DE LOS NIÑOS.

INTRODUCCION.

De cuanta importancia es acostumbrarse desde los primeros años á la virtud.

Has llegado, por fin, amado Teótimo, á la edad dichosa en que la razon comienza á desenvolverse, y á manifestar sus primeros resplandores. Libre ya de las tinieblas de los primeros años vas á entrar en una nueva senda, y empiezas á vivir. Feliz situacion para tí; pero al mismo tiempo delicadísima y que por consiguiente requiere de tu parte las mayores precauciones, persuadiéndote de que todo el curso de tu vida depende de los primeros pasos.

Sí, amado Teótimo, te has de considerar en este momento como un caminante que emprende un largo y penoso viaje. Si uniendo la felicidad con la prudencia logra tomar desde el principio el mejor camino, llega fácilmente al término; pero si tiene la desgracia de equivocarse escogiendo alguna senda extraviada, anda mucho, y adelanta poco: ó por mejor decir, cuanto mas se adelanta mas se aparta del término; se pierde y se embosca entre espesas selvas, ó va á parar á horribles precipicios, de donde muchas veces no puede salir á pesar de todos sus esfuerzos.

Esta es justamente la situacion en que te

hallas. Estás, por decirlo así, á las puertas de la vida. Se presentan á tus ojos dos caminos bien distintos, el del vicio, y el de la virtud. Desgraciado de tí si tomas el primero! Confuso en tal caso, descaminado darás tantas caídas como pasos; te verás precipitado de abismo en abismo, para terminar al fin en un funesto paradero, que será el cúmulo de todas tus desgracias. Si emprendes al contrario el segundo, alégrate anticipadamente de la feliz suerte que te espera. Caminarás por él sin temor y sin peligro á la luz pura de la razon y de la religion. Gozarás una vida dulce y tranquila, y afianzarás los premios que Dios tiene destinados á las almas virtuosas. Reflexiona, pues, cuanto te importa la eleccion entre estos dos caminos, que tienen tan distintos términos.

No me cansaré de repetírtelo. Todo depende de esta eleccion, y de tu conducta durante los primeros años de la vida. Porque así como los niños criados con buena leche logran en adelante salud y robustez, así los que en su edad temprana toman el gusto á la virtud, lo conservan toda su vida, y son, por decirlo así, naturalmente virtuosos. Les sucede con poca diferencia lo que á un arbolito tierno, que bien dirigido desde el principio, cuidado con esmero desde que empieza á medrar y á estenderse, continúa despues sin auxilio alguno siempre recto, prosiguiendo las ramas por sí solas

en crecer con la misma simetria. Cierta poeta antiguo propone un símil muy del caso, para dar á conocer la importancia de estos primeros pasos. Cualquiera vasija nueva, dice, conserva largo tiempo el olor de aquel licor que primero se echó en ella. Lo mismo pasa en nuestro corazon. Casi siempre duran en él las primeras impresiones de su juventud, y los primeros hábitos que ha contraído.

La siguiente fábula te hará palpable esta verdad, y te dará á conocer aun con mas claridad, que todo depende de los principios.



FABULA I.

Los dos Barqueros.

Siguiendo la corriente arrebatada
 De un rio, por las lluvias aumentada,
 En dos barcas bajaban dos barqueros
 Unidos como buenos compañeros:

9

Es uno jovencillo, en el oficio
Totalmente novicio,
Aun del río las burlas ignoraba;
El otro, perro viejo y muy machueho,
Estaba en sus revueltas ya tan ducho,
Que el camino del puerto nunca erraba.
Llevados de la rápida corriente,
Al principio viajaban felizmente,
Sin hallar en el río dilatado
Tropiezo alguno que les diese algún cuidado:
Mas hé aquí que á lo lejos ven un puente
Sobre firmes estribos construido,
Por cuyos arcos necesariamente
Habían de hallar paso;
Era en verdad apretadillo el caso:
El viejo marrullero persuadido
De la dificultad, y receloso
De la poca destreza del mozuelo
Para salir del lance peligroso,
Le grita: «Camarada, no seas lelo,
Enfila desde luego la corriente
Sino darás de hocicos contra el puente,
Y el barco y tu os hareis dos mil pedazos:
Ni aun yo me fio en mi destreza y brazos;
Así ojo alerta, mira como guio:
No me hagas llevar lnto antes de tiempo.»
«¡Que cobarde es el tío!
(Responde el desbarbado)
¡Cuán de lejos anuncia el contratiempo!
Si tanto teme el morir calzado,
Prevéngase desde ahora,
Que yo cuando sea hera,
Sabré del peligro libertarme.»
«¡Válgame Dios! (esclama el viejo) dudo
Que haya un hombre en el mundo mas torudo.
Ya verás sine quieres escucharme,

Y enfiar la corriente desde luego
 Lo que te pasa. » El joven con sosiego
 Deja que grite el viejo,
 Sin hacer cuenta de su buen consejo;
 Y al viento y á las aguas entregado,
 Se burla de sus voces descuidado.
 Llega el temido lance finalmente
 De ir á pasar aquel tremendo puente:
 Ya al remo, ya al timon su vida fia,
 Mas es tarde; á pesar de su porfia,
 A dar contra un estribo va derecho;
 Al impulso violento
 Queda el barco desecho
 Y él va á ser de los peces alimento.

El niño que no cuida con esmero
 Desde el principio de vencer del vicio
 La corriente fatal, como el barquero
 Irá á dar sin remedio al precipicio.

La esperiencia confirma siempre esta verdad. Rara vez vemos que se corrijan los que desde niños han sido mal inclinados; la edad lejos de disminuir el amor al vicio, lo aumenta, y del estado de niños viciosos, pasan al de hombres impios y abandonados. Esto se verificó completamente en la persona de Juliano Apóstata. Desde su mas tierna edad dió á conocer lo que habia de ser con el tiempo. San Gregorio y San Basilio, concólegas suyos en los estudios de Atenas, pronosticaron bien pronto por su fisonomía y su traza el desorden de su ánimo. Tenia los ojos vivos, pero atravesados; el modo de mirar furioso; el gesto

desdeñoso é insolente. Movia la cabeza, y hacia de continuo ademanes ridiculos sin venir al caso; se reia sin moderacion y daba grandes carcajadas; proponia cuestiones impertinentes, y respondia con oscuridad y confusion á los que le preguntaban. El deseo de adelantar en la filosofia gentilica era su pasion dominante, cuidando muy poco de instruirse en la religion cristiana, y gastando el tiempo en estudiar la astrologia, la mágia, y todas las vanas supersticiones del gentilismo. Junto todo esto con otras faltas que no podia disimular, aunque procuraba cubrirse con el velo de la hipocresia, fue bastante para que San Gregorio anunciase que el imperio romano alimentaba en su seno un monstruo. La serie del tiempo dió á conocer la verdad de esta conjetura y la puntualidad del pronóstico. Las malas inclinaciones que se habian notado en Juliano durante su juventud, prorrumpieron con el tiempo á vista de todo el mundo. Llegó á ser el enemigo mas declarado y mas irreconciliable de la religion cristiana, y tan impio, que espidió un edicto general para que se abriesen los templos gentilicos, y ejerció por sí mismo todos los oficios de Sumo Pontifice de los ídolos con todas las ceremonias acostumbradas, esforzándose cuanto pudo, en borrar el carácter de su bautismo con la sangre de los sacrificios profanos.

Debes, pues, mirar tu conducta durante la juventud, como un pronóstico casi infalible de la que has de tener en todo el discurso de tu vida. Si desde ahora abrazas la virtud, si gobernado por la prudencia plantas en tu corazón el amor á la piedad, á la inocencia y al estudio, ¿qué no puedes esperar en adelante? Pero al contrario, si te dejas vencer de las malas inclinaciones, si te pierdes en las erradas sendas del vicio, precipitado de uno en otro estravio serás toda tu vida el infeliz juguete de tus desordenadas pasiones.

Procura, pues, reprimirlas desde luego. Hasta ahora no son mas que chispas que pueden apagarse con facilidad. Son pequeñas fieras que pueden aun facilmente domarse y domesticarse. Pero Dios te libre de que crezcan, pues escitarán en tu corazón un funesto incendio, ó lo despedazarán. Te dominarán, te sujetarán, y te será casi imposible recobrar el imperio que ahora tienes sobre ellas.

Sus progresos son como los de la mayor parte de nuestras enfermedades. Al principio no consisten mas que en una indisposición ligera y fácil de remediar; pero si no hacemos caso de esta mala levadura, y si la dejamos fermentar y corromper la masa de la sangre, vanamente recurrimos á los socorros del arte. Llegan tarde los remedios, y son totalmente inútiles, de modo que venimos á ser víctimas

de un mal, que sin trabajo se hubiera remediado, tirándole á cortar desde el principio.

Quiera Dios amado Teótimo, que no se verifique en tí la descripción que acabo de hacer: tu naturaleza como la de todos, está inclinada de un sutil veneno, que infaliblemente la corromperá, sino lo destruyes antes que tome cuerpo y esplaye su actividad. Esto consiste en las inclinaciones viciosas que naturalmente tendrás. Examina pues, si eres inclinado á la cólera, al deleite, á la soberbia, al regalo etc. Y si descubrieres en tu corazón algunas de estas inclinaciones perversas, míralas como á otros tantos enemigos, que debes temer sumamente; y dedícate á destruirlas mientras que aun son endeble. Este consejo nos dá un antiguo poeta, y quisiera yo verle grabado en tu corazón con caracteres indelebles.

Es facil desofocar
El vicio recién nacido,
Mas despues que ya ha crecido
No se puede remediar.

Para hacerte mas sensible esta verdad vaya esta juiciosa leccion que daba un padre su hijo, y aplícala á tí mismo.



FABULA II.

El roble viejo y el arbolito.

Despues de haber gastado la mañana,
 No de muy buena gana,
 En hojear á Nebrija y Calepino,
 Un hijo con su padre se paseaba
 Por un jardin ameno, y muy contento
 El trabajo pasado desquitaban,
 Hallan en esto al lado del camino
 Un arbolito, que al furioso viento
 Hizo por no reñir tal cortesia
 Que inclinado hasta el suelo se veia.
 Reparolo al instante el sábio anciano
 Y por dar á su amado jovencillo,
 Con un simil sencillo,
 Un consejo muy sano,
 «Vé, le dice, hijo mio, y endereza
 De ese árbol tan torcido la cabeza
 Hasta dejarlo recto enteramente.»
 El niño al punto lleno de alegria
 Le pone como el padre lo queria.
 Muy bien dijo el Mentor (1) pues igualmente

(1) *Mentor, nombre del famoso ayo de Telémaco, hijo del Rey Ulises, que se suele aplicar por alabanza al que ejerce bien dicho oficio.*

Aquel antiguo roble, que hácia un lado
Desde pequeño está tan inclinado,
Necesita del vicio corregirse;
«Haz, hijo, lo que hiciste al primero.»
Se echa á reir el jóven y responde:
«¿Usted se burla, padre, ó se le esconde
Que eso fuera imposible conseguirse
Aunque de Sanson mismo el brazo fiero
Tomase por su cuenta enderezarlo?
De este vicio, cuando era tan pequeño
Como el otro, era facil libertarlo:
Yo solo me obligaba al desempeño;
Pero ahora que es tan viejo, endurecido,
Ya no puede dejar de estar torcido.»
«Niex muy bien, replica el buen anciano,
Todo esfuerzo al presente fuera vano.
Pues lo mismo sucede
En todos los humanos corazones,
Facilmente se puede
Dar direccion á sus inclinaciones
Cuando son tiernas; mas si incautamente
Las dejamos crecer mal dirigidas,
Por la costumbre y tiempo endurecidas,
No hay fuerza á enderezarlas suficiente.»

*** Si Teótimo querido,
Segun el Sabio confiesa,
Es la mas costosa empresa
Dirijir á la niñez.*

*Apenas el tierno infante
Llega á cumplir los siete años,
Los antojos mas estraños
Le combaten á la vez.*

*Su voluntad aunque jóven
Pero en su origen viciada,
Siempre al mal se halla inclinada
Y apelece lo peor.*

*Su débil entendimiento,
 De la voluntad cautivo,
 Le hace ver como atractivo
 Lo que es bello en su exterior,
 Los gustos y los placeres,
 Le alhagan y le seducen,
 Y en su alma tierna introducen,
 El gérmen de la maldad.
 Sin freno, sin experiencia,
 Y abandonado á si mismo,
 Al mas insondable abismo
 Camina en su ceguedad.
 Y en medio de este desorden,
 ¿Qué fuera del tierno infante
 Si no acudiera al instante
 En su ayuda un preceptor?
 Que dirigiendo del niño
 La voluntad indomable,
 La virtud le haga adorable
 Y el vicio le inspire horror,
 Y que le enseñe afectuoso
 Con egemplos y lecciones
 A contener sus pasiones
 Por medio de la razon.
 Pues solo de esta manera
 Dirigido á su despecho
 El árbol crece derecho
 Y llega á la perfeccion.*

CAPITULO I.

De la piedad y del culto de Dios.

No dudo amado Teótimo, que las sábias instrucciones de tus padres y de tus maestros te habrán hecho concebir la mas alta idea de

la piedad cristiana. Con todo, como este es el asunto mas importante de todos los que he de tratar, y el cimiento sobre el cual todos ellos deben fundarse, he juzgado conveniente comenzar, poniéndote á la vista todo lo concerniente á tan sagrada obligacion, para que creciendo tu estimacion y concepto respecto de ella, te animes á trabajar con total fidelidad en cumplirla.

Refleciona que Dios no te ha colocado en el mundo sino para servirle; ni te ha dado el corazon que tienes sino para amarle; y por consiguiente es justo que le consagres sus primicias. Te tendrías por el mas malvado hijo si no amases á los autores de tu nacimiento. Tendrías razon; merecen tu amor por todos los títulos. Pues repara, hijo mio, que tienes en el cielo otro Padre infinitamente mas digno de tu amor. Este tierno y perfectísimo Padre, es Dios, que aunque tan grande y tan poderoso no se desdeña de este título. Al contrario, lo ecsije, y sobre todo aprecia los cultos de un corazon nuevo, que aun conserva la pureza y la castidad. Por esta razon queriendo un dia los Apóstoles apartar los niños que se acercaban á Jesucristo, *dejad*, dijo este divino maestro, *dejad que los niños se acerquen á mí*. Recibo gustoso los testimonios de su amor, y con igual gustos les doy señales del mio.

Acércate, pues, al Señor por medio de una tierna y sincera piedad. Esta es nuestra primera obligacion, y en esto consiste nuestro verdadero mérito. Todos esos bienes que tanto aprecian los hombres, el nacimiento, el talento y las riquezas deben reputarse por nada, si no tienen á Dios por principio y por fin. Sola la piedad es la que nos hace agradables á sus ojos, y atrae sobre nosotros sus gracias. Por medio de ella mereció el jóven David trocar el estado de pastor con el de Rey, y subir á un brillante trono desde una humilde cabaña.

Habiendo resuelto Dios dar un nuevo Rey á su pueblo, en lugar de Saul, á quien habia reprobado, mandó á Samuel que pasase á la casa de Isai, para ungir en ella como Rey á aquel que entre sus hijos juzgase mas digno de su eleccion. Obedeció el Profeta: presentó Isai delante de él á su hijo mayor Eliab, que por su majestuosa presencia y su hermosura parecia nacido para el trono. Asi lo creyó el Profeta; pero no tardó Dios en desengañarle; lo mismo sucedió con los seis siguientes. Al paso que se presentaban daba el Señor á entender al Profeta que ninguno de ellos era el escojido. Llamaron en fin á David, que aun era muy jóven, y estaba guardando un rebaño. Apenas se presentó, cuando el Señor habló á Samuel y le dijo: *Levántate, derrama*

el óleo santo sobre su cabeza, porque este joven es el que he escogido para reinar sobre mi pueblo. ¿Y por qué, piensas que entre tantos que parecían mas propios para el trono fué David el preferido? El mismo Dios satisfizo sobre esto á su Profeta cuando quiso escoger á Eliab: los hombres, le dijo, no ven mas que lo exterior; pero Dios ve lo que pasa en los corazones. No juzgan en efecto los hombres del mérito de cada uno sino por las acciones exteriores; pero Dios, por las inclinaciones del corazón, y solo la piedad, puede conseguir su complacencia.

Aunque tengas el mas perspicaz talento, aunque lluevan sobre tí bienes y honores, si la piedad no habita en tu corazón, nada eres á los ojos de Dios. Pero al contrario, si esta sola prenda posees, aunque carezcas de todos los dones de naturaleza y fortuna, eres á los ojos de Dios mayor que todos aquellos famosos héroes que el universo admira, pero que el Señor reprueba, cuando no es la piedad el fundamento de su heroísmo. Así aunque deseo con todas veras que logres cuanto pueda contribuir á tu bienestar, mas querría verte privado de la ciencia, de las riquezas, y de todas las demas ventajas naturales, que falto de piedad. Esta sería la mayor pesadumbre que pudieses causarme, y para tí la mayor desgracia.

Procura estar íntimamente persuadido de que no hay felicidad alguna fuera del servicio de Dios. La inquietud y el remordimiento son los compañeros inseparables del vicio. *No hay paz para los impíos*, como nos lo asegura el Espíritu Santo, siempre son tristes víctimas de su impiedad. Testigo de esta verdad es aquel hijo pródigo de quien nos habla el Evangelio. Se determinó á abandonar la casa de su padre. Se lisonjeó de hallar completa felicidad, haciendo una vida vagabunda y disoluta. Para conseguirla hizo que su padre le entregase toda su legítima; fué á vivir á un pais apartado para quedar sin freno alguno; ¿y en qué paró? Despues de haber consumido cuanto tenia en disoluciones y en convites, se vió precisado á vender él mismo su propia libertad, de que estaba tan hechizado; experimentó los caprichos y el mal trato de un amo cruel y bárbaro, y se vió reducido á envidiar el alimento de los mas viles animales.

Tal es la triste suerte de todos aquellos que se olvidan de Dios que es nuestro verdadero Padre, para entregarse á sus desordenados deseos. Esperan hallar la dicha, sumerjiéndose en el centro de los placeres y de la libertad; pero no hallan otra cosa que inquietudes y amarguras. La piedad únicamente puede hacernos felices. Asi nos lo declara Salomon, despues de haberlo reconocido por una larga esperiencia. Este

Rey fué el mas rico y el mas poderoso de cuántos le precedieron ó vivieron en su tiempo. Desde las estremidades de la tierra acudian las gentes á contemplar los prodijios de su sabiduria. Vivía querido y respetado no solo de sus vasallos, sino de todas las naciones y Reyes de la tierra. Todo lo abrazaba su ciencia. Habia penetrado todos los secretos de la naturaleza. Rebosaban de oro y plata sus palacios. Con todo, aunque rodeado de tantos bienes, se vió precisado á esclamar: *No hay cosa fuera del amor, el temor y el servicio de Dios, que no sea vanidad y afliccion del ánimo.*

Sea, pues, la piedad el principal objeto de tus deseos, ya que es la primera de nuestras obligaciones y el único manantial de nuestra felicidad.

Dedícate á servir al Señor, y á tener una vida cristiana con preferencia á todas las demas cosas. No te desanimés aunque encuentres para esto dificultades que vencer. Aunque la piedad ecsije penosos sacrificios, ninguno de ellos con todo sobrepuja á tus fuerzas. Hemos visto niños de tu edad, que han practicado todas las obligaciones que trae consigo, con la mas ecsacta fidelidad. Tal fué el jóven Tobias, que desde su niñez no conoció otra ambicion que la de servir al Señor, y de ir á ofrecerle sus adoraciones en su santo templo, cuando los demás iban á postrarse delante de los idolos.

Tal el jóven Samuel, que trasladado al templo desde sus mas tiernos años llegó á ser tan agradable á Dios por sus virtudes y su piedad, que á la edad de doce años, mereció verse elevado á la sublime dignidad de Profeta. Tales fueron tambien en la ley nueva S. Bernardino de Sena, S. Pedro de Luxemburgo, y otros mil santos jóvenes, que siendo de tu misma edad no tenian mayor deleite, que el de conversar con Dios por medio de la oracion, y darle en todas ocasiones las mas vivas señales de su amor y de su piedad. ¿Pues por qué no has de poder tu hacer con el auxilio de la gracia lo mismo que ellos han hecho? No estas tú menos obligado que ellos á la piedad. Tanto derecho tiene Dios á tu corazon, como á los de aquellos virtuosos niños. Trabaja, pues, para que halle en tí la misma fidelidad, y veamos revivir en tu persona las virtudes que en ellos se admiraron.

*Si, querido Teótimo, en tu pecho,
Esculpe estas verdades importantes,
Las máximas divinas y constantes
Que acabas de escuchar.*

*Si á su sentido atiendes cuidadoso,
Quedarás convencido claramente,
De que hay un Dios eterno, omnipotente
A quien debes amar.*

*El es el Hacedor de este Universo,
El que bienes y dones te dispensa,
Y es mucho que te pida en recompensa*

Amor y gratitud?

*Acércate sumiso á rendir culto
A un Dios que te idolatra bondadoso,
Y si quieres un día ser dichoso*

Practica la virtud.

*Observa ciegamente los preceptos
Que te impone tu Dios; y humilde adora
Su santa religion, que es protectora*

Del misero mortal.

*Deshecha con horror la hipocresia,
Manto con que el impio se guarece;
Y el puro y casto amor que Dios mercede*

No olvides por tu mal.

CAPITULO II.

De los varios ejercicios de piedad.

La habilidad en las ciencias no se consigue sino á fuerza de estudiarlas. No se logra la perfeccion en las artes sino á puro ejercitarse en ellas: y del mismo modo, no se puede conseguir una piedad eminente sino practicando con esmero los ejercicios correspondientes. A estos ejercicios, pues, te has de aplicar principalmente si quieres hacer algun progreso en ella.

El mas esencial y necesario es el de la oracion; por su medio ofrecemos á Dios uno de los mas agradables cultos que podemos tributarle. Glorificamos su poder y su bondad, reconocemos humildemente que él solo es el manantial de todos los bienes y que sin él nada podemos. Pero este culto que damos á Dios no

es estéril para nosotros. La oracion nos atrae los beneficios de este supremo Señor. Es una especie de conducto por donde nos comunica sus gracias y sus favores. Orando logró Santa Mónica la conversion del jóven Agustino su hijo. A la oracion debió tambien Salomon aquella sabiduria extraordinaria que admiró el universo. Por medio de la oracion que S. Agustin llamó llave del cielo, conseguiremos nosotros igualmente todos los auxilios que necesitemos, pues Jesucristo mismo se ha obligado á condescender con nuestros ruegos.

Si fuera posible, debiéramos, como aconseja S. Pablo, orar incesantemente. En ninguna otra cosa podemos emplear mejor el tiempo. Los Angeles en el cielo no tienen otra ocupacion que la de alabar y bendecir al Señor. ¿Y qué mayor felicidad podemos apetecer que la de imitarlos en la tierra? Pero ya que no puedas consagrar á la oracion la mayor parte del tiempo, no dejes cuando menos de emplear en ella los primeros y últimos instantes del dia; y en estas oraciones de mañana y tarde, carga sobre todo la mano en dar gracias á Dios de los innumerables beneficios que te ha hecho; en pedirle las gracias que necesitas, en ofrecerle tus acciones, y en rogarle que te llene de bendiciones, y que no permita que caigas, por medio de algun pecado en desgracia suya. Tus oraciones sobre este pie

jamás pueden dejar de agradar á Dios, y de serle útiles; y así vemos regularmente que los que son exactos en estas santas prácticas, reciben muchas más gracias, y hacen una vida más regular que los que las omiten.

Pero además de estas oraciones, que por ninguna razón debemos omitir jamás, mira como una obligación para tí el asistir todos los días al santo Sacrificio de la Misa. Jesucristo renueva en él el que ofreció á su Eterno Padre en el Calvario, implora su misericordia á favor de los hombres, y derrama, por decirlo así, á manos llenas sus gracias. El reconocimiento que le debes, tu propio interés y la misma gloria del Señor, son motivos suficientes para que no faltes á este adorable sacrificio: pero acuérdate de que no sirve que estés corporalmente presente, si tu ánimo no está atento á lo que allí se hace. No imites á la mayor parte de los niños que asisten á él sin modestia, sin respeto y sin atención. Te guardarías muy bien de presentarte delante de un Monarca de la tierra sin atención y en postura indecente; ¿pues cuánto más respeto debes á Jesucristo Rey del cielo, ante cuyo acatamiento se cubren con sus alas los Serafines para dar á conocer su profunda veneración? La modestia de los mismos idólatras en las varias ceremonias de su falso culto debiera avignonzarte. Vé aquí

un ejemplo de los mas extraordinarios.

Cuenta S. Gregorio , que ofreciendo Alejandro Magno un sacrificio á sus falsas deidades cayó en la manga de uno de sus pajes un ascua encendida. Sintió desde luego un dolor muy vivo, pero se dejó casi abrasar la mano, sin prorrumper siquiera en un jemido, por no turbar el sacrificio. *De este idólatra, concluye el Santo, debeis aprender hasta qué término ha de llegar vuestra modestia y vuestro respeto cuando asistis al Santo Sacrificio del Altar.*

Note es menos necesaria la frecuencia de Sacramentos que la oracion. Los Sacramentos son para nuestra alma lo mismo que los alimentos para nuestro cuerpo; la conservan, la fortifican y la alimentan. ¿Cuánto cuidado no tendrias de no dejar tu cuerpo muchos dias sin el alimento necesario? Temerias con razon que le faltasen las fuerzas; y que llegase totalmente á perecer. Pues el mismo has de tener de tu alma. Si la privases de la frecuencia de Sacramentos caeria en la mayor flaqueza, se iria debilitando cada dia, y perderia al fin todo su vigor. Mira, pues, como una de tus mas importantes obligaciones el frecuentar los Sacramentos y llegarte á lo menos una vez al mes al tribunal de la Penitencia y á la sagrada Mesa; pero jamás te aventures á esto sin que precedan las disposiciones necesarias. Debes saberlas muy bien. No debes ignorar que para hacer una

buena confesion no basta decir sincera y es exactamente todos los pecados cometidos, siendo absolutamente necesario añadir un vivo dolor de haber ofendido á Dios, y un propósito firme de jamás ofenderle. Debes estar igualmente persuadido de que para participar dignamente del adorable Sacramento de la Eucaristia, en que Dios se digna entregársenos, es menester que estemos en gracia suya, y penetrados de los mas vivos impulsos de fé, de respeto, de amor y de humildad. No me quiero detener ahora en explicarte estas diferentes disposiciones; pero sí en exhortarte á que no omitas la mas mínima, para participar de los frutos que saca de los Sacramentos todo aquel que los recibe dignamente, y para evitar las desgracias que se atraen los que no se acercan á ellos con las disposiciones necesarias. Porque así como los Sacramentos son alimentos saludables para aquellos que santamente los reciben, puede decirse que se convierten en veneno para los que los profanan. La confesion, por ejemplo, no produce otro efecto en el penitente mal dispuesto que hacerle mas culpado: y S. Pablo nos advierte que el que recibe indignamente el cuerpo de Jesucristo, se come su propia condenacion. Para conocer la severidad con que Dios acostumbra castigar á los que abusan de las

cosas sagradas, no es menester mas que acordarse del modo con que trató á los que faltaron al respeto debido al Arca del Testamento. Oza no hizo mas que estender la máis no para sostenerla é inmediatamente fué herido de muerte. No cometieron otro delito los Betsamitas que el de mirarla con una curiosidad temeraria, y con todo al instante fueron esterminados. ¿Pues con qué rigor castigará Dios á aquellos que se atrevan á profanar su cuerpo y sangre preciosísimos de los cuales no fué el Arca mas que una imagen perfectísima figura? Con todo, estos ejemplares espantosos no te han de impedir que te llegues á ellos, sino solo moverte á que te dispongas con el mayor cuidado que puedas para recibirlos; seguro de que si santamente los recibes, serán para tí un manantial de gracias y de bendiciones.

Para disponerte á recibir con fruto los Sacramentos, y para conservar en tu ánimo la religion y piedad, no hay cosa mas útil que la leccion de buenos libros. Sus instrucciones saludables te pondrán á la vista tus obligaciones, y te animarán á cumplirlas. Serán otros tantos predicadores que fortalecerán tu alma contra los atractivos de los vicios y de los malos ejemplos. S. Agustin debió su conversion á los buenos libros que leía. Hallándose un dia en un huerto recostado al

de una higuera, oyó una voz que repitió
 muchas veces estas dos palabras: *tolle lege*,
 esto es, *toma y lee*. Estaba á la sazón lleno
 de dudas y de confusiones, nacidas de la re-
 sistencia de su corazón para convertirse; y
 acordándose al oír dichas palabras de que
 Antonio se habia convertido leyendo el
 evangelio, tomó el libro de las Epistolas de
 Pablo, que tenia allí mismo, leyó el pri-
 mer capítulo que se le presentó, y tropezó
 precisamente con uno en que se reprendian
 sus desórdenes, y se le hacia patente la obli-
 gacion de vivir santa y cristianamente. Esto
 bastó para desvanecer todas sus incertidum-
 bres; sintióse inflamado de un extraordinario
 valor, y empezó desde aquel punto á renun-
 ciar al mundo y á sus pasiones para consa-
 grarse totalmente al servicio de Dios. ¿Y en
 qué hubiera parado si hubiera resistido á la
 voz milagrosa que le hablaba? Quizá ¡ay Dios!
 hubiera quedado para siempre en el camino
 de la perdición, y jamás se hubiera converti-
 do. Haz, pues, cuenta de que la religion y la
 piedad te dirijen las mismas palabras que á
 San Agustin, *tolle lege*. Imita su docilidad;
 consagra á lo menos un cuarto de hora al dia
 en leer algun buen libro; y los frutos que
 este corto trabajo te producirá te convencerán
 mejor que todas mis ponderaciones de la uti-
 lidad de este santo ejercicio.

Otra piadosa práctica que quisiera yo inspirarte, y á la cual te debieras entregar con el mayor esmero, es la devocion á la Virgen Santísima. Esta Señora es madre de Dios, e madre de los hombres, y por consiguiente madre tuya; y así es muy justo que la honres, y singularmente implores su poderoso proteccion. Todos los Santos se han distinguido en tener para con esta Señora la mas tierna devocion, y han conseguido por su medio los mas señalados favores. Santo Tomas de Aquino aseguró al tiempo de morir que jamás habia dejado de lograr cosa alguna que hubiese pedido á Dios por la intercesion de María. De Alberto el grande se cuenta que debió á esta misma devocion los rápidos progresos que hizo en las ciencias. Cansado de las dificultades que hallaba en el estudio, pensó en renunciar al estado religioso y volverse al mundo; pero la Virgen Santísima, á quien singularmente veneraba, se le apareció en sueños, y prometiéndole que no hallaría en adelante su entendimiento los mismos obstáculos en el estudio de las ciencias, para hacerle ver que únicamente debia este favor á su intercesion, le anunció que llegaria algun dia á olvidar todo lo que hubiese aprendido: lo que se verificó al pie de la letra; pues dicho sábio, despues de haber brillado mucho tiempo por su erudicion, per-

ndió de tal manera la memoria que no le
quedó el menor recuerdo de todo lo que ha-
bia aprendido. Seria necesario un volúmen
entero para manifestarte las gracias particu-
lares que han debido á Maria sus fieles de-
votos. Algunos ilustrados por su medio con
celestiales luces han reconocido claramente
el estado á que Dios los llamaba. Otros con
su auxilio han conservado su inocencia en
medio de las mas violentas tentaciones. To-
dos en fin, á proporcion de sus necesidades
han experimentado los saludables efectos de
su proteccion. ¿Y por qué no los has de es-
perimentar tú igualmente? ¿Qué no debes es-
perar de una madre tan tierna, si la invocas
con humilde confianza? Los niños son singu-
larmente objetos de su predileccion; se com-
place en admitir sus rendimientos, y en abri-
gar su inocencia bajo su poderoso amparo.
Procura, pues, merecerlo con una fiel y conti-
nua devocion. No dejes pasar dia alguno sin
honrar á Maria por medio de algunas particula-
res oraciones, y celebra todas sus fiestas con la
mas tierna devocion. Jamás la invocarás en
vano; y si te portas con esta Señora como un
hijo obediente y celoso en servirla, encontra-
rás en ella el cariño de una tierna madre.

El Angel que Dios ha destinado para asis-
tir y para velar en tu conservacion y sal-
vacion, debe tener tambien parte en tus cul-

tos. Ya sabes lo que en otro tiempo hizo el Arcángel San Rafael con el jóven Tobias. Le guió en su largo viage, le libertó del furor del monstruoso pez que iba á devorarle, le dió los mas prudentes consejos para que no cayese en los lazos que le armó el Angel de las tinieblas; por último le volvió sano y alegre á casa de sus padres. Pero Tobias por su parte lleno de agradecimiento miró como su primera obligacion, luego que estuvo en su casa el corresponder á su santo conductor, y le ofreció inmediatamente la mitad de sus bienes. Tu tambien has recibido, aunque de un modo invisible, de tu Angel custodio los mismos favores que Tobias en otro tiempo. No ha dejado un momento de protegerte y velar en beneficio tuyo. Mil veces te ha libertado de la cruel garganta del pecado, monstruo infinitamente mas funesto que el que acometió á Tobias. Mil veces, inspirándote saludables pensamientos, te ha hecho evitar los lazos del demonio, y siempre está dispuesto á hacerte experimentar los saludables efectos de su proteccion. Imita, pues, la juiciosa conducta de aquel piadoso Israelita, y profesa á tu Angel custodio el mismo reconocimiento y amor que él manifestó á su santo protector. No ecsije el santo Angel parte alguna de tus bienes: pero sí desea y merece tu reconocimiento, tu respeto, tu amor

y tu confianza. No se los niegues, ni dejes de implorar su asistencia todos los dias, especialmente por la mañana y por la noche. No omitas en fin, amado Teótimo, cosa alguna de las que puedan alimentar tu piedad. Acuérdate que sin ella nada hay sólido; y que de ella depende tu felicidad en esta vida y en la otra.

*Los ejercicios piadosos
La conciencia purifican,
Y á nuestra alma comunican
Un religioso fervor.*

*Con la sagrada lectura,
El rezo y las oraciones,
Se vencen las tentaciones
De este mundo seductor.*

*Mas si entre el juego y el ocio,
La juventud distraida
De estas prácticas se olvida,
Mucho un dia llorará.*

*Pues el que á Dios abandona
Por el mundano atractivo
Es cual tierra sin cultivo
Que abrojos solo nos dá.*

CAPITULO III.

De la inocencia.

No tengo otra cosa que encargarte con mas encarecimiento, oh amado Teotimo, despues de la piedad, cuya importancia y necesidad te he demostrado, que la conservacion de la inocencia. Esta virtud es el principal

adorno del hombre, que le iguala de algun modo á los espíritus celestiales. Por ella mereció San Juan Evangelista ser el favorito de Jesucristo, y descansar sobre su pecho. En una palabra, en ella consiste nuestra gloria y nuestra felicidad. Nada son las ventajas mas preciosas en comparacion de este tesoro inestimable que posees. Asi, si fuese necesario, todo lo devieras perder por conservarlo. Mientras le poseas serás sobradamente rico; pero si le pierdes, lo perdiste todo.

Adán y Eva gozaron de la suerte mas feliz mientras se mantuvieron en el estado de la inocencia. Libres de las pasiones, de las enfermedades y de la muerte, lograban la vida mas tranquila en un jardin delicioso y fértil, que sin necesidad de cultivo producía todo género de frutos. No les incomodaba el calor del estio, ni el frio del invierno. Gozaban de una primavera continua, y todos los animales estaban obedientes á su imperio: nada faltaba á sus deseos, nada se oponia á sus inclinaciones. Pero apenas perdieron la inocencia cuando fueron arrojados de aquel delicioso vergel, se esterilizó la tierra, experimentaron los rigores de todas las intemperies, se desenfrenaron sus pasiones para atormentarlos, quedaron sujetos á las enfermedades y á la muerte, y en lugar de su pasada felicidad llovieron sobre ellos todos los males.

Vé aquí, amado Teótimo, una descripción exacta de lo que te sucederá también si llegas á perder el precioso tesoro de tu inocencia. Te cerrarás tu mismo las puertas del cielo, quedarás privado de la amistad de Dios, y hecho esclavo del demonio y del pecado. Dios te libre de experimentar jamás tan funesta desgracia. Hijo mio, decia en otro tiempo la Reina Blanca á San Luis, cuando era de tierna edad, ya ves lo que te quiero, pues á pesar del amor con que te miro, mas quisiera verte espirar delante de mis ojos que incurrir en un solo pecado mortal. No tengo reparo, amado Teótimo, en repetirte lo mismo; sí, por grande que sea la amistad que te profeso, mas quisiera verte privado de la vida que de la inocencia; porque la pérdida de la vida interesa solamente al cuerpo; pero la de la inocencia interesa al alma, y la espone á una desgracia eterna.

Por esta razon vemos que todos aquellos que han estado penetrados de verdadero amor á la religion y de temor de Dios, han preferido, cuando ha sido necesario, los suplicios y la muerte al pecado. Así leemos que José mas quiso esponerse á ser calumniado, maltratado y encerrado en un oscuro calabozo, que cometer el delito que se le proponia. Una infinidad de jóvenes de ambos sexos le han imitado, y han padecido los mayores tormentos por no

perder la amistad de Dios. En confirmacion de esto me contentaré con citarte el memorable ejemplo que dieron al mundo los siete hermanos Macabeos.

Queriendo obligarlos el impío Antioco á comer de un manjar prohibido entonces por la ley de Dios, respondieron unánimes los generosos hermanos, que mas querian morir que ofender al supremo Dueño del universo. El tirano al oír esta respuesta mandó preparar todo jénero de instrumentos para atormentarlos; pero ni los potros, ni las ruedas, ni las calderas encendidas pudieron hacer titubear la constancia de los seis primeros, muriendo todos sucesivamente, gozándose de su dichosa suerte. Quedó el mas jóven, y viendo Antioco que no habian cedido los otros á los tormentos, se valió para con él de las caricias y de las mas lisonjeras promesas. Hizo venir al mismo tiempo á su madre para que le exhortase á obedecer sus ordenes; pero la virtuosa madre en lugar de coadyuvar á las intenciones del tirano, no habló á su hijo sino para animarle á seguir el ejemplo de sus hermanos, y á morir como ellos en defensa de las sagradas leyes, mostrándole el cielo en donde antes de mucho habia de recibir el premio debido á su valor. No fué inútil la exhortacion; el piadoso jóven, mirando con igual desprecio promesas y amenazas, protestó sin rebozo que no obede-

rería á las órdenes de Antioco, sino á la ley de Dios. Irritó esto de tal manera al impío Monarca, que soltando la rienda á todo su furor, mandó á sus verdugos que agotasen su rabia sobre aquella tierna víctima que sufrió la muerte con la mas heróica constancia.

Vé aqui lo que costó á aquellos jóvenes mártires la conservacion del precioso tesoro de la inocencia. Regularmente no tendrás tú que padecer tales combates, ni que hacer tan grandes sacrificios para conservar la tuya; pero no debo disimularte que necesitarás del mayor cuidado para no perderla. Es esta virtud una hermosa flor adornada de los mas vivos colores, y que esparce muy lejos el mas agradable olor; pero el menor vaho puede marchitarla, y el mas leve soplo basta para derribarla ó tronzarla. Una conversacion indecente, un mal ejemplo, una mala compañía, son bastantes para despojarte de la preciosa túnica de la inocencia. A pesar de esta delicadeza estás obligado á conservarla pura y sin mancha. Si Dios te ha revestido de ella ha sido con esta preciosa condicion, y llegará el dia en que te pida cuenta de ella.

Despues que los hijos de Jacob vendieron á su hermano José á unos mercaderes Ismaelitas, para ocultar este delito á los ojos de su padre, que le amaba con particular cariño, se quedaron con su túnica, y manchándola con

La sangre de un cordero, se la enviaron con un criado, diciéndole por su medio: *esta túnica hemos encontrado, mira si es la de tu hijo. ¡Triste de mi!* exclamó el padre, *demasiado la reconozco. ¡Pero en que estado la veo! No hay remedio, José ha perecido, alguna fiera le ha devorado.* Interrumpieron los suspiros y sollozos estas tristes palabras, y no hubo medio de calmar el dolor del afligido padre.

Pues haz tu tambien cuenta, que llegará el dia en que los Angeles presenten la túnica de tu inocencia ante el tribunal del supremo Juez, diciéndole como á Jacob: mirad Señor si es esta la túnica de vuestro hijo. ¿Y qué desgracia seria la tuya si la viese manchada y teñida en sangre? Serias perdido para siempre, porque en el reino de Dios no puede entrar cosa manchada, y para ser admitido en él, es preciso haber conservado la inocencia, ó haberla recobrado por medio de la penitencia. Cuida, pues, de que no se diga de tí lo que de José, *alguna fiera le ha devorado.* El monstruo cruel que puede devorarte es el pecado. Continuamente te rodea para sorprenderte. Huye de él con el mismo cuidado que de una serpiente venenosa; y usa para librarte de los dos medios que Jesucristo nos propone para conservarnos en la inocencia, esto es, de la oracion y vijilancia.

Como nada podemos sin el socorro de Dios, y á cada paso damos las mas crueles caidas,

si no nos sostiene su gracia, es preciso que la pidas continuamente, y no dejes pasar dia alguno sin rogar muchas veces al Señor, sobre todo por la mañana y por la noche, por medio de esta corta y adecuada oracion, de que continuamente usaba el jóven Ubaldino, muerto en opinion de santo á los diez y siete años de edad: *Quitadme antes la vida, oh Dios mio, que permitir que pierda mi inocencia.* Añade la frecuencia de Sacramentos á la oracion. Todos los Santos padres han mirado el Sacramento de la Eucaristia como uno de los medios mas eficaces para conservar la inocencia: ese divino Sacramento, al paso que nos hace impenetrables al fuego de las tentaciones, obra en las almas de los que le reciben dignamente lo que obró en otro tiempo en el cuerpo de un niño, libertándole del furor de las llamas. Vé aquí como cuentan este suceso muchos historiadores eclesiásticos.

Era costumbre antigua de la iglesia Griega el consagrar el sacratísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con pan fermentado como el que comemos ordinariamente, y quando despues de comulgar los fieles sobraban algunas partículas de este pan consagrado, llamaban á algunos niños pequeños de la escuela, y se las hacian comer. Vino para este efecto un dia entre los demas, un hijo de un vidriero judio. Este niño que ignoraba nuestros san-

tos misterios, despues de haber recibido como los demas en la Iglesia la sagrada Eucaristia, volvió a su casa. Preguntóle su padre por qué habia tardado tanto en volver, y el niño le contó sencillamente lo acaecido. Bastó esto para irritar al fanático judio de tal manera, que cojiendo enfurecido al niño, le arrojó en el horno encendido que le servia para fabricar el vidrio. La madre echando de menos al hijo, ignorando lo que le habia sucedido, corrió toda la ciudad buscándole, derramando un rio de lágrimas é implorando el socorro del cielo con voces interrumpidas por sus sollozos: al tercer dia, desesperando ya de hallarlo, y encontrándose llena de dolor á la puerta de la vidriera de su marido, repetia continuamente el nombre de su hijo, que oyéndola, le respondió de dentro del horno. La pobre madre llena de gozo rompe la puerta, y viendo á su hijo sin la menor lesion encima de las ascuas, le pregunta como es que el fuego no le habia dañado, á lo que el niño, contándole el suceso, satisface diciendo. Una muger vestida de púrpura ha venido á visitarme muchas veces; me ha dado agua para apagar las llamas que me rodeaban, y me ha traído de comer cuando lo he necesitado. Habiendo llegado este milagro á oídos del Emperador Justiniano, mandó que bautizasen á la madre y al hijo que lo deseaban, é hizo castigar con pena de muerte al padre, que

de ningun modo quiso hacerse cristiano.

Pero no basta orar y frecuentar los Sacramentos. Dios no lo ha de hacer todo. Es menester que por tu parte veles sobre tí mismo y guardes con especialidad tus sentidos para no ver ni oír cosa alguna que pueda perjudicar á tu inocencia. Una mirada sola bastó para perder á David. Hasta entonces habia sido un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya se detuvo á considerar con atencion un objeto peligroso; y esta sola imprudencia fué suficiente para hacerle cometer dos delitos enormes. Y si este santo Rey se dejó seducir tan facilmente, ¿qué no debes temer tú, sino haces, como Job, un pacto con tus ojos para no mirar cosa alguna que pueda inclinarte al pecado? Esta vijilancia es el único medio para libertarte de los tropiezos en que caen todos los dias tantos jóvenes, que apenas llegan al uso de la razon, cuando se sirven de ella para ofender á Dios.

No puedo persuadirme, amado Teótimo, que hasta ahora hayas incurrido en tal desgracia. Tengo demasiado buen concepto de tu religion y de tu virtud para creerlo; pero si por desdicha hubieses manchado la preciosa túnica de tu inocencia con algun pecado grave, ya sabes que Dios en el Sacramento de la Penitencia nos ha dejado un remedio saludable para purificarnos y curarnos, y así acude inme-

diatamente á él. Si vieras tu cuerpo acometido de una enfermedad peligrosa, ¿qué prisa no tendrías para llamar al médico, y tomar los remedios necesarios á fin de recobrar tu salud? ¿Pues cuánto mas debes apresurarte para remediar los daños de tu alma? La herida que en ella hace el pecado es mil veces mas peligrosa y funesta que todas las enfermedades del cuerpo. A cada instante estás expuesto á que te sorprenda la muerte: ¿y qué sería de tí si murieses en pecado?

Espero en el Señor que no experimentarás tan triste suerte, persuadido de que aun posees el precioso tesoro de la inocencia, ó que á lo menos si has tenido la desgracia de caer en pecado, habrás tenido cuidado de purificar tu alma por medio de una sincera penitencia. Asi, me contentaré con esforzarme á precaverle contra los escollos que estás expuesto á encontrar, y que puedan ser funestos á tu inocencia. Estos escollos son los amigos viciosos, y los malos libros. En los dos capítulos siguientes verás como debes pensar acerca de ellos.

*Un don es la inocencia
Que Dios en su clemencia
A todos, al nacer, ha regalado;
Mas como hija del cielo,
En este impuro suelo
La marchita el mortal con el pecado.*

Así, diariamente
A Dios omnipotente,
Le debemos rogar con eficacia:
Que en tan costosa empresa
Por conservarla ileza,
Nos asista y conforte con su gracia.
Quien tan rico tesoro
De mas precio que el oro
Logrará conservar intacto y puro,
Vera con ojo esquivo
El mundano atractivo,
Y al puerto ansiado llegará seguro.
Pues Dios ha declarado
En su libro sagrado:
Que abierta esta su gloria al inocente,
Y al infierno destina
A quien ciego camina
Por senderos torcidos imprudente.

CAPITULO IV.

De las malas compañías.

El Espiritusanto nos asegura que no hay tesoro por precioso que sea, que pueda compararse á un amigo prudente y virtuoso. El que lo es, toma parte en nuestros trabajos, nos consuela en nuestras aflicciones, nos ilumina con prudentes consejos, y nos inclina á la virtud con su ejemplo. Tal era Jonatás respecto de David, y David para con Jonatás.

Pero si es tan útil la amistad con los buenos, no hay cosa mas perjudicial que la que se contrae con los malos.

Menos debes temer á un enemigo decla-

rado que á un amigo vicioso. Del primero si-
quiera desconfiarías, y tomarías precauciones
para evitar sus asechanzas. Del segundo al
contrario, no recelándote de él, y tratándole
familiarmente, aprenderías insensiblemente,
las máximas más perniciosas, imitarías su
perverso ejemplo, y poco á poco te harías se-
mejante á él. El ejemplar de Neron basta pa-
ra hacernos palpable esta verdad.

Mientras este joven Príncipe se gobernó
por los consejos de Burrho y Séneca, que
estaban encargados de su educacion, fué ad-
mirado de todo el mundo por su mansedum-
bre y clemencia. Habiéndosele presentado un
dia uno de sus ministros para que firmase
una sentencia de muerte, dijo estas admira-
bles palabras: *Ojalá no supiese escribir.* En
otra ocasion escribió á uno de los gobernado-
res de sus provincias, que habia aumentado
considerablemente los impuestos, que era
menester esquilmar las ovejas pero no deso-
llarlas: dándole á entender con esto que no
era razon incomodar y arruinar los pueblos
con contribuciones demasiado crecidas. Pero
apenas empezó á dar oidos dicho Príncipe á
los cortesanos aduladores y viciosos que le
rodeaban, cuando dejando á un lado la hu-
manidad y clemencia, se convirtió en un leon
furioso, que no podia alimentarse sino de
sangre y matanza. La nobleza, el pueblo, y

especialmente los cristianos, fueron sacrificados sucesivamente á su crueldad. Dió muerte no solamente á Burrho y á Séneca, sino á su misma madre Agripina y á Octavia su muger. Llegó al extremo de decir muchas veces, que deseaba que todo el género humano no tuviese mas que una cabeza para tener el gusto de cortarla. Fué tal, en fin, su barbarie é inhumanidad, que hizo pegar fuego á Roma, para tener el gusto de contemplar desde una alta torre el incendio, entreteniéndose en cantar un poema sobre la ruina de Troya, mientras que las llamas devoraban la ciudad.

No fué menos funesto para Joas, Rey de Judá, el trato con los malvados. Este jóven Príncipe gobernó con el mayor juicio mientras siguió los consejos de Joyada, que ademas de haberle libertado del furor de Atalia, le habia colocado en el trono. El trato con este hombre virtuoso le hizo tomar gusto á la piedad y á la virtud. Pero muerto Joyada tardó poco en mudar de conducta, y dió á conocer con su ejemplo que somos buenos ó malos segun con quien tratamos; porque habiendo venido á hacerle la córte los grandes de su reino, se dejó seducir por sus viles adulaciones, y colocó á algunos de aquellos hombres viciosos en el número de sus amigos.

Esta fué la época de sus desórdenes. Abandonando desde entonces el culto del verdadero

Dios se entregó al de los ídolos; y llegó á tal estremo su depravacion, que quitó la vida al hijo del mismo Joyada, á quien debia la corona.

Estas mutaciones te parecerán quizas extraordinarias; pero no deben admirarte. Un amigo vicioso es como un hombre que adolece de una enfermedad pegajosa; contajia á todos los que se le acercan; y así del mismo modo que huirias con la mayor precaucion de qualquiera que padeciese una enfermedad epidémica, debes evitar el comercio y la amistad de los que tienen costumbres depravadas.

Este era el concepto que hacian de las malas companias S. Basilio y S. Gregorio, cuando estudiaban en Atenas, siendo de tu misma edad: *Huíamos, dice S. Gregorio, cuidadosamente de todo trato con aquellos compañeros que eran insolentes, violentos, y de malas costumbres, y solo teniamos amistad con aquellos que por su modestia, su moderacion y su juicio podian ayudarnos á mantenernos en los buenos propósitos que teniamos de hacer una vida arreglada; conceiamos muy bien que los malos ejemplos se comunican facilmente como las enfermedades contagiosas. ¿Quiéres ver un símil palpable que te haga conocer mejor el peligro de las malas companias? Mezcla frutas sanas con otras corrompidas, verás como en todas se introduce la podredumbre, y quedan enteramente*

perdidas. Este fué el símil de que se valió un prudente padre para retraer á su hijo de las malas compañías. Vé aqui el suceso.

FABULA III.

Las Naranjas

De la orilla del Tajo un buen vecino
 Tenia un hijo en quien unió el destino
 Sin ejemplar, talento y hermosura,
 Al caudor, la inocencia y la dulzura,
 Un félix en su tiempo eca el chiquillo,
 Mas por desgracia suya habia dado
 En tratar con algunos calaveras
 De su edad, cuyo ejemplo depravado
 Su corazon sencillo
 Podia corromper muy facilmente.
 El padre procuró con todas veras
 Cortar esta amistad: mas vanamente,
 Pues de su justo celo
 Y sus sermones se burló el mozuelo.
 «¿Por qué, le dijo un día,
 Me exhorta usted á dejar tal compañía?
 Si usted á mis amigos conociera
 Para otros sus consejos guardaria;
 Son buenos, y aunque alguno no lo fuera
 Frecuentándome á mi se corriera»
 Así hablaba el tontuelo
 De una falsa confianza prevenido:
 El padre cada vez con mas recelo,
 Al ver al niño en tal peligro puesto;
 Hizose el desentendido,
 Y busco otra ocasion mas favorable
 Para darle el consejo saludable
 Estando ausente el joven, llenó un test:

De fruta delicada ,

Naranjas , que á la vista parecian

De oro puro , que en nada cederian

A las que presentó la fabulosa

Huerta de las Hespérides (*) famosa ,

Entre ellas dos ó tres puso el anciano ,

Espr. feso , que ya descoliridas

Mostraban estar dentro corrompidas ,

Y entregó el cesto al jóven : muy ufano

De tal regalo , comenzó á mirarlas ,

Y viendolas que ya iban á perderse ,

« Padre , exclamó de sentimiento lleno ,

¿ Qué ha hecho usted ? si estas van á corromperse

Con esas buenas ¿ para qué mezclarlas ?

Asi se volverán todas veneno .

No , dijo el padre , tu temor es vano ,

Verás todas las malas componerse

Con el suave aroma de las buenas .

Al contrario , Señor , lo que está sano

Se podrirá , replica el desbarbado ,

Al lado de estas tres que estan dañadas .

Redúcese por fin á duras penas

A aguardar por un tiempo limitado ;

Coje el padre una llave , y bien cerradas

Las deja , hasta que el tiempo suficiente

Para lograr su intento haya pasado .

Parece un siglo al joven impaciente ;

Llega por fin el instante suspirado ;

Dale el padre la llave , él se apresura ,

Apenas puede hallar la cerradura :

Abre por fin , y encuentra ; oh vista horrible !

Todo hecho una confusa podredumbre .

Lleno de pesadumbre

(*) Huerta fabulosa colocada por los poetas en España , en la que dicen habia árboles que daban manzanas de oro

Murmura de su padre, y se lamenta:
¡No dije, (esclama) á usted que era imposible
Que así quedáse sana ni una sola?
Pero usted de mi dicho no hizo cuenta.»
El sábio padre al ver tal bataola,
«Sosiégate, le dice, hijo de mi alma:
Tu sentimiento calma;
Si yo de tus prudentes reflexiones
Tocante á las naranjas no hice aprecio,
Tú con igual desprecio
Trataste mis consejos y razones,
Cuando pronostiqué que llegaría
Tiempo en que tus amigos corrompiesen
Tu pureza, á no huir su compañía.
Esta fruta perdida es fácil cosa
Resarcirla con otra mas hermosa;
Mas si en tu corazon se introdujesen
Los vicios y manchasen tu inocencia
¡Cuál mi dolor sería!
¡Cómo desgracia tal remediaría!
Esto basto para que comprendiese
El jóven, el enigma y la advertencia
Y este lance instructivo
Fué antidoto y total preservativo
Para que de los malos siempre huyese.
El ejemplo á vosotros se dirige,
¡Oh jóvenes! gravad esta importante
Máxima en la memoria,
Que está harto acreditada por la historia;
Rara vez el malvado se corrige
Aunque trate con buenos, y es constante
Que siempre el bueno se pervierte y daña
Cuando con los malvados se acompaña.

No me cansaré de exhortarte á que te acuerdes
menudo de este suceso. Ningun símil hay mas propio

para darte á conocer el peligro de las malas compañías; pero con todo, aun hay alguna diferencia entre las frutas pasadas y los amigos viciosos; pues aquellas á lo menos manifiestan claramente su mal estado. Las manchas lívidas de que las vemos cubiertas, nos dan á conocer facilmente su interior podredumbre; en lugar de que los amigos viciosos parecen muchas veces muy distinto de lo que son. Ocultan los desórdenes de su corazón bajo el velo de la modestia y de la honradez. Son lobos hambrientos que se cubren con pieles de ovejas para poder devorar con mas facilidad los tiernos corderillos. No te fies, pues, de su exterior engañoso: no juzgues por sus modales de sus costumbres; antes bien atente al concepto de los que los conocen, y te avisan que evites su trato. La fábula siguiente te dará á conocer cuán peligroso es escoger sin precaucion un amigo.



FÁBULA IV.

El Raton y el Gato.

Un ratoncillo joven é inesperto
En las cosas del mundo,

Cansado de vivir en un profundo
 Abismo con sus padres encerrado,
 Se escapó una mañana, y muy despierto
 Comenzo á corretear con alegría
 El campo dilatado
 Que á su admirable vista se ofrecia.
 Descubrió no muy lejos casualmente
 Otro animal de venerable gesto :
 Su mirar inocente
 Y grato su magnífico ropaje,
 Y aun su modo de andar grave y modesto
 Dejaron al bobillo embebecido
 Y deseoso de amistad y trato
 Con tan benigno y santo personaje,
 Y era no menos que un famoso gato
 Por nombre Ratizampa, conocido
 Por el Nerón de ratas y ratones;
 Que á pesar de su santa catadura
 Sin piedad á docenas se mamaba.
 Mas nuestro ratoncillo que ignoraba
 Sus tretas y perversas intenciones,
 Totalmente fiado en su dulzura
 Y humildad aparente,
 En su lengua ratona interiormente
 Decia : « ¡Qué señor tan apreciable!
 ¡Qué trato será el suyo tan amable!
 Por feliz me tendría
 En gozar su amistad y compañía. »
 Se acerca al decir esto reverente
 Al santo, que dejando de repente
 La mansedumbre á un lado,
 Fiero sobre él se arroja, y al cuitado
 Sin mascarle en el vientre le sepulta.
 Jamás siemos solo en la apariencia,
 Que muchas veces la maldad se oculta
 Con capa de virtud y de inocencia.

Imprime cuidadosamente en el fondo de tu corazón estas saludables máximas, y procura conformarte á ellas. De este cuidado depende principalmente la conservación ó la ruina de tu inocencia; porque segun el oráculo infalible del Espíritu Santo: *serás bueno con los buenos, y malo con los malos*. Por mas virtuoso que hayas sido hasta aqui, una mala compañía bastaria para perderte. La experiencia nos enseña todos los dias, que la mayor parte de los jóvenes naufragan en este escollo; yo mismo he visto perecer en él á infinitos; y si no te hace fuerza mi testimonio mira lo que dice Gerson del trájico fin de un jóven ilustre por su nacimiento.

Habia sido dicho jóven por mucho tiempo un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya contrajo estrecha amistad con un sujeto vicioso, y entregado á la mayor disolucion. Las conversaciones y los malos ejemplos del perjudicial amigo, tardaron poco en contagiár su entendimiento y su corazón. En lugar de aquella moderacion, y de aquella modestia que hasta entonces le habian hecho admirar, se notó en él un total abandono á los mas vergonzosos desórdenes. No anhelaba otra cosa que juegos, diversiones y deleites. Todos los esfuerzos de sus padres, amigos y maestros para apartarle del camino del vicio fueron vanos; los mismos

obstáculos que hallaba servian de nuevo incentivo á sus pasiones, y en fin, perseveró impenitente hasta la muerte. Sobrecojido de una violenta enfermedad, habiéndose presentado un Sacerdote para exhortarle á reconciliarse con Dios, se negó totalmente á oírle, y avivando el caritativo eclesiástico sus exhortaciones, al paso que le veia mas endurecido; el desgraciado jóven, atormentado de los remordimientos mas crueles, se volvió al fin á mirarle con semblante furioso, y le dijo estas terribles palabras. *¡Infeliz del que me ha seducido! Son demasiado grandes mis delitos para esperar su perdón. Veo ya el infierno abierto para recibirme.* Despues de haber pronounciado estas palabras se volvió del otro lado para no oír las voces del Sacerdote; y al cabo de un instante espiró lleno de la mas horrible desesperacion.

Vé aquí, amado Teótimo, el fruto de las malas compañías. Asi se cumple el oráculo del Espíritu Santo que dice: *que el que ande con la pez se manchará los dedos*, esto es, que el que trate con amigos viciosos contraerá sus vicios y defectos. No estrañes, pues, que me haya detenido tanto en un asunto de tanta importancia. Me lisonjearia de haber asegurado tu inocencia, si supiera de fijo que te habia inspirado un eficaz horror á las

malas compañías. Con todo queda aun otro escollo que debes evitar con igual cuidado: este es el de leer malos libros, de lo que ahora te voy á hablar.

Mas antes quede grabado

En tu tierno corazon

Que la amistad del malvado

Nos seduce con su agrado,

Y lleva á la perdicion

Por eso no es conveniente

Fiar mucho en la apariencia

De un exterior complaciente,

Que alhagando nuestra mente

Nos atrae con su elocuencia.

Por lo comun el vicioso

Su vil conducta engalana

Con un velo candoroso;

Y al inocente y juicioso

Por pervertirle se afana.

Y á tal punto su deber

El hombre malvado olvida,

Que al incauto hará creer

Que no hay mas Dios que el placer

Ni mas gloria que esta vida.

Que el juego y las diversiones.

Al alma perjudiciales,

Son honestas distracciones,

Útiles en ocasiones

Para aliviar nuestros vales.

Y todo con el objeto

De lograr la simpatia,

Del inocente indiscreto,

Que en sus palabras se fia

Sin penetrar el secreto.

CAPITULO V.

De los malos libros.

Son los libros para el alma, lo que los alimentos para el cuerpo. La sustentan y fortalecen; pero asi como hay alimentos que en lugar de contribuir á la salud del cuerpo, sirven solo para debilitarla y arruinarla, del mismo modo, amado Teótimo, hay libros que en lugar de ilustrar y perfeccionar nuestra alma, no son del caso sino para corromperla y cegarla. Tales son las novelas, las poesías amorosas, y jeneralmente todos los escritos perjudiciales á la religion y á las costumbres. Si, amado hijo, todos los libros de esta clase contienen un veneno sùtil, que se insinúa insensiblemente en los corazones de los que los leen, y produce en ellos el mayor fastidio para todos los actos de piedad, y el amor á los deleites, que destruye todas sus buenas inclinaciones. Pudiera citarte muchos ejemplos en confirmacion de esta triste verdad. Conozco muchos jóvenes que la han experimentado á costa suya. Me acuerdo en particular de uno á quien los malos libros pervirtieron totalmente. Estaba lleno de la mas sincera piedad; pero al mismo tiempo era aficionadísimo á leer, y leía sin discernimiento cuantos libros caian en sus manos; tropezó

lastimosamente con algunos de aquellos que parecen haber sido vomitados por el infierno para pervertir á la juventud. Al principio los manejaba sin conocer el peligro; pero poco á poco se aficionó á ellos, y comenzó, digamoslo así, á tomarles el gusto. Desde esta época empezó á enfriarse en la piedad, dejó de acudir á los Sacramentos con aquella frecuencia que solia; y al cabo abandonó todas sus devociones y mudó enteramente de conducta. Los que velaban sobre su educacion no sabian á que atribuir tan repentina mudanza, y mucho mas, viendo que no andaba con malas compañías, hasta que un dia él mismo declaró impensadamente el motivo, propalando en la conversacion una perniciosísima mácsima que habia leído en un libro malo que citó. El superior del colejio que le oyó, fué inmediatamente á registrar su estante, en el que halló varias novelas y escritos escandalosos. Reprendióle severamente, y le hizo presentes las funestas consecuencias de semejantes lecturas, convino en ello el jóven, y aun confesó con sinceridad que la lectura de estos libros perniciosos era el origen de su depravacion; pero como somos mas inclinados al mal que al bien, se habian impreso tan profundamente en su ánimo las malas ideas que habia leído en aquellos libros, que le costó muchísimo trabajo

borrarlas de él, ó quizá jamas lo consiguió.

Me lisonjeo, amado Teótimo, que no te sucederá lo que á este infeliz jóven, pero no respondo de tu virtud, sino con tal que evites cuidadosamente la lectura de todo libro vicioso, porque producirá en tí los mismos efectos que ha producido en tantos jóvenes, cuya perdicion ha ocasionado.

La fábula nos cuenta, que habia en otro tiempo una fuente que volvia frenéticos á los que bebian sus aguas: esta fuente representa á lo vivo los malos libros, cuya lectura corrompe nuestro entendimiento y nuestro corazon.

Huye pues, de ellos con el mismo horror que de un vaso emponzoñado; míralos como otros tantos lazos armados contra tu inocencia, y si alguna vez llegase alguno á tus manos, imita la conducta de aquel santo jóven, que habiendo un dia hallado una novela, apenas leyó su titulo cuando la arrojó al fuego, y corrió á lavarse las manos, solo por haberla tocado por el forro, dando á entender con esto, cuan persuadido estaba de que no hay cosa mas perniciosa y mas funesta á la inocencia que los malos libros.

No faltará quien te diga para inclinarte á leerlos que contienen cosas curiosas y bien escritas. Pero el veneno por agradable que parezca á los sentidos, no deja de ser veneno, y por esta misma circunstancia mas peligroso;

asi aunque sean capaces de contentar la curiosidad debes huir de ellos como del fuego. Mas te valdria permanecer toda tu vida en la mas crasa ignorancia, que comprar la sabiduria á costa de tu inocencia; pero por mejor decir, no hallarás que aprender en esos malos libros, sino cosas que para siempre debieras ignorar. Te sucederia cuando los hubieses leído lo que á nuestros primeros padres despues de comer la fruta vedada. Creían que aquel fatal bocado ilustraria su entendimiento. La infernal serpiente se lo habia persuadido. *Sereis, les habia dicho, como dioses, y alcanzareis la ciencia del bien y del mal.* Adan y Eva, fiados en su promesa, cojieron la dañosa fruta; pero apenas la probaron, cuando se vieron despojados de su inocencia, y sumerjidos en un abismo de ceguedad y miseria.

Tales serian igualmente, oh amado Teótimo, las consecuencias de tu curiosidad. No te dejes, pues, seducir como nuestros primeros padres, por las vanas promesas del espíritu tentador. Tienes como ellos delante de tus ojos mil frutas esquisitas; esto es, una infinidad de buenos libros de que puedes lícitamente disfrutar, y que serán para tu alma un escelente alimento. Ciñete á estos: los demas son como la fruta vedada del paraíso terrenal, y puede decirse de ellos lo que Dios dijo á Adan de la tal fruta: *En el instante que la pruebes r or-*

rás; esto es, perderás la inocencia, que es la vida de tu alma.

Pero como á veces son estos libros perniciosos, dificultosos de distinguirse, y está oculto su veneno bajo un título engañoso que disimula su malicia, el partido mas prudente para no engañarte es el de no leer libro alguno sin consultar antes alguna persona ilustrada y virtuosa, para saber si su lectura te será útil ó dañosa, y conformarte enteramente con su dictamen. Sin esta sabia precaucion te alucinaría facilmente el falso resplandor de algunos libros que al parecer no pueden contener cosa alguna perniciosa: te aficionarias á ellos sin sospechar el peligro, y experimentarías la misma suerte que el imprudente niño, cuyo suceso voy á contar.



FABULA V.

El Labrador y el Niño.

Lejos de maestros
Y libre del aula,

Contento un muchacho
El campo paseaba.

Viendolo cubierto
De bellas y extrañas
Flores, á cojerlas
Alegre se baja.

Llega á echar la mano
A una de las plantas
Cuya flor hermosa
Los ojos encanta.

Un labrador viejo
Que al chico miraba,
Viéndole en peligro
De alguna desgracia,

Le grita al instante,
Digo, camarada:
No toques las flores
Que te saldrán caras:

Que hay muchas culcebras
Bajo de las matas
Y a los que las tocan
Dan crueles picadas.

¡Y cuántos muchachos
Por tenerlo á chanza,
Sacaron las manos
Bien ensangrentadas!

Al oír estas voces
El niño se espanta,
Y del prado ameno
Muy lejos se aparta.

Mas vuelto del susto
Cobrando confianza,
Del rústico juzga
Que el dicho es patraña
Que para burlarse

De su edad temprana
Inventó el buen tio,

Y así se abalanza,

A cojer las flores,

Dando vueltas varias,

Como mariposa

Que de una á otra pasa:

Una violeta

Va á coger gallarda,

Cuando una culebra

El ahijon le clava.

Llerando se vuelve

El tontuelo á casa,

Dando con su ejemplo

Leccion adaptada,

A jóvenes necios

Que su tiempo gastan

El leer libros llenos

De máximas malas,

Que como las flores

A la vistan agradan

Con bermoso estilo,

Con frases limadas:

Mas debajo escanden

Sierpes enconadas,

Que á los que se acercan

Muerden y maltratan.

Y al que se descuida

Y luego no escapa

Quitán venenosas

La vida del alma.

.. *Es 'a instructiva lectura
Un alimento del alma
Que desvanece ó nos calma*

Las penas del corazon.

Mas llevaila hasta el extremo,

Sin la censura prudente,

Comunica á nuestra mente

Veneno en vez de instruccion.

Libros hay tan peligrosos

Que un joven leer no debe

Sin que los vea y apruebe

Su lectura el preceptor.

Sin este preservativo

Se espone el tierno mancebo

A ser victima del cebo

De su estilo seductor.

CAPITULO VI.

De las obligaciones de los niños para con sus padres.

Tienes, oh amado Teótimo, un Dios á quien servir, y una inocencia que conservar. Estas son dos obligaciones indispensables; pero aun hay otra no menos necesaria; esta es la de honrar á los padres que te han dado la vida. Poco tendré que trabajar sin duda para moverte á cumplir con ella; sé que lo contrario repugna á tu corazon. Por consiguiente no trataré de esta importante materia precisamente para despertar en ti los afectos regulares á todo hijo bien inclinado, sino para animarte á conservarlos durante toda tu vida; porque no es de temer que faltes á esta obli-

gacion por ahora, sino en adelante. Demasiado comunes son los ejemplares de hijos desconocidos que por su indocilidad y desagradecimiento han llenado de amargura la vida de aquellos á quienes debian la suya. No quiero citarlos; son monstruos que horrorizan y merecen quedar sepultados en perpetuo olvido. Me debes demasiado buen concepto para creerte capaz de imitarlos. ¡Infelices! Mas te valdria haber perecido en el vientre de tu madre, que llenar tu vida de amargura con una conducta indigna de un buen hijo.

Acuérdate, pues, que despues de Dios, á nadie debes amar y honrar tanto como á los autores de tu nacimiento. Dios ha impuesto á todos los hombres esta obligacion por medio de un mandamiento espreso; pero aun cuando no lo hubiera mandado de este modo bastaba para ejecutarlo saber que despues de Dios les debes la vida, que te han cuidado en la niñez, que te han llevado en sus brazos, han enjugado tus lágrimas, te han alimentado y criado, y que continúan en velar sobre tu educacion, destinando sus trabajos y sudores á prepararte un establecimiento ventajoso. Todos estos beneficios son otras tantas voces sonoras, que te dan á entender que no puedes escederte en amarles, honrarles y obedecerles. Jesucristo mismo nos ha dado este ejemplo e filial obediencia. Siendo dueño de cielos y

tierra, estando todo sujeto á su imperio, lo estaba él mismo, como nos dice el Evangelio á José y á María su madre, habiendo pasado los primeros treinta años de su vida en su compañía, y únicamente ocupado en obedecerles.

Isaac habia dado ya en la antigua ley un ejemplo admirable de esta obediencia filial; porque habiéndole llevado su padre Abraham á un monte para sacrificarle, conforme á la orden que Dios le habia dado; el virtuoso hijo, luego que lo supo, se sujetó humildemente á su voluntad, y se dejó atar sobre la pira, pronto á sufrir el golpe mortal que su padre iba á darle; pero Dios no quiso que recibiese la muerte en pago de tan generosa obediencia. Contento del sacrificio de su corazon, hizo oír su voz á Abraham en el instante en que levantaba el brazo para herir aquella inocente víctima. Le prohibió sacrificarla, y en premio de su fidelidad le prometió que derramaria sus bendiciones sobre Isaac, que le daría una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que todas las naciones serian bendecidas en uno de sus descendientes.

Así se complace Dios en recompensar la sumision de los hijos obedientes á sus padres; cuando al contrario, hace llover castigos y maldiciones sobre aquellos que faltan á esta sagrada obligacion. El ejemplo de Absalon prueba demasiado esta verdad. Este in-

grato hijo llegó á tal estremo de indocilidad y de rebelion, que tomó las armas contra su padre con ánimo de quitarle la vida. David se opuso á sus designios con las tropas que le quedaron fieles, recomendando con todo al General de su ejército que cuidase de conservar la vida á Absalon, en caso que se consiguiese alguna ventaja contra él: chocaron ambos ejércitos, y el de Absalon, aunque mas numeroso, fué derrotado enteramente: el mismo jóven Príncipe se vió obligado á ponerse en salvo; pero al pasar montado en una velocísima mula por debajo de un roble muy frondoso, su cabello que era sumamente largo, se enredó en las ramas, y siguiendo la mula adelante, quedó colgado de ellas hasta que Joad, á pesar de las órdenes de David, le atravesó con tres dardos el corazon, habiende sin duda permitido Dios esta desobediencia del General para castigar la rebelion y la ingratitud del malvado hijo.

Por aquí podrás conocer, amado Teótimó, cuán culpado es el hijo que desobedece á sus padres, y con quanto horror has de mirar semejante conducta: pero no debes evitar con menos cuidado todo lo que puede ser contrario al respeto que merecen: tal fué el delito de Cam, y el origen de todas sus desgracias. Este ingrato hijo tuvo el atrevimiento de burlarse de su padre, á pesar del ejemplo de sus

hermanos, que se portaron con él con el mas profundo respeto; pero no quedó impugne su delito, porque habiendo sabido Noé, luego que despertó, lo que habia sucedido, fulminó las mas terribles maldiciones contra el temerario Cam, pronosticando que arrastraria siempre á los pies de sus hermanos; y por el contrario bendijo para siempre á Sem y á Jafet, y les prometió las mayores prosperidades. No dejó el Señor de ratificar las maldiciones y las promesas de Noé. Cam arrastró una vida miserable, oprimido de desgracias, que se estendieron á toda su descendencia, al paso que sus hermanos fueron felices durante toda su vida, y dejaron su dicha en herencia á sus descendientes.

Parece que Dios continúa en el dia en guardar la misma conducta con los hombres. Rara vez prosperan los malos hijos. No solamente son el objeto del desprecio y del aborrecimiento de los hombres de bien, sino que los vemos muchas veces experimentar calamidades que son el justo castigo del poco respeto que han tenido á sus padres. Dios al contrario, parece que se complace en derramar á manos llenas sus bendiciones sobre los hijos dóciles y virtuosos. Procura, pues, conseguir las por medio de una conducta digna de un buen hijo, y ten presente que el que falta al respeto debido á sus padres, falta de algun modo á

el que debe á Dios, pues hacen sus veces respecto de nosotros.

Pero no basta obedecerlos y respetarlos demas es preciso amarlos tierna y sinceramente, evitar en consecuencia lo que pueda desagradarlos, tirar á complacerlos, consolarlos en sus aflicciones, y asistirlos en sus necesidades, siempre que hayan menester socorro. Los jentiles mismos nos han dado los mas admirables ejemplos de este amor filial. Podrás conocerlo por este rasgo que se halla en la historia del Japon, en el cual prescindiendo de la mentira de que se echó mano, y que no puede aprobarse, brilla la mayor heroicidad.

Una muger quedó viuda con tres hijos varones y no tenia otro socorro que el que ellos la suministraban con su trabajo. Los tres eran idólatras, y viendo estos jóvenes que ó por falta de ocasion ó por no haberse hecho desde pequeños al trabajo, no ganaban lo suficiente, tomaron la mas estraña resolucion. Se habia publicado poco hacia un edicto, declarando que á cualquiera que prendiese á un ladron, y lo presentase al Majistrado, se le daria una suma considerable. Los tres hermanos, aun mas afligidos de la miseria de su madre que de la suya propia, convinieron entre sí que uno de los tres haria el papel de ladron, y que los otros dos le presentarian al Juez. Echan suertes para ver cual de ellos ha de ser víctima del

amor filial; cae sobre el mas jóven, que se deja atar y llevar como un delincuente; tómasele declaracion: confiesa que ha robado; condúcese inmediatamente á la cárcel, y reciben sus hermanos la prometida suma: estos antes de volver á su casa hallan medio para entrar á verle en la prision, y creyen lo estar solos comienzan á abrazarle tiernamente, derramando infinitas lágrimas antes de seperarse de él. El Majistrado, que por casualidad estaba en paraje de donde sin ser visto era testigo del lance, se admira estraordinariamente de ver á un delincuente tan estrechamente unido con los que le habian entregado á la justicia; llama inmediatamente á uno de sus dependientes; le dá órden de que siga á los dos delatores hasta la casa donde fuesen á parar, y que no les pierda de vista hasta que esté completamente instruido de todo lo necesario, para descifrar un suceso tan estraordinario, como el que acaba de presenciar. El ministro obedece puntualmente; y hechas todas las diligencias que se le habian mandado, vuelve á decir á su superior que habiendo visto entrar á los dos hermanos en una casa y acercádose á esenchar, les habia oido contar á su madre todo lo que acabo de decir: que la pobre muger al oir esta noticia, prorrumpiendo en las mas lastimosas quejas, habia dicho á sus hijos que devolviesen inmediatamente el dinero recibido, porque mas

queria morir de hambre que conservar la vida á costa de la de su hijo. El Juez, mas admirado al oír esta narracion, manda venir al preso, le toma nueva declaracion sobre los supuestos robos, y le hace varias preguntas para ver si se corta en alguna. Viendo en fin, que todas sus respuestas concordaban perfectamente y que era inútil su industria, le declara lo que sabe y le obliga con esto á confesarlo todo. Apenas le oye la verdad, cuando pasa hacer relacion de todo al Emperador, que admirado de tan heroica accion, quiso ver á los tres hermanos, los llenó de agasajos, señaló al mas jóven mil y quinientos escudos de renta anual, y quinientos á cada uno de los otros.

El pasaje que voy á contar no es menos admirable que el que acabas de leer. Durante la guerra civil que dividió á los romanos en tiempo de Augusto y Marco Antonio, Metelo y su hijo se separaron y abrazaron distintos partidos. El padre siguió á Marco Antonio, y el hijo se declaró por Augusto: habiendo vencido éste al primero en la batalla de Actium, Metelo fué hecho prisionero con otros muchos, y presentado con ellos á Augusto. Estaba tan desfigurado con las fatigas de la guerra y con las incomodidades de su prision, que apenas parecia el mismo; pero su hijo no le desconoció; apenas le vió, se arrojó á sus brazos, le bañó en lágrimas el rostro, y temiendo que Au-

gusto le hiciese experimentar todo el rigor de su venganza, le habló de esta manera: Señor, aquí teneis á mi padre á vuestros pies: con-
 vengo desde luego en que ha merecido vuestra indignacion por haber tomado las armas contra vos; pero tambien sabeis que por mi parte merezco algun premio por haber seguido fielmente vuestras banderas; dignaos, pues, de concederme la gracia que voy á pedir. No pretendo que dejeis de satisfacer vuestra venganza, ni que quede impugne su delito, lo único que os suplico es, que deis á mi padre el premio que á mí se me debe, y que me hagais sufrir en lugar suyo los castigos y la muerte que él habia de padecer. No fueron vanos los ruegos y las lágrimas de este buen hijo; porque Augusto enternecido del amor que manifestaba á su padre, aunque muy irritado contra Metelo, inmediatamente le perdonó y le concedió la libertad.

Pudiera traer aquí otros muchos sucesos semejantes de que hace mencion la historia; pero es inútil amontonarlos. No necesito persuadirte que seria cosa indigna de un cristiano el ser tan inferior á los gentiles en el cumplimiento de tan sagrada obligacion; pues que ademas de la voz de la naturaleza que nos habla como á ellos, tenemos el mandamiento expreso de Dios que nos obliga á honrar á los autores de nuestro nacimiento. No es regular que te encuentres en tales circunstancias, que

te veas precisado á esponer tu vida para conservar la de tus padres, como los jenerosos hijos de que acabamos de hablar; y por lo mismo no trato de eso, lo que quiero de tí es que les obedezcas prontamente: que oigas sus consejos con entera docilidad; que jamas les hables sino con un profundo respeto; que te esmeres en complacerles en todo, y que evites cuidadosamente lo que pueda desagradarles.

Tal era la conducta del jóven Príncipe que perdió hace algunos años la Francia, y cuya pérdida jamás llorará bastantemente. Se resistia un dia á hacer una cosa que se le mandaba; y habiéndosele dicho que su desobediencia desagradaria quizas al Delfin su padre, bastó esto solo para que venciese su repugnancia y esclamase al instante, *que papá no se enfade, que no se enfade: que yo haré todo lo que quieran.*

Tal debe ser la conducta de todo hijo bien criado. Cualquiera que falta al respeto, á la obediencia, y al amor que debe á los que le han dado el ser, no merece el título de cristiano ni el de hombre; debe ser mirado como un aborrecible monstruo, indigno de vivir entre los hombres.

CAPITULO VII.

De las obligaciones de los niños para con aquellos que están encargados de su educacion.

Las obligaciones de un discipulo para con

los que están encargados de su educacion, son á poca diferencia, las mismas que las de un hijo respecto de sus padres; pues el maestro debe considerarse como un segundo padre. Tal era el concepto en que tenia Alejandro á su preceptor Aristóteles; decia muchas veces que no debia menos á este que á Filipo su padre; pues que si éste le habia dado la vida, Aristóteles le habia enseñado á usar bien de ella. En los mismos términos hablaba el hijo de Ciceron de su maestro Craptipo. *Sabe, escribia á uno de sus amigos, que profeso á Craptipo el mismo amor que un hijo á su padre: no solo tengo el mayor gusto de oirle hablar, en público, sino que miro como una de mis obligaciones el conversar particularmente con él: y paso muchas veces dias y noches en su compañía.*

Con este misma disposicion debes, oh amado Teótimo, mirar á tus maestros. Has de considerarlos como tus bienhechores, y profesarles el amor mas sincero y el mas vivo reconocimiento: seria preciso no tener corazon, ó tenerlo perverso, para faltar á esta obligacion. La educacion es el mayor de todos los beneficios. Cuando salimos de manos de la naturaleza somos como un pedazo de jaspe en bruto y sin forma alguna; para hacernos tales cuales debemos ser, es menester que nos dirijan, que nos instruyan y que nos ilustren, del mis-

mo modo que para hacer una hermosa estatua es preciso que trabajen y pulan el jaspe, y siendo así que nuestros maestros son los que nos hacen esta buena obra, inspirándonos virtudes que dan forma á nuestro corazón; y comunicándonos conocimientos, que ilustran nuestro entendimiento, ¿qué amor, qué reconocimiento no les debemos por tan importante beneficio? El Emperador Marco Aurelio estaba tan penetrado de este agradecimiento, que se dejó llevar de él hasta un extremo muy reprehensible, como el de hacer colocar las estatuas de sus preceptores entre las de sus dioses, y sacrificar todos los años víctimas sobre sus sepuleros. Hasta los mismos animales nos han dado muchas veces ejemplos del amor y del agradecimiento que debemos á nuestros maestros. Vióse en otro tiempo en Roma un león hambriento acariciar y defender en el anfiteatro un esclavo que habia sido sentenciado á ser devorado por las fieras. Preguntado por el Emperador, que estaba presente, la causa de un suceso tan extraordinario, declaró el esclavo que habiendo encontrado algunos años antes en un bosque de Africa á aquel león, que entonces era jóven, atrapado, y que no podia andar sino arrastrando á causa de tener una espina clavada en el pie se determinó á sacársela; de cuyas resultas el animal le hizo mil caricias, y con ellas le

gó hallándose como estaba fujitivo y sin recurso á acompañarle á su cueva en donde se alimentó algun tiempo con la caza que el leon traía: que despues cansado de aquella vida silvestre, se separó del animal, y vino á parar al estado en que se hallaba; que el leon le habia conocido y que esta era la razon de las caricias que le habia hecho y del amor con que le miraba. El Emperador enternecido dió vida y libertad al esclavo, y le regaló el leon.

¿Y qué es el beneficio hecho al leon en comparacion de los que recibes de tus maestros? ¿Cuántas espinas y abrojos no arrancan de tu corazon? ¿Qué diligencia omiten para alimentar tu entendimiento y tu voluntad con las mas saludables máximas? ¿No serias, pues, mas insensible que los mismos animales, si correspondieses á sus beneficios con la indiferencia y la ingratitud? ¿si siguiesses el ejemplo de tantos jóvenes que apenas han acabado sus estudios cuando se precian de desconocer, y muchas veces de despreciar á aquellos que no han perdonado cuidado ni fatiga para educarlos? ¿si hicieses, como ellos, uso de la lengua, que por decirlo así, ellos han desatado para zaherirlos y despedazarlos? ¡Ah! si yo te creyera capaz de semejante vileza, no te miraria ya sino como á un infame; pues que no hay cosa mas indigna del hombre que la ingratitud, y sobre todo respecto de aquellos de quienes has

recibido un beneficio tan grande como el de la educacion.

Pero no: tengo demasiado buen concepto de ti para dar entrada á una sospecha tan injuriosa á tu corazon. Me contento solamente con precaverte contra una cosa que podria entibiar el amor y reconocimiento que debes profesar á tus maestros; esta es la severidad de que quizas se verán precisados á usar contigo; porque no hay cosa mas comun que el que una lijera reprehension haga olvidar á los niños los mayores favores, y que irritados de la justa severidad de sus maestros, los miren mas como á enemigos que como á bienhechores. Vé aquí una fábula que te dará á conocer como debes pensar en este punto, si alguna vez te hallas en semejante situacion.



FABULA VI.

La viña y el labrador

Cierto dia una viña se quejaba
Al labrador que en ella trabajaba.

De que cortase sin reparo alguno
 Los vástagos que lejos de servirla
 Solo crecían para destruirla,
 Y ocupar el terreno inutilmente.
 Morabales la pobre uno por uno
 Como hijos malogrados: é impaciente
 Al labrador volviéndose decía:
 «Por qué conmigo usar tal tiranía?
 Si me estimas, si yo de tu sudores
 Soy objeto, ¿por qué de los mejores
 Bennevos, de mis vástagos lozanos
 Me despojan tus brazos inhumanos?
 Tú sin duda no me amas
 Pues no haces de mis lágrimas aprecio.»
 El rústico prudente le responde:
 «¡Qué mal tu amarga queja corresponde
 A mi bondad! tú juzgas que esas ramas
 Corto yo por maldicia, ó por desprecio;
 Pues á esta operacion tan dolorosa
 Tu interés solo mi cuchillo guía:
 Si ese ramage inútil no cortase,
 Quedando al parecer bella y pomposa,
 Te hallarías estéril algun día,
 Sin poder producir frutos ni flores;
 Y espuesta á que tu dueño te arrancase,
 Cuando por el contrario, padeciendo
 Esos breves dolores,
 Te encontrarás tan sana,
 Tan fértil y lozana
 Que juzgarán que Baco por su mano
 A cuidante y labrarte está atendiendo.»

En este símil tan sencillo y llano
 Ved, jóvenes, lo que hacen los maestros
 Que cuidan de educarnos santamente:
 Si alguna vez cual labradores diestros,
 Al parecer os tratan 'cuzomente'.

Sabed, si teneis juicio,
Que es solo por haceros beneficio.

Si, amado Teófilo, está siempre seguro de que la severidad de tus maestros no tiene otro origen que el celo con que miran tus intereses. No se irritan contra tí, sino contra tus defectos: desean precaver los daños que ésta mala semilla pueda causar en adelante si se deja arraigar en tu alma. Llegará día en que conozcas cuánta razón tenían para obrar de este modo: en lugar de estar enojado con ellos, no podrás menos de manifestarles tu agradecimiento del mismo modo que el enfermo, cuyo suceso voy á contar.



FABULA VII.

El Enfermo y el Cirujano

Un sujeto tenía
Una úlcera erael que le causaba

Los mas vivos dolores : cada dia
 Emplastos á montones se aplicaba ,
 Ya el blanco , ya el rosado y amarillo ,
 No hubo por fin unguento
 Que no experimentase , mas en vano :
 El mal de cada instante iba en aumento .
 Se vió al cabo obligado el pobrecillo
 A llamar un famoso cirujano
 Para que como en viña vendimiada
 Se metiese á cortar carne dañada ,
 Y le apartase de la Estijia (*) orilla .
 Llega nuestro hombre armado de cuchilla
 Corva , de bisturis y de tijeras ;
 Hace atar al paciente
 Para que no se mueva : y preparado ,
 Cual si mondase peras
 Empieza á mondar carne á cada lado :
 Al principio resiste firmemente
 Al dolor , mas despues que hubo llegado
 A cortar en lo vivo , se enfurece ;
 Y mirando con vista encarnizada
 Al maestro , lo llena de baldones
 Llamándole verdugo carnicero ,
 Y asesino cruel ; jura y ofrece
 Tenerle ódio mortal ; la comenzada
 Curacion , despreciando sus razones ,
 Sigue el buen operario muy lijero :
 Acaba en fin , le venda , y ordenado
 El método á que habia de arreglarse
 Hasta estar totalmente mejorado ,

(*) Los poetas suponian que habia en los infiernos una negra laguna llamada Estijia , á cuyas orillas pasaban las almas de los que morian ; y asi esta frase de nuestra fábula equivale á decir le apartase de la muerte .

Se despide : el enfermo brevemente
 Cobra mas fuerzas, y el octavo dia
 Se vé en estado ya de levantarse :
 Pónesele su bienhechor enfrente,
 Y le dice : «Aqui tiene usté al tirano
 Asesino que tanto aborrecia ;
 Esta es la impia mano
 Que á usté atormentó tan duramente ;
 Ahora puede vengarse facilmente.»
 «¡Qué venganza! Por mucho que yo hiciera,
 Dice el convalesciente agradecido ,
 No era posible que correspondiera
 Al singular favor que á usté he debido ;
 Usté es mi tierno amigo , y solo siento
 Los injustos baldones
 Que dije en fuerza del dolor violento
 Que delirar me hecia :
 Si atendiendo á mis quejas infundadas
 Se hubiera usté andado en compasiones ,
 En este instante ya pasado habria
 De Aqueronte (*) las aguas enlutadas.
 Debo á usté en fin la vida ,
 Y esta deuda preciosa en mi memoria
 Eternamente quedará esculpida.»
 Le abraza al decir esto cariñoso ,
 Y premia sus fatigas jeneroso.

Jóvenes, aprended en esta historia
 Lo que debeis vosotros á un celoso
 Maestro. Si cumpliendo con su oficio
 Vuestros deseos corta y os maltrata.

(*) *Aqueronte, rio tambien del infierno segun los poetas. La expresion en que se nombra quiere decir, que se hubiera muerto á no ser por la firmeza del cirujano.*

Os llenéis de furor, mas algun día,
 Del prudente rigor con que ahora os trata,
 Como del mas insignie beneficio
 Le dareis gracias llenos de alegría.

No creas, amado Teótimo, que te engañe con suposiciones. La experiencia demuestra todos los días lo que te acabo de decir. Vemos regularmente que aquellos que han sido tratados con mas rigor durante su niñez, son los que manifiestan mas agradecimiento á sus maestros, porque conocen que los deben tanto mas amor, cuanto con mas severidad han corregido sus defectos. Preguntándole un día al jóven Duque de Borgoña á cual de sus tres ayudas de cámara queria mas, respondió: á *Fulano*, porque nada me disimulaba durante mi niñez, é inmediatamente daba cuenta de cualquiera falta mia para que me corrigiesen. Acostúmbrate, pues, á ejemplo de este Príncipe, á amar á los que procuran tu enmienda, aunque algunas veces te incomoden. Por lo regular son mas saludables las correcciones que las caricias y lisonjas. La condescendencia solo sirve para fomentar y perpetuar defectos que una prudente severidad destruiria. Esta verdad nos enseña la siguiente fábula.



FABULA VIII.

El niño enfermo.

Un elico de su madre idolatrado,
 * por tanto un si es ó no es voluntarioso,
 Con motivo de fiesta salió un dia
 Del encierro que Apolo (*) le tenia.
 Pasólo con su madre tan mimado,
 Que al remolon se le hizo muy penoso
 El volverse tan pronto á su colejio.
 Faltábale pretesto, y al instante
 Se halló en la faltriguera
 Una de aquellas indisposiciones
 Que suele padecer por privilejio
 Para no trabajar Juan Estudiante.
 De marchar llega la hora lastimera,
 Pierde el color, pondera desazones
 En todo el cuerpo; muelas y costado
 Le duelen, y aun se siente incomodado

(*) Apolo, segun la fábula, era el Dios de las ciencias, y asi quiere decir esta expresion, que salió del colejio en que estudiaba.

Del bazo. ¿El bazo á mas? ¡Ay pobrecito!
 Aunque traga los platos con la vista
 Se queja que ha perdido el apetito.
 La pobre madre acongojada y lista
 Sus lágrimas enjuga, y prontamente
 Manda venir los médicos á pares:
 Cada Galeno (**) acude diligente.
 Armado de recetas singulares,
 Para el lance cruel, la madre tierna,
 Les hace una patética pintura
 De aquella horrible enfermedad interna;
 Le pulsán, y aunque no hallan calentura,
 Francen las cejas, hilanse los sesos
 Hablando largamente
 Del mal, de sus principios y progresos:
 Y despues de un exámen diligente
 Convienen en que debe manejarse
 Con tiento, y que el enfermo ha de purgarse.
 Nuestro tuno al oler la fastidiosa
 Diabólica pocion que le revuelve
 Las tripas, de otro lado se les vuelve:
 Grita, se desespera y se lamenta:
 La madre á que la tome cuidadosa
 Le persuade y alienta;
 Mas viendo que el bribon se niega á todo,
 Hace traer de dulces y vizcochos
 Un azafate, á ver si de este modo
 Puede vencerle: el pillito al ver los chochos
 Se anima un poco, se los va zampando
 Y al paso que los come mejorando:
 Diceselo así á su madre, que orgullosa

(***) Galeno fué un famoso médico romano, y se dá aquí por ironía su nombre á los médicos, cuya imprudente conducta y ninguna ciencia resultan del contexto de la fábula.

Al ver de esta receta prodijiosa
 La eficacia divina,
 Luego envía á escardar la medicina:
 Arroja alegre la bebida amarga
 Y al chiquillo de dulces lo rellena.
 El picaron se rie á boca llena
 De la buena mamá tan engañada,
 Y la sabrosa enfermedad alarga:
 Nunca hubiera llegado á ser curada,
 Si el padre, que era un viejo marrullero,
 Y con sus hijos nada zalamero,
 No hubiera por fortuna aparecido:
 Ve, examina al paciente, y en la cara
 Conoce luego la enfermedad rara,
 Que en español se llama picardia.
 De semejantes chanzas mal sufrido;
 «Señorito, le dice, salga usía
 De esa cama al instante y á la escuela
 Marche sin detenerse, si no quiere
 Que le quede señal mientras viviere.»
 El señorito calla y obedece,
 Aunque allá adentro se condena y vuela
 Al ver que á lo mejor se desvanece
 Su sistema tan bien imaginado;
 No tardó mucho el holgazan taimado
 En cansarse de temas y lecciones,
 Y en suspirar los dulces y roscones;
 Vuélvele á dar el accidente fiero;
 Toma el padre el partido
 De apartar á la madre de la cama
 De nuestro enfermo, y en su lugar llama
 Un preceptor austero,
 Que haga dar aquel hijo tan querido
 No dulces, sino caldo fastidioso,
 Y alguna lavativa.

81
Para que no ande el vientre perezoso;
En fin, le hace guardar dieta severa.
Viendo el enfermo que deveras iba
La fiesta, hace mudanza, se remedia
El terrible accidente, salta fuera
De la cama molido y fastidiado
De verse muerto de hambre y jaropeado,
Y da fin renegando á la comedia.
Quedó la madre muy bien enterada
De que si la bondad es demasiada,
Del ánimo los males acrecienta,
Y que un rigor prudente los ahuyenta

*Ademas del amor con que debemos
á los padres honrar y profesores,
de otro cariño mas somos deudores
al suelo de la Patria en que nacemos.*

*Adoptados por ella con ternura,
cual madre nos prodiga sus caricias,
en su seno gozamos mil delicias
y nuestro bienestar siempre procura.*

*Así el amor de todos se concilia,
une con estrechez los ciudadanos
haciendo que se miren como hermanos
y forme el reino todo una familia.*

*Ella por compensar al que la ama,
le inspira el casto amor del patriotismo
elevando su alma á ese heroísmo
que procura al mortal eterna fama.*

*Por ella nuestros nobles ascendientes
osaron emprender costosas glorias
que al contarlas hoy día las historias
causan la admiracion de los vivientes.*

*¿Y qué mucho que al fin tenga derecho
a pago de sus grandes beneficios,
á exigir de nosotros sacrificios*

que redundan de todos en provecho?

¿Qué mucho que á la Patria en ocasiones,
si amenazan su honor é independencia,
todos la consagremos la existencia
por conservar ílesos sus blasones?

Quien un pecho abrigare tan villano,
que á la infamia, al baldon y al servilismo
su vida prefiriera en su egoismo,
na merece el honor de ciudadano.

CAPITULO VIII.

De la docilidad.

No basta, amado Teótimo, tener respeto, amor y reconocimiento á los que trabajan en tu educacion: es preciso ademas ser dócil á sus consejos é instrucciones: la docilidad debe considerarse como la principal obligacion de los discípulos para con sus maestros, estos son tus guías, y así te has de dejar gobernar por ellos. Son sus luces superiores á las tuyas; por lo que te tiene cuenta preferir sus consejos á tus propias ideas. Cuando tus padres te han entregado á su cuidado, ha sido para que les obedezcas en un todo; y así faltarias á la sumision que debes á aquellos, si resistieses á la voluntad de los que hacen sus veces.

Todas estas razones deben darte á conocer cuan justa y razonable es tu docilidad para con los que están encargados de tu en-

señanza. El jóven Duque de Borgoña estaba bien persuadido de esta verdad, aunque elevado por su nacimiento á una clase que parece le dispensaba de la regular docilidad que deben tener los demas niños con sus maestros. Sucedió un dia, que en el calor de una disputa contradijo á su ayo, y aun se le escapó decirle: *veremos quien de los dos tendrá razon*: pero reflexionando en el instante, que esta espresion era contraria á la obediencia y docilidad que le debia, añadió inmediatamente: *sin duda será usted; porque es usted mas racional que yo.*

Los discípulos de Pitágoras, no se preciaban menos de su docilidad. Miraban todas sus palabras como oráculos de que no les era lícito dudar; y cuando alguno queria oponerse á sus máximas, no le daban otra respuesta que esta: *El Maestro lo ha dicho; Magister dixit.* Seria de desear que todos los niños usasen en el dia de la misma espresion; pero estan muy lejos de tal docilidad para con sus maestros. En lugar de este racional obsequio, no se ve en la mayor parte de ellos sino murmuraciones, desobediencias y rebeldias. Basta muchas veces que se les mande una cosa para que se empeñen en no hacerla. ¿Y nos admiraremos despues de que adelantan tan poco en las ciencias y en la virtud? ¿Qué dirias de un caminante que toman-

do un guía para dirigirle en su viaje, se obstinase en no tomar el camino que le señalaba, y se metiese siguiendo su propio capricho por sendas desconocidas? Sin duda le tendrias por un insensato, que precisamente se habia de perder, sin poder llegar jamas al término que se proponia. Pues este caminante es viva imájen de un niño indócil, que sin atender á los prudentes consejos de sus maestros, quiere guiarse solo por su capricho, y seguir en todo su propia voluntad. ¿Y se podrá esperar de tales antecedentes que consiga una buena educacion? El por sí es incapaz de gobernarse á sí mismo: por otra parte no quiere dejarse dirijir por los que tienen mas conocimiento y esperiencias que él: con que precisamente se ha de perder y ha de experimentar la funesta suerte de una mariposa jóven, cuyo suceso te servirá de instruccion, y te dará á conocer las tristes consecuencias de la indocilidad

FABULA IX.

La mariposa jóven y la vieja.

Una mariposa vieja,
 En el mundo muy curtida,
 Porque no muriese asada
 A su hija la repetia:
 «Huye esa engañosa ilama,

Que parece que convida
Con su belleza y destruye
A todo el que se le arrima.
Yo misma por ser curiosa,
Acercándome atrevida,
Saqué, y aun fue gran fortuna
Estas álas consumidas :
Y si como otras sin juicio
Me descuidára en huirla
Seguramente como ellas
Perdido hubiera la vida. •
Obedecerla promete
Amedrentada la niña ;
Mas dentro de poco rato
Hablando consigo misma,
Decia: ¿ por qué mi madre
De tal modo me intimida
Para que esa luz no vea
Cuyo brillo al mundo hechiza.
¡Qué resplandor tan hermoso!
¡Vaya que es cosa muy linda !
En verdad, que son los viejos
Estremos de cobardia :
Les parece un elefante
Cualquier mosca pequeña ;
Y un gigante todo enano
Si fiamos en su vista.
¿Qué mal puede resultarme
Por mas que cante la tia
De acercarme con cautela ?
¿Qué, soy yo, alguna bobilla ?
Con eso daré razon
A todas las demas chicas
Sin aventurarme mucho
De esas luces tan bonitas. •

Decir esto y acercarse
 Fué todo una cosa misma,
 Al rededor de la luz:
 La tonta mariposilla
 Comenzó á revolotear:
 Al principio no sentia
 Mas que un calor agradable,
 Esto mismo la incita
 A que se fie, y gozosa
 Cada vez mas se aproxima,
 Hasta que al fin deslumbrada,
 Al dar una vuelta lista
 De aquella pérvida llama
 Al centro se precipita,
 Y sin poderse valer
 Acaba su triste vida.
 Tal pena el desobediente
 Tiene muy bien merecida.

Acuérdate bien de esta leccion, amado Teótimo, y jamás dudes que la indocilidad es siempre funesta á los niños que se niegan á las luces de sus guias para arreglar su conducta. Si no les arrastra en todas ocasiones á los mayores desórdenes, les impide cuando menos adelantar en las ciencias, y cultivar su ingenio. Porque un niño que se está educando é instruyendo, es como un fogoso potro que se está domando. Aunque se ponga un animal de esta especie en manos del mas hábil picador, si se obstina en sacudir el freno, en empujarse, en retirarse y negarse á andar á la cuerda, y hacer las demás evoluciones á que se le quiere sujetar, á pesar de todos los sudores del picador jamás servirá para cosa alguna. Espárzase la mejor simiente en un campo fértil; si la tierra

no la recibe en su interior, si no se pone cuidado en cubrirla para que fermente y nazca, será eternamente inútil, y el campo no producirá fruto alguno. Puede, pues, aplicarse lo que digo de este campo á cualquier niño indócil. En vano se esparcen en su ánimo las semillas de la ciencia y de la virtud; en vano se le dan las mas saludables instrucciones, si no coopera con su docilidad á los cuidados de sus maestros, serán vanas é inútiles sus fatigas y totalmente infructuosa su enseñanza. ¿Quiéres ver otro simil que te dé á conocer mejor la importancia de la docilidad? Toma un pedazo de hierro, mira si lo puedes ablandar, y verás como no lo consigues: su dureza, superior á tus esfuerzos, opondrá un obstáculo invencible á tus deseos. Toma al contrario un poco de barro ó de cera, verás con que facilidad lo ablandas y formas cualquier figura. ¿Y en qué consiste esta diferencia? En que ha de consistir, sino en que la cera es dócil á todas las impresiones que se la dan, y el hierro al contrario inflexible: por esta razon con este metal nada podrás hacer y con la cera harás todo lo que te ocurra. Es tan clara la aplicacion de este simil que no necesita de indicarse. Ya conocerás que el hierro representa el muchacho indócil, y la cera al que es obediente. De esta misma comparacion se va ió en otro tiempo un prudente maestro para reprender la desobediencia de su discípulo; ve aqui el suceso.



FABULA X.

El maestro y el discípulo.

Cierto chiquillo indócil y travieso,
 Del griego y del latin poco cuidaba
 Pero si de enredar cuando se hallaba
 En el aula, en lugar de estar atento
 A la leccion, formando con gran seso
 Para no estar ocioso,
 Mil figuras, mil titeres con cera;
 Nota el divertimiento
 El maestro que en la escuela un argos era;
 Le riñe asperamente; él con reposo
 Oye el sermon, que le entra por un oido
 Y por el otro sale en el instante:
 Vuelve á su cera en el inmediato dia,
 Y vuelta á predicar; mas él constante
 Su fábrica de monos proseguia
 A pesar de castigos y sermones;
 Viendo el maestro que arrojaba al viento
 Sus zurras y razones,
 De otro modo pensó tomar el tiento
 Al tozudo muchacho; unas barritas
 De hierro recojó, y cierta mañana



Cuando el tino labraba con mas gana
 De cera las famosas figuritas :
 «Vaya le dice, que eres industrioso ;
 Lástima es que no seas mas juicioso,
 Siquiera si esos titeres hicieras
 Con este hierro, en mi concepto fueras
 Hombre útil, y jamas te reñiria
 Por malgastar el tiempo inutilmente
 Como en la cera ; que eso es mñeria.»
 «No vé usted le responde prontamente,
 Que eso me es imposible?
 La cera es blanda y á las manos cede,
 Cuando al contrario el hierro es inflexible,
 Ablándemelo usted, si acaso puede
 Como la cera, y quedará servido.»
 «Muy bien te explicas, replicó el maestro,
 Deseoso de verle corregido :
 Hablas como hombre en la materia diestro,
 Pues con todo, á pesar de la dureza
 Que el hierro tiene por naturaleza,
 Se labra; mas no hay fuerza que consiga
 Dar forma alguna al ánimo obstinado
 De un niño á sus violentos
 Caprichos entregado ;
 Y así, si quieres que útilmente siga
 En pulir tus costumbres y talentos,
 En adelante sé para conmigo
 Blando, como la cera lo es contigo.

No menos que al tal niño se dirige á tu
 esta leccion, oh amado Teótimo : aprove-
 chate de ella, y guárdate de imitar la conduc-
 ta de aquellos muchachos indóciles, que pa-
 rece que no tienen mayor gusto que el de
 oponerse en todo á la voluntad de sus maes-

tros, sin que las amonestaciones y castigos puedan hacerles ceder. No hay cosa mas odiosa que esta especie de rebeldia, pues es señal característica de un entendimiento zurdido, de un mal corazon, y de un carácter obstinado é inflexible. Debe perdonarse fácilmente una inadvertencia, un pronto, un primer movimiento; pero no una indocilidad continuada. Cualquiera niño que persevera en su rebeldia, es reputado por indigno de todo cuidado y abandonado á su perverso carácter: cuando al contrario, nadie puede dejar de querer á un niño dócil; todo el mundo se deleita en instruirle, y se esmera en atenderle, porque vé que las lecciones que se le dan, semejantes á la simiente que cae en buena tierra, producirán ciento por uno.

Mira, pues, como una de tus principales obligaciones el acomodarte al dictámen de tus maestros en todo lo tocante á tus estudios y conducta. Ponte en sus manos como el barro en las del artífice, que le hace tomar las figuras que quiere. A los principios te costará dificultad, pero quedarás bien pagado de la violencia que te hagas, por las ventajas que sacarás de tu docilidad; esto es, por el amor y la estimacion de tus maestros, por la satisfaccion de tus padres, y por los progresos que harás en las ciencias y en el camino de la virtud; ademas que ésta suje-

cion no ha de durar siempre. Llegará tiempo en que gozarás de la libertad sin estar espuesto á abusar de ella. Pero por ahora es absolutamente preciso que estés sujeto á la autoridad de las sábias personas que estan encargadas de tu educacion. Si estuvieses entregado á tí mismo, te dejarías arrastrar infaliblemente de tus deseos, y llegarías á conocer, aunque tarde, que la libertad era para tí mil veces mas funesta que la suave sujecion en que vives. Te daré á conocer mejor esta verdad por medio de la siguiente fábula, que dará fin al capítulo.

FABULA XI.

El Canario.

Prisionero se hallaba
 Un canario pulido;
 Y aunque en dorada cárcel
 Lloraba el pobrecito
 Su libertad perdida,
 Sin servirle de alivio
 De su ama enamorada
 Las fiestas y los mimos.
 En vano le repite
 Que en aquel dulce nido
 Está libre del fiero
 Gavilán enemigo.
 Le fastidia el azucar,
 Le cansa el organillo
 Destinado á enseñarle.

Emulos de sus trinos.

Las olorosas flores,

Romeros y tomillos

Con que su jaula adornan

Por verle divertido,

Sirven solo de cebo

A su corazoncito,

Para tener del campo

Deseos aun mas vivos.

En su lengua decia

El simple pajarillo:

¿Qué aprovechan adornos

A un infeliz cautivo?

La libertad deseo,

La realidad suspiro,

No apariencias que sirven

Solo á dorar los grillos.

Cuando así discurria,

Le trae un bizcochito

Su cariñosa dueña;

Mas por fatal de olvido

De la prision la puerta

Deja sin el pestillo;

Apenas la vé ausente

El pájaro atrevido,

Cuando sin acordarse

De los tiernos cariños

Y regalos de su ama,

Ni de sus beneficios,

Sin despedirse vuela

Por los aires muy listo,

Muy gozoso de verse

Dueño de su alvedrio.

Sobre un tejado forma

Proyectos los mas lindos.

Cuenta vivir dichoso
Lieno de regocijo ;

Mas cuenta sin un gato
Que le acecha escondido,
Y con uñas crueles
Dan fin á sus delirios.

Desconfiamos siempre,
Del gustoso atractivo.
Con que suele una falsa
Libertad seducirnos.

La sujecion prudente
Lejos de hacer perjuicio
Al hombre, le liberta
De riesgos infinitos.

• Sé dócil jóven amado
Del maestro á las lecciones,
Y sufre sus correcciones,
Pues solo son por tu bien.

Advierte que, si orguloso
Desoyes sus advertencias,
Un dia las consecuencias
Llorarás de tu desden.

Preciso es que reflexiones
Que aunque á los miembros asije
La vara que nos corrije,
Nos procura la salud.

Y el jóven que en su indolencia
No se corrije al castigo,
El ódio lleva consigo
Que le atrae su ingratitude.

Pues quien terco se abandona
A su antojo y sus pasiones
Sufirá persecuciones,
Y disgustos sin cesar.

Que el Señor tiene ofrecido

En su divino proverbio:

Abatir tanto al soberbio

Cuanto al humilde ensalzar.

CAPITULO IX.

De las obligaciones de los niños para con sus iguales.

Despues de tus padres y maestros, tus compañeros é iguales son los que tienen mas conecion contigo, y te importa mucho lograr su amor y estimacion, pues de esta depende tu quietud y la felicidad de tu vida. Es cosa muy desagradable el verse continuamente espuesto á las burlas y desprecios de aquellos con quienes tenemos precision de vivir; y esto te sucederia si no tuvieses cuidado de arreglar tu conducta para con tus iguales, y de evitar ciertos defectos, que te atraerian su aborrecimiento y desprecio. Todos estos defectos pueden reducirse á tres puntos principales, que son, por decirlo asi, las fuentes de donde nacen todas las enemistades y disensiones que reinan entre los niños.

El primero es la soberbia, que hace que los estimemos mas que á los otros, y que los miremos con desprecio; y por lo regular se funda en atribuirnos ó mas talento, ó mas

ilustre cuna. No puedo ponderarte, amado Teótimo, cuán contrario es semejante modo de pensar á los principios de nuestra sagrada Religion, que no nos encarga otra cosa con mas cuidado, que el que nos miremos todos como hermanos, y no puedes concebir cuán aborrecibles nos hace para con nuestros compañeros. Yo mismo fuí testigo de un lance bien extraordinario, acaecido por esta causa en un colejio en que me hallaba. Entre los demas niños habia allí uno, tan preciado de su noble nacimiento, que no sabia hablar de otra cosa. Esta vanidad empezó á indisponer contra él á todos los que le trataban; con todo, á los principios se atribuia á atolondramiento y á tontería, mas que á soberbia, y no se le hacia caso; pero llegó á esplicarse en cierta ocasion con tanta altanería, que alborotó contra él todos los compañeros. Estando en la hora de recreacion con uno de sus condiscípulos de nacimiento inferior contándose éste por igual suyo, cuando menos en la calidad de colejial, que les era á todos comun, le habló y le trató con la misma familiaridad que á los demas; pero nuestro altivo niño, creyendo que le faltaba al respeto debido, se puso muy serio, y en tono soberbio é imperioso se volvió á él y le dijo: *¿Cómo te atreves á hablarme asi? No sabes que soy Marqués? No fué menester ma*

para hacerle la fábula del colegio. Inmediatamente le rodearon todos, y haciéndole por burla las mas profundas cortesias, le molieron con los títulos de noble y de marqués. No acabó con esto la escena. Cualquiera de ellos que le encontraba repetia á cada paso la misma ceremonia. No le trataban sino de señor marqués. Llegó en fin la cosa á tal estremo que no pudiendo ya sufrir las malignas y saladas burlas que llovian sobre él, se vió obligado á salir del colegio y á aprender á costa suya que la soberbia y la vanidad, al paso que nos hacen desear mas la estimacion, nos atraen el desprecio y el vilipendio.

Huye, pues, cuidadosamente de insultar á los demas con la menor apariencia de vanidad ó de desprecio. Por mas que les seas superior en nacimiento y en talento, jamás des á conocer en tus conversaciones ni en tus modales que te prefieres á ellos. Sé con todos afable, humano y amigo de complacer. Esmérate en servirles cuando llegue la ocasion, y evita cuidadosamente cualquiera cosa que pueda darles que sentir. Por este medio conseguiras su estimacion y afecto: por el contrario si no ven en tí otra cosa que indiferencia y desprecio, te pagarán infaliblemente en la misma moneda, y no tendrán otro gusto que el de abultar malignamente tus faltas, y humillar tu vanidad con las mas amargas burlas.

FABULA XII.

La abeja y la mariposa.

La vanidad en todos es odiosa,
 Pero principalmente
 En el humano trato es enfadosa.
 Cierta especie de gente,
 Que aunque de humildes padres procreada
 Viéndose con carrozas y dineros,
 Mira á todos con ceño y con desprecio,
 Y en la calle no cabe á puro hinchada;
 El mundo malicioso al ver tal necio,
 Se acuerda que algun tiempo anduvo en cueros,
 Y á careajadas rie
 A las barbas del mismo que se engrie.
 Asi le sucedió á una mariposa
 De un oscuro capullo prisionera,
 Que apenas se vió fuera,
 Y el mundo nuevo examinó curiosa,
 Cuando todos los otros animales
 Que á su vista se ofrecen,
 En gracia y en belleza le parecen
 A su linda persona desiguales :
 Y así pondera sus primores :
 « No siendo ciego, ¿quién compararia
 Su hermosura á la mia ?
 ¿Estos vivos colores
 Estas álas soberbias, aselpadas
 De azul celeste y oro matizadas !
 ¿Vaya, que soy prodigio de belleza !
 A esa abeja preciada de industriosa,
 ¿Qué adorno concedió naturaleza ?
 Pues la moseca tan negra y asquerosa...
 Y ese animal tan lánguido y tan fiero,
 Ese mosquito.... ¿pueden compararse

De cien leguas á mi? ¡Talle grosero,
 Mal color, estrambótica figura!
 Vaya, grima me dan; fuera locura
 Que conmigo pensáran igualarse;
 Las flores mismas quedan muy distantes
 De mis colores vivos y brillantes.
 Y si á ellas llego, llenas de alegría
 Sus perfumes me ofrecen á porfía.
 Así hablaba madama ventolera,
 Cuando una buena abeja
 La dice estas razones á la oreja:
 «Todos reconocemos, señorita,
 Que es usted la primera
 En belleza; mas deje usted ese vano
 Orgullo, acuérdesse que era gusano
 Poco hace, y no tendrá tanta pepita;
 Antes de tomar vuelo,
 Al meterse en el sucio cucurucho,
 Era usted un avechucho
 Como este que ahora arrastra por el suelo.»



FABULA XIII.

El niño soberbio.

Sobre una torre elevada
 De pie estaba un rapazuelo,

Y á la caterva de abajo
 Menospreciaba soberbio ;
 El simplecillo creia
 Por verse alzado del suelo ,
 Ser uno de aquellos hombres
 Que gigantes llama el pueblo.
 ¡Qué pequeñas me parecen
 Esas gentes, dice el necio!
 ¡Qué cuerpecillos! ¿ no son
 Todos, menos yo pigmeos?
 Uno que lo oyó responde :
 Pues baje usted, compañero,
 Y abajo verá que es
 De todos el mas pequeño.
 El que á los otros desprecia
 Por verse en mas alto puesto,
 Aprenda esta fabulilla
 Y mirese en este espejo.

El segundo defecto que debes evitar , es el de hacer el oficio de delator y soplón, de las faltas y de la conducta de tus condiscípulos. Acostumbra á pintarse la discordia bajo el emblema de una furia, con un tizon encendido en la mano, y la cabeza poblada , en lugar de cabellos, de una multitud de culebras que vomitan á todos lados el veneno del ódio. No hay retrato mas propio de un soplón. Solo sirve para sembrar en todos los corazones la disension y la enemistad. Sus delaciones son un abundante manantial de desazones y quimeras; y lo que es mas particular, que dañando á los otros se daña aun mas á sí mismo; porque no hay cosa que haga mas odioso á un

niño que semejante oficio. Todos los demas le miran como á un embrollon, y á porfia huyen de él y le desprecian. No quiero decir con esto que cuando los que tienen autoridad sobre ti te ecsaminen secretamente acerca de algunas faltas, que puedas haber observado en los otros, y sean capaces de contagiar el aula ó el colegio, dejes de declararles la verdad; pues en tal caso estás obligado á hablar aun antes que te se pregunte, para precaver en cuanto esté de tu parte el daño; pero aun en estas mismas ocasiones has de ser sumamente circunspecto, y no has de decir mas que lo que sepas con entera certidumbre. Evita cuidadosamente el escudriñar los defectos agenos, contentándote con conocer y corregir los tuyos.

Como al prójimo nunca nos miramos:
 Dos alforjas nos dió naturaleza
 A todos los que de hombre nos preciamos,
 Y es tal nuestra destreza,
 Que las faltas del prójimo llevamos
 A la vista en la alforja delantera,
 Pero las nuestras siempre en la trasera.

Esto es, que muchas veces notamos y reprehendemos en los otros faltas que no vemos en nosotros mismos, aunque nos afeen igualmente que á ellos. El pasage siguiente de que me acuerdo, servirá de confirmacion á esta verdad.



FABULA XIV.

Los dos hombres feos.

Cierta dia en un corrillo
 Con teson se disputaba
 Sobre prendas personales,
 Sobre presencia bizarra.
 Allí por casualidad
 Dos hombres feos se hallaban,
 Cuyas faltas en la historia
 Nos han quedado archivadas.
 Color de tabaco de hoja,
 Narices grandes y chatas,
 El pelo rojo y muy claro,
 Las bocas desaforadas.
 A estos rasgos de belleza
 Ojos de gato agregaban,
 Y unas barbillas de vieja;
 Tales eran las dos fachas.
 El uno de ellos juicioso
 Reconocia sus faltas

Buenamente, mas el otro
 De buen mozo se preciaba;
 Por hermoso se tenia,
 (En nuestros tiempos no es rara
 Esta escasez de razon)
 Aunque un Esopo (*) en la traza:
 Pero era lo mas gracioso,
 Que á su pobre camarada
 Como si él fuera un Adonis
 Sin cesar se le burlaba:
 «¡ Qué semblante tan gracioso!
 Le decia: ¡qué gallarda
 Presencia! Es lástima, cierto
 Que no le lleven en andas:
 Si alguno le recojiera
 Y al público le enseñára
 Por dineros como el oso
 Presto se hiciera de plata,
 Asi sin vergüenza alguna
 Nuestro buen fisgon zumbaba
 Al otro que sin decirle
 La mas mínima palabra,
 Marcha á traerle un espejo
 Y delante se lo planta
 Obligándole á mirarse
 Aquella espantosa cara,
 Diciendo: Aquí tiene usted
 Respuesta á todas sus chanzas:
 Mirese usted sin pasion
 Y sabrá esta verdad clara:
 Que si sus propios defectos
 Viera usted al poner tachas.

(*) Esopo fué un hombre muy feo, pero muy entendido y discreto, que escribió varias fabulas muy ingeniosas muchos siglos antes de la venida de Cristo.

A los demás, para siempre
De conversacion mudára.

El tercer defecto que debo precaverte es el de la impaciencia y la cólera. A cada paso se hallan niños que nada pueden sufrir. La menor palabra les irrita, y les hace prorrumpir en quejas y disensiones. Semejantes al pedernal, al menor encuentro, á la menor disputa se encienden, y en lugar de chispas despiden injurias y desvergüenzas. El que se porta de este modo no conoce bien su propio interés. Esta conducta daña mas á cualquier muchacho, que cualquiera otra cosa que pudiese hacerse ó decirse contra él. Con ella desacredita su jenio, é induce mas y mas á sus compañeros para que le inquieten. Ya habrás reparado que por lo regular todo el mundo se divierte en burlarse con mas empeño de aquellos que tienen poco sufrimiento, ó como suele decirse poca correa; y que basta muchas veces que un niño se resienta de algunos motes ó zumbas para que los otros le ostiguen continuamente con ellos. Ten pues, mucho cuidado, amado Teótimo en este particular; aguanta las zumbas y chocarrerías de los demás con semblante risueño que dé á conocer que entiendes de chanzas. Si lo haces así, en breve impondrás silencio á los burlones, serás el objeto de su estimacion y cariño; y por el contrario, si te im-

cientas y enfadas, les darás pie para que
persigan de muerte.



FABULA XV.

El perrito y sus compañeros.

Un perrito de lanas adornado
Blancas y negras, fino, acariciado
De un amo noble y sabio, en quien se unía
El trato amable á la filosofía,
De tamaña fortuna envanecido :
Turquillo, que así el perro se llamaba,
Segun cuenta el autor de nuestra historia,
Un dia que hizo cierta escapatoria
Se presentó en la calle tan erguido
Y tan hueco, que toda la ocupaba.
Los otros perros viendo aquel ufano
Forastero que andaba á lo prusiano,
Se empiezan á burlar de su figura :
Poco á poco la turba le rodea :
Uno de ellos con grande compostura,
La pata alza, y encima se le mea,
Otro muy grave se le pone al lado,
Le huele y le registra lentamente,
Aquel le empuja y gruñe, éste le ladra,

Alguno mas audaz le clava el diente,
 A nuestro turco, poco acostumbrado
 A estas chanzas, ninguna de ellas cuadra
 Y en lugar de soltar la carejada,
 Les pone una carilla renegada;
 Hace en fin el tremendo desatino
 De querer resistir; mas al pobrete
 Entre todos le ponen en un brete;
 Sabe Dios como escapa, y á su casa
 A toda prisa vuelve muy molino;
 Reflexiona despues lo que le pasa;
 Vé que ha estado imprudente,
 Y que entre aquella gente
 Era el mejor remedio acomodarse
 A las burlas, y nunca impacientarse;
 Lo hace asi; la primera vez que sale
 Los insultos aguanta con paciencia,
 Se rie, y no les hace resistencia;
 Esta conducta á los burlones todos
 Los pone de su parte; eso le vale,
 Dice Almanzor que á todos gobernaba
 Y en perruna prudencia aventajaba
 Cual digno presidente: buenos modos
 Son los que aqui le sacarán ileso
 Pero si nos viniese hacer el tieso,
 De esas ligeras chanzas, mal sufrido,
 Saldria brabamente corregido.

Esta leccion confirma la experiencia.
 Se han de llevar las burlas con paciencia:
 El que hace lo contrario es despreciado
 Y del racional trato desterrado.

Lo que se acaba de decir es mas importante de lo que te parece, no solamente para ahora, sino para lo sucesivo. Te hallarás

en mal ocasiones en que sea por divertirse, sea por experimentar tu jenio, te darán zumbas sobre algunos defectos reales ó supuestos, si no correspondes á estas chanzas con aquel tono risueño, y aquella política que pide la buena crianza, te mirarán todos como un hombre mal educado, habrás de sufrir mil desaires en la sociedad, y quizá tu descortesía tendrá consecuencias mas funestas. No serás tu el primer jóven que se ha precipitado en las mayores desgracias, por no haber sabido llevar una inocente chanza. Asi se perdió un jóven ilustre, recien llegado á un regimiento. Envanecido de su nobleza, y satisfecho de su pretendido mérito, no podia sufrir que se riesen de él, y creia que todo el mundo debia respetarle. Esto mismo alborotó mas y mas á los otros oficiales jóvenes contra él; quanto mas sensible le veian á las zumbas, tanto mas le apretaban. El recien llegado no pudo contenerse, rompió al fin, sacó la espada, y fué muerto en un desafio, que ciertamente se hubiera ahorrado si hubiera sabido dominar su jénio inflexible y divertirse con los que le zumbaban. Este ejemplo te dará á conocer quanto importa acostumbrarse con tiempo á reprimir los ímpetus de la impaciencia, y á llevar sin resentimiento cualquiera chanza inocente.

CAPITULO X.

De la ciencia.

Son pocos los niños que conocen la importancia de la ciencia, y son pocos por consiguiente los que se aplican á adquirirla; porque si todos supiesen las grandes ventajas que trae consigo, no podrian menos de anhelarla con el mayor ardor.

La ciencia es para nuestra alma, lo que la luz para nuestros ojos. Nos ilumina y dirige en todos nuestros pasos; nos da á conocer los atractivos de la verdad, la hermosura de la naturaleza, y la grandeza de su Criador. Cualquier hombre rodeado de oscuridad no distinguirá objeto alguno, no sabrá de donde viene ni á donde vá, y estará continuamente espuesto á dar las mas crueles caidas. Lo mismo sucede á un ignorante. Semejante en algun modo á aquellos ídolos sin alma de los que dice el Profeta, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, ignora las cosas mas sencillas, que para él son oscurísimos enigmas. Su ignorancia, como una espesa nube, ofusca y apaga todas las luces de su entendimiento, dejándole al nivel de los brutos, que se gobiernan por un ciego instinto. Tal es á lo menos la idea que han tenido de la ignorancia la mayor parte de los filósofos.

Vino cierto dia un padre de familia á verse con Aristipo que era uno de los mayores filósofos de la Grecia, y le suplicó que admitiese á un hijo suyo en el número de sus discípulos, y le enseñase la filosofía y las letras humanas. Condescendió el filósofo; pero con la circunstancia de que le diese por su trabajo cien talentos. El buen padre espantado de semejante suma, y demasiado avariento para pagar á tal precio la educación de su hijo, cuya importancia no conocia como debiera, le respondió: *Menos me costaría comprar un esclavo. Pues cómpralo*, le replicó Aristipo, *y con eso tendrás dos.*

Otro sujeto que se hallaba en igual caso preguntó al mismo filósofo, que ventajas conseguiria su hijo del estudio de las ciencias. *El fruto que sacará*, respondió Aristipo, *será que cuando asista á los juegos públicos, no se verá, en el puesto que ocupa una piedra sentada sobre otra piedra.* ¿Y qué te parece que pretendió darnos á entender con estas dos respuestas el sábio filósofo? Quiso darnos á conocer que un ignorante debe compararse á un vil esclavo, ó á una piedra. Hacía él mismo tanto aprecio de la ciencia, que habiéndosele preguntado qué diferencia hallaba entre los sabios y los ignorantes: *La misma*, respondió, *que entre los caballos domados y los indómitos.*

Del mismo dictamen era el famoso Diógenes. Diciéndole un día que los habitantes de Megara no ponian cuidado alguno en la instruccion de sus hijos al paso que se esmeraban en la cria de sus ganados: *Si eso es cierto*, respondió sonriéndose, *mas quisiera ser carnero de cualquiera megarense, que hijo suyo*. Palabras espresivas que dan á conocer que en el sentir de aquel filósofo, cualquier animal bien enseñado merecia preferirse á un hombre ignorante. Esta idea no es solo de Diógenes, sino de todos los hombres instruidos: lo que habrás conocido sin duda, si has reparado que los ignorantes son el objeto del desprecio de las jentes, y que se les señala con los mas indecorosos apodos. Pero al paso que la ignorancia ha sido en todos tiempos vilipendiada, ha merecido siempre la ciencia, la estimacion y el respeto de los hombres. Cualquier sujeto culto puede presentarse en todas partes y en todas ellas es recibido con distincion. Todo el mundo se apresura por verle y gozar su conversacion, colmándole de honras y de elojios. Pudiera citarte aqui el ejemplo de Platon, al cual Dionisio, tirano de Siracusa, salió á recibir hasta la orilla del mar, y haciéndole sentar á su lado en su carro, le condujo en triunfo á su palacio. Pudiera decirte tambien, que habiéndose apoderado Alejandro de la ciudad

de Tebas, y habiendo mandado incendiarla, dió orden de que no se tocase á la casa ni á la descendencia de Píndaro, para dar á entender la estimacion y veneracion que profesaba á este célebre poeta.

Pero para proponerte un ejemplo mas adaptado á tu edad, te contaré los aplausos que consiguió un niño de ocho á nueve años, que poco hace defendió unas conclusiones públicas de gramática, de jeografía, de historia y de lengua latina. Me hubiera alegrado infinito de que hubieses presenciado los honores que se le hicieron, ninguna cosa te hubiera dado mejor á conocer el valor de la ciencia, y el aprecio que de ella se hace: apenas habia satisfecho á una pregunta, cuando por todas partes se oia un palmoteo general acompañado de estas exclamaciones: ¡Qué admiracion! ¡Qué pasmo! ¡Dichoso el padre de tal hijo! Pero cuando todos se escedieron en manifestar su satisfaccion, fué cuando se acabaron las conclusiones. Todos los concurrentes le rodean; se le arrancan, digámoslo asi, unos á otros para abrazarle; no se cansan de mirarle, y llenarle de agasajos y enhorabuenas; de resultas de este suceso fué el objeto de todas las conversaciones y sus brillantes progresos, trasladados á los papeles públicos, llenaron toda la Francia de admiracion.

El célebre Pico de la Mirándula habia da-

do ya igual ejemplo al universo. Fueron tales sus progresos en el estudio desde sus primeros años, que algunas personas, espantadas de su prodijiosa ciencia, quisieron hacerle pasar por mago, pero se descubrió bien pronto, que no debia su erudicion sino á la vasta capacidad de su entendimiento, y á su estraordinaria viveza. De edad de veinte y cuatro años defendió conclusiones públicas sobre todas las ciencias sin escepcion; y aunque murió muy jóven dejó varias obras que han admirado á todos los sábios.

El jóven Peirese natural de Aix, en Provenza, no brilló menos por su ciencia desde la niñez. De edad de siete años reconoció en sí mismo la capacidad suficiente para encargarse de dirigir los estudios de un hermano menor que tenia. Su padre oyó la proposicion que sobre esto le hizo como una ocurrencia pueril; pero con todo condescendió por algunos dias; mas con deseo de satisfacerle, que con esperanza de que pudiese ejecutarlo; pero viendo con admiracion suya que desempeñaba perfectamente su encargo, le dejó continuar y se ahorró para siempre el preceptor. En efecto, el dicho Peirese fué el mentor de su hermano; cultivó sus talentos y dirigió su conducta como lo hubiera podido hacer el mas hábil maestro.

No pretendo con esto, amado Teótimo,

que te iguales á estos extraordinarios modelos; quizá la naturaleza no te ha dotado de tan grandes talentos como á e^{os}; pero su ejemplo, cuando menos, deb^e animarte á que no omitas diligencia alguna para adornar tu alma con todos aquellos conocimientos de que es capaz; pues te dá á conocer que no hay cosa que nos haga mas estimables á los ojos de los hombres que la ciencia.

Pero una de las cosas que debe moverte mas á conseguirla es, que no hay estado alguno ni clase en que no sea de la mayor utilidad para los que las poseen. Un hombre instruido en cualquier estado que se halle, es como un caminante que conociendo perfectamente la senda que debe seguir, llega con seguridad al término que desea; al paso que el ignorante se asemeja á un ciego, que anda al tiento, que tropieza á cada paso, y que se pierde continuamente. En vano se gloria cualquiera de ser rico y poderoso: las riquezas y las honras sin el mérito, no son mas que un vano adorno.

Si un juez es ignorante, el vulgo atento
Hace solo á su toga acatamiento.

El mismo aprecio se hace de un estúpido Creso, que de una hermosa estatua que exteriormente agrada, pero que interiormente está privada de entendimiento y de sensación. **Al**

contrario siempre se respeta la ciencia aunque esté sumergida en la pobreza, y aun muchas veces es un recurso contra este trabajo. La Fontaine demuestra muy bien esta verdad en la siguiente fabula.



FABULA XVI.

Las ventajas de la ciencia.

Armase en tiempo antiguo una contienda
 Entre dos ciudadanos que habitaban
 El mismo pueblo: el uno era ignorante
 Pero provisto de copiosa hacienda:
 El otro pobre, pero en él brillaban
 Las ciencias á porfía:

El rico satisfecho y arrogante

Del pobre se reía,

Y si acaso de oírle se dignaba

Pretendiendo ser siempre preferido

En tono majistral así le hablaba:

«Buen hombre, no se canse, es muy debido

Que el rico sea del mundo respetado :

Cualquier hombre prudente

Tendrá á usted por un grande majadero :

¿Qué mérito se encierra en ser letrado ?

Con leer cuatro sandeces facilmente

Cualquier pelon consigue

La borla. ¿Y qué provecho se le sigue

Al pueblo de su ciencia sin dinero ?

Un pedante se encuentra en cada esquina ;

Pero hombres como yo , cuya cocina

Mantiene medio pueblo , cuyo lujo

Al mercader , al sastre , al zapatero

Dá trabajo y doblones ,

No se hallan , Señor mio , á dos tirones ;

Me dirá usted : ¿qué influjo

En el público logra el que no cuenta

Cuatro cuartos de renta ?

No tiene mesa , sale muy ufano

En invierno vestido de verano ;

Vive siempre en boardilla ;

Para acallar su estómago quejoso

Con librotos fastidia al poderoso

Y no dá de comer ni á la polilla .

¿Qué habia de decir el literato ?

Calló : mas presto se encontró vengado .

Marte (*) destruyó al pueblo en que vivia ;

Quedó el rico en la calle despreciado ,

Al paso que admirado de su trato ,

Al sábio todo el mundo le asistia .

Asi se decidió la competencia :

Por mas que sus riquezas ecsajeran

Los toutos , y su dicha nos ponderen

Mas sólido valor tiene la ciencia .

(*) Marte , deidad de la guerra , segun la fábula , que aqui quiere decir metafóricamente la guerra misma .

No te admires, pues, de que se ponga tanto cuidado en instruirte, y de que tantas veces te se exhorte á que estudies. En esto no se busca otra cosa que tu propio interés. No estás aun en estado de conocerlo; pero con el tiempo lo comprenderás, y darás mil gracias á tus padres por haberte dejado en herencia la sabiduria. Es la mas preciosa alhaja que puedes recibir de su mano. No hay otra cosa que ricos ignorantes, que darian la mitad de sus rentas por tener la ventaja de poseer mil conocimientos, cuya utilidad reconocen, y de que por desgracia suya se hallan privados, però su intento es vano. Todo el dinero del mundo no es bastante para comprar la ciencia: serán siempre inútiles sus deseos, y llorarán toda su vida la irreparable pérdida que han hecho desdeñando instruirse durante su juventud.

Precave, oh amado Teótimo, precave con tiempo semejante arrepentimiento. Imita la prudente conducta de la ábeja, que hace sus provisiones durante el buen tiempo, para tener con que alimentarse cuando los crueles frios del invierno le impiden salir á buscarlas. Ahora estás tú tambien en el buen tiempo, esto es, en la edad mas propia para adquirir los conocimientos de que has de necesitar en adelante. Si dejas pasar esta sazon oportuna, jamás la verás volver: impedido por otras ocupaciones,

te será imposible decir los primeros elementos de las ciencias, que siempre son espinosos, y quedarás toda tu vida sepultado en las tinieblas de la ignorancia. Es menester, pues, esforzarte en la feliz primavera de tu edad para adquirir un bien que mas adelante buscarías inútilmente.

No puedes concebir ahora cuanto te alegrarás algun dia de haber seguido mis consejos sobre este punto tan esencial

El principio y el fin de toda ciencia

Es el temor de Dios, dice un proverbio;

El inicio tan solo y el soberbio

Desdeñan ilustrar su inteligencia.

Feliz quien á los sábios reverencia

Y de sana instruccion nutre su mente;

Y dichoso el varon justo y prudente

Que pura ha conservado su conciencia.

CAPITULO XI.

*De la instruccion que deben adquirir
los niños.*

La ciencia es un tesoro que no se adquiere sino poco á poco y por grados. Querer aprenderlo todo á un tiempo, es esponerse á no saber jamás cosa alguna. Es menester, pues, observar cierto orden en los estudios, y aplicarte lo primero á adornar tu entendimiento con

aquellos conocimientos mas adecuados á tu edad, y que pueden serte mas ventajosos. Te diré brevemente cuales son, y te haré tocar con las manos su importancia para que puedas gobernarte por este plan.

Es inútil decirte que la relijion debe ocupar el primer lugar en tus estudios. Ya sabes que no estás en el mundo sino para conocer y amar á Dios; y tampoco ignoras, que no podemos conocerle como corresponde, ni por consiguiente amarle sino es por medio de la relijion que nos instruye de sus perfecciones, de sus misterios, y de su voluntad. Nuestra razon es demasiado limitada para poder dirigirnos en este asunto, y asi los que no se han valido de la luz de la relijion han incurrido en los mas monstruosos errores: unos han adorado al sol; á la luna y á los demas astros, y otros han prostituido su culto á las plantas y á los animales, teniéndolos por dioses. Todos ellos, en fin, han juzgado virtudes los vicios mas vergonzosos, por haberse forjado dioses á quienes atribuian los mismos excesos. Nosotros mismos hubiéramos caido como ellos en tan lamentables desórdenes si hubiéramos estado entregados á nuestra sola razon. Pero por dicha nuestra, Dios mismo se ha dignado bajar á la tierra para alumbrarnos.

La doctrina que nos ha enseñado es al mismo tiempo la luz que ha de guiar nuestros pa-

cos, y el camino que hemos de seguir para lograr la suprema felicidad. Estúdiala, pues, oh amado Teótimo, con la mayor aplicacion que te sea posible. Las demas ciencias no te son absolutamente necesarias; pero de ningun modo puedes omitir el estudio de las verdades de la relijion, y seria delito el ignorarlas. Oye pues con la mayor atencion, las instrucciones que te se den en este punto: procura aprenderlas por tí mismo, estudiando con la mayor aplicacion el catecismo y los demas libros pios que te pongan en las manos; y acuérdate que el niño que se descuida en enterarse de las verdades y de las obligaciones de la relijion cristiana, precisamente ha de ser con el tiempo un mal cristiano.

Despues del estudio de la relijion, debes considerar el de la lengua latina como uno de los mas útiles y mas importantes. El latin es la llave de las ciencias. Las obras mas excelentes que han salido á luz están escritas en este idioma. Y así ¿cómo has de leerlas y comprenderlas si lo ignoras? Oirás hablar infinitas veces de Horacio, de Virjilio, de Ciceron, y de otros muchos autores conocidos de todo el mundo: y podrás tu acaso hablar de ellos sin entender siquiera su lengua? ¿Qué avergonzado te verias si hubieras de confesar tu ignorancia, guardando un forzoso silencio, mientras que los demas que tratases diesen á conocer su erudicion!

Además de esto, la lengua latina puede verte precisa en mil ocasiones. Supon y, g. que quisieras seguir la carrera eclesiástica ó la de la toga; en tal caso ¿cómo has de conseguir tu deseo sin saberla? Ignorándola, ni puedes cumplir con las obligaciones auejas á estos dos estados, ni aun introducirte en ellos, pues que la mayor parte de las cosas que deben saber los eclesiásticos y togados están escritas en dicho idioma, y por esta razon el no aprenderle seria cerrarte enteramente la puerta á estas dos carreras, para las cuales sucederá quizás que tengas vocacion; además de verte privado de otras mil utilidades que puede producirte su posesion.

¿Cuántas veces pongo por ejemplo, puedes hallarte precisado á viajar á países **estranjeros** especialmente si sigues la carrera militar? Ni tu entenderás su lengua, ni ellos la tuya; y por consiguiente ¿qué comodidad no será para tí el saber el latin, que es la lengua general de todos los pueblos y de todas las naciones? no hay intérprete mejor para todos los países. A mi mismo me sucedió últimamente encontrar un inglés en una posada; se me acercó con un semblante melancólico, y distraido pronunció algunas voces que no entendí. Viendo que no las comprendia, empezó á esplicarse por señas, y no logrando tampoco que le entendiese, le hallé tan emba-

razado, que deseoso de sacarle de su apuro eché mano del latín, y le dije algunas palabras á ver si las entendía. Vile al instante lleno de serenidad y de alegría. Me abrazó tiernamente, celebró infinito haberme encontrado; habló en aquel idioma, y me dió á conocer lo que deseaba. Satisficó á lo que me preguntó, le proporcioné varias cosas que necesitaba, y quedó tan agradecido á este corto favor, que si hubiera yo sido hombre de aprovecharme de su liberalidad, me hubiera llenado de dádivas.

Por aquí conocerás, amado Teótimo, cuán útil ó por mejor decir, cuán indispensable es muchas veces la lengua latina. Ya ves que si desean que te apliques á ella es por tu propio interés, al que perjudicarias infinito si no te aplicases. Hazlo, pues, con el mayor conato mientras estás en la edad propia para aprenderla. Cuida sobre todo de saber muy bien sus elementos, sin los cuales jamás la poseerás perfectamente. Los que se descuidaron en estos primeros principios, dice un autor célebre, se parecen á aquellos niños que están siempre enfermos por no haber mamado buena leche.

No te fastidies de este estudio, aunque al principio lo halles árido y escabroso. Cuanto mas adelantes la encontrarás mas fácil. Caminarás ahora entre espinas y abrojos,

pero esta senda te llevará á un jardin delicioso en donde encontrarás hermosas flores y frutas preciosas que te recompensarán abundantemente de los trabajos que hubieses padecido para llegar á él. La siguiente fábula te hará ver palpablemente esto mismo.



FABULA XVII.

Flora () y el niño.*

Entró un niño en un jardin todo poblado
De las mas bellas flores,
Hallábanse de todos los colores,
Rosas, claveles, violetas y azucenas:
Flora misma lo habia cultivado:
El niño las vé apenas
Cuando á un tiempo las quiere cojer todas;
Pero la diosa no le dá licencia

(*) *Flora, deidad fabulosa, que suponen los poetas cuidaba de los jardines.*

Sino para elejir una á su antojo :
 Corre el muchacho cual si fuera á bodas ,
 La rosa entre las otras le dá en ojo ,
 Decide en su favor la competencia ;
 Llega á cojerla ufano
 Y al simple se le clavan en la mano
 Las punzas de que estaba resguardada ;
 De la traicion llorando se lamenta .
 « Queda , dice , en tu zarza , infame rosa
 Para siempre entre abrojos encerrada ;
 Jamás de ti haré cuenta ,
 Que otra hallaré sin punzas mas hermosa . »
 Bien rejistró , mas no encontró otra alguna
 Que no estuviese de ellas erizada ,
 Aunque las fué mirando una por una ;
 Echa el tonto á llorar amargamente ,
 De llevarse tal chasco resentido ;
 Flora se rie al ver el inocente
 Llanto , y le dice : « No estés aflijido ,
 Hijo mio , ¿ No ves que desatinas
 En querer hallar rosas sin espinas ?
 Si quieres facilmente
 Cojer cualquiera rosa sin punzarte ,
 Las espinas primero vé con tiento
 Quitando . » Ejecutólo , y sin mas arte ,
 Se salió á poco rato con su intento .
 Lo mismo digo al niño que estudiando
 Desmaya al ver que al paso que camina
 En las ciencias encuentra alguna spina ,
 Algun trabajo . Aplíquese este cue
 Vénzalo con valor y con pacienci
 Y el fruto cojerá sin resistencia .

Ademas del estudio de la lengua latina
 te es preciso el de tu propia lengua ; ambas

deben, por decirlo así, darse las manos, de modo que al salir del colejio puedas usar igualmente de ellas, y aun me atreveré á decir que debe en caso de duda ser preferida la propia lengua, porque todos los dias te verás precisado á hablar ó escribir en ella. ¿Y qué vergüenza no sería para tí el ignorar despues de siete ú ocho años de estudio tu propio idioma, de manera que no pudieses seguir una conversacion, ó escribir correctamente una carta? No hace mucho tiempo que cayó en mis manos una, escrita por un estudiante á su padre con motivo de año nuevo. No puede darse cosa mas ridícula. Parecia que el niño se habia empeñado en acumular en ella todas las faltas de gramática y ortografía. Su padre indignado quiso sacarle del colejio persuadido de que era incapaz de adelantar, pues con tres años que llevaba de estudios incurria en unos solecismos tan garrafales. Opúseme á su resolución, dándole á entender que los disparates de que estaba sembrada la carta de su hijo, mas procedian de su descuido en estudiar su propio idioma, que de falta de capacidad, y que no era menester mas para correjirle que hacerle leer durante algun tiempo la gramática de su idioma pátrio, y copiar esactamente algunos renglones de cualquier libro bien escrito para que aprendiese la ortografía. Si-

guió mi consejo, y aprovechó tanto el muchacho con este método, que en menos de un año se vió en estado de escribir con la mayor exactitud y correccion. Sigue tú este mismo método, y no dudes que observándolo con cuidado, antes que acabes tus estudios sabrás perfectamente tu lengua, sin que te haya costado mucho aprenderla.

No te es menos necesario el estudio de la jeografía que el de los idiomas espresados. Como esta ciencia nos enseña la situacion de las varias rejiones de la tierra, que á cada paso salen á la conversacion, sino tuvieses algun conocimiento de ella, te verias espuesto á decir los mayores disparates. Colocarías en Europa las provincias de América ó del Asia; cambiarias las situaciones del mar y tierra, y darías que reir á todos con tu ignorancia. Jamás olvidaré el apuro y la confusion en que poco hace se halló un jóven en una tertulia á que yo asistia. Tratóse casualmente de un viajero que habia llegado de Calais á Doubres en dos horas, aunque hay siete leguas de distancia de una ciudad á otra. Oyendo esto nuestro jóven, y no sabiendo que semejante viaje no podia hacerse sino por mar saltó al instante: *Buen caballo debia de tener ese sujeto para hacer tan fuerte jornada. Nada de eso*, le respondió un fisgon, *no tenia mas que un caballo de madera.* ¿Cómo

replicó el otro, *andar siete leguas en dos horas sobre un caballo de madera? eso es imposible. Es un disparate. Pues no dude usted que ha sido así*, respondió el otro muy sério, *aunque á la verdad con la circunstancia de que el caballo tenia alas, y andaba sobre el agua.* Comprendió entonces el jóven que hablaba de un navío; y se inmutó, se avergonzó, y se fué indignado consigo mismo por haberse hecho con su ignorancia el objeto de la risa de todos los concurrentes. Aprendió, pues, á costa suya á no descuidarse de saber una ciencia que á cada paso es necesaria. Podrás tomar una tintura suficiente de ella leyendo un librito titulado la Jeografía de los niños, y estudiando con cuidado los diferentes mapas que representan las cuatro partes del mundo.

Al estudio de la Jeografía has de añadir el de la Cronolojía, que nos enseña el orden de los tiempos que han pasado desde la creación del mundo hasta nuestros dias. Esta ciencia servirá para que no confundas los sucesos, y para que no incurras en los desatinados anacronismos en que acostumbran caer los que la ignoran. Tal fué el de un muchacho que en presencia de muchas jentes preguntó con gran severidad á su padre, si Luis XIV habia conseguido alguna victoria contra Alejandro Magno. *No le faltaba*

valor para ello, respondió su padre, pero había que vencer una corta dificultad, esto es, era necesario para verificarse, que Alejandro Magno hubiese resucitado, porque había muerto muchos siglos antes que Luis XIV viniese al mundo.

Pero el estudio á que debes aplicarte con mas cuidado es á el de la historia como mas propio para adornar tu entendimiento y formar tu corazon. Es la historia un espejo que nos pone á la vista los sucesos mas notables que han acaecido sobre el teatro del mundo. En ella se vea brillar los rasgos de las virtudes mas heróicas, y se aprenden las revoluciones de los imperios y las costumbres de los diferentes pueblos que han habitado la tierra. El hombre que posee la historia es hombre de todos los tiempos y de todos los paises, al paso que el que la ignora es como un estúpido que solo conoce los objetos que lo rodean y lo que tiene delante de los ojos. Pero como el campo de la historia es inmenso, y necesita mucho tiempo para recorrerse, puedes ceñirte por ahora á la historia Sagrada, á la de tu patria y á la Romana, que son las que mas á menudo ocurren en la conversacion, y no debe ignorar un muchacho bien educado. Si no tienes tiempo para leer los numerosos volúmenes que contienen estas historias, conténtate con leer sus compendios,

en donde hallarás recojido todo lo mas importante.

Y no creas amado Teótimo, que sea este estudio dificil y fastidioso. Antes no hay otro mas divertido ni mas agradable al entendimiento. A cada paso vemos jentes que lo prefieren á cualquiera otro entretenimiento, y que llegan aun á privarse del sueño para gozar del deleite que trae consigo. Haz tu mismo la esperiencia, y hallarás seguramente el mismo atractivo. ¿Te gusta el oir casos raros? ¿Te deleitas mucho cuando te cuentan sucesos memorables? Pues nada en esta parte podrá satisfacer mejor tus deseos y curiosidad que la lectura de la historia. En ella encontrarás los sucesos mas interesantes y mas curiosos que han pasado entre todas las naciones del universo. Léela, pues, con atencion. No puedes hacer mejor uso del tiempo que te queda despues de haber satisfecho á las obligaciones del aula que son primero. Encontrarás juntos en aquella ocupacion el provecho y el deleite, y al paso que ilustre tu entendimiento con los conocimientos que te dé, inclinará tu corazon al amor á la virtud con los admirables ejemplos que te present

Pero procede con orden

Al estudio de estas ciencias.

Y clasifica tus libros

En cuatro clases diversas.

*Dando siempre á los que tratan
De moral la preferencia,
Pues son los mas necesarios
En cuanto al alma interesan.*

*Coloca en segunda clase
Los que á tu estudio convengan,
Para hacer mas adelantos
En tu destino ó carrera.*

*Los que de fisica tratan
Y á conocer nos enseñan
La estructura de este mundo,
Formacion de la materia,
Y las leyes inmutables
Que sigue naturaleza,
En tercer lugar coloca:
Siendo lo último que leas
Los buenos libros de historia
Que al par que instruyen deleitan*

CAPITULO XII.

De la aplicacion al trabajo.

No pongo duda, amado Teótimo, que ce-
sará con ánsia adornar tu entendimiento
con todos los conocimientos de que acabo de
hablar; pero querrás quizás saber cuales son
los medios de que te has de valer para adqui-
rirlos. No hay otros que el estudio y el
trabajo. Porque asi como el campo, por mas
fértil que sea, no produce fruto alguno sino
á fuerza de cultivo, asi el entendimiento
mas despejado queda estéril y enteramente

inútil, si no se le ayuda por medio de un trabajo prolijo y constante. La siguiente fábula confirmará esta verdad.

FABULA XVIII.

El diamante y el lapidario.

Cierto diamante que en bruto
De tierra aun cubierto estaba,
Resistia al pulimento,
Y daba quejas amargas,
Al lapidario que diestro
Le iba lavando la cara:
Y á proporcion que sus cortes
Le cercenaban las barbas,
Desazonado y furioso
De este modo le gritaba:
«¿Qué haces hombre desalmado?
Acaso de obra ó palabra
Te he ofendido alguna vez?
¿Pues por qué así me maltratas?
Dicen los naturalistas
Que es mi dureza estremada,
Pero tú sin duda alguna
Mas dura tienes el alma.
Librame te lo suplico,
De esa rueda condenada,
Que cada vez que dá vueltas
El cuerpo me despedaza.»
«Amigo, replica el hombre,
Es cierto que con tirana
Violencia te atormento;
Pero si no te se labra,
Y el arte en ti no se ocupa,

Serás siempre piedra basta,
 Sin valor, llena de polvo,
 Y en un rincón olvidada:
 Y así solo por tu bien
 Te doy esta fuerte carda.
 Prudente fué la respuesta
 Mas no le sirvió de nada.
 Siguió el tozudo diamante
 Sus quejas y su algazara,
 Hasta que al fin el artista
 Con sus lamentos se abandona,
 Y en un rincón lo abandona
 Al polvo y las telarañas.
 Allí sin luz y sin moscas
 Durmió nuestro cauarada
 Largo tiempo, y aun durmiera
 Si su amo no se acordara
 Un día de él, condolido
 De ver allí despreciada
 Alhaja de tal valor,
 Me le vuelve á echar la garra
 Diciendo: «Piedra tan rica
 Ha de estar abandonada?
 No señor.» La pone al punto
 A pesar de su matraca
 Al taller, y sin piedad
 A puros golpes lo labra:
 Cada vez se vé el diamante
 Con figura mas bizarra;
 Conforme se vá puliendo
 Arroja luces mas claras.
 Queda al fin abrillantado,
 Y deslumbrá con las llamas
 Que arroja á los que le miran
 Todos á una voz le alaban;

La fama de su hermosura
 Llega á oídos del Monarca,
 Que ordena que á su presencia
 Se lo traigan sin tardanza;
 Apenas lo vé, lo admira,
 Y que se coloque manda
 Sobre la corona Real
 Para darla nueva gracia.
 Desde allí con su belleza
 Y con sus fuegos encanta
 El mismo diamante, que antes
 Que su dueño lo labrara,
 Sin dar resplandor alguno
 Cubierto de tierra y manchas
 A la vista parecia
 La piedra mas ordinaria.

En vano naturaleza
 Nos dá las prendas mas raras,
 Jamás producirán fruto
 Si el trabajo no las labra.

Aunque tuvieras el talento mas sublime,
 de nada te serviria si no tuvieses cuidado de
 labrarlo; y por el contrario, aunque la natu-
 raleza se hubiese contentado con darte una
 mediana disposicion para las ciencias, podrias
 hacer en ellas los mayores progresos con tal
 que suplieses lo que faltaba por parte de ta-
 lento con una aplicacion infatigable al estu-
 dio. Asi vemos todos los dias que los campos
 mas estériles á fuerza de cultivo producen
 abundantísimos frutos, porque el trabajo ven-
 ce todas las dificultades y sobrepuja todos los
 obstáculos.

Cuéntase que Demóstenes halló en su natural disposicion tales impedimentos que parecian imposibilitarle de poder hablar jamas en público. Tenia un defecto en la lengua que le estorbaba pronunciar muchas palabras seguidas; su voz era desagradable, y su pecho sumamente débil; pero sabiendo que con el trabajo se consigue todo, lejos de ceder á estas dificultades se animó mas á vencerlas. Ya para corregir la torpeza de su lengua se llenaba la boca de piedrecitas, y recitaba en alta voz muchos versos seguidos. Ya para fortalecer su pecho declamaba violentamente, trepando al mismo tiempo á toda prisa por lugares escarpados. Aun hay quien diga que estuvo metido tres meses en un paraje subterráneo, sin otra ocupacion que la de arreglar su tono y sus movimientos, teniendo un espejo delante para corregir mejor sus faltas. No fueron inútiles estas fatigas; pues á fuerza de luchar con su naturaleza, triunfó de ella con tal felicidad que llegó á ser el mayor orador de la Grecia.

No te desanimes, pues, aunque no tengas uno de aquellos estraordinarios talentos que tanto suele escasear la naturaleza; antes bien á ejemplo de Demóstenes, procura como te he dicho, suplir la esterilidad de tus talentos con mayor aplicacion al estudio. El famoso filósofo Cleanto, era de entendimiento

muy limitado; pero durante su juventud asistió con tal empeño y atención á las lecciones de Cenon su maestro, que en breve se adelantó á todos sus condiscípulos, y llegó á ser la lumbrera de su siglo. No son por lo regular los entendimientos mas vivos los que hacen mas progresos en las ciencias, sino los que mas se aplican al trabajo. Pretenden algunos autores que Boileau no tenia mas que un talento regular, pero nadie trabajó sus obras con mas prolijidad que él. Gastaba á veces dias enteros en pulir y limar un solo verso; y asi no hay obras mas exactas y mas concluidas que las suyas.

Pero sean los que fueren tus talentos, tengas mucha ó poca facilidad en comprender, acuérdate siempre que el trabajo es absolutamente preciso para prosperar. Los mayores ingenios han tenido que echar mano de este medio para adquirir la ilustracion y la ciencia que admiramos en sus obras. Plinio el mayor, tenia tanto cuidado en aprovechar el tiempo, que aun cuando salia á la calle, salia siempre en litera para poder leer sin que le estorbasen las jentes. Mientras siguió la abogacia, jamás iba al tribunal sin llevar consigo un libro para poder emplear en leer el corto tiempo que pasaba desde su llegada hasta que comenzaba la sesion. Su sobrino Plinio el menor, habia heredado su aficion al

estudio. El mismo cuenta en una de sus cartas, que aun cuando iba á cazar llevaba consigo su libro de memorias para poder traer a falta de caza alguna especie útil y nueva. Además de estos ejemplares pudiera citarte el de un antiguo filósofo llamado Carneades, tan embebido en sus libros, que muchas veces se olvidaba de que era hora de comer: de modo que su criada tenia que sacarle por fuerza de su estudio para hacerle tomar algun alimento. De Diógenes se cuenta tambien que desde su niñez fué aficionadísimo al estudio, y que habiendo ido un dia á oír las lecciones de Antistenes, su maestro; éste le envió á pasear, diciendole que no tenia que enseñarle. No bastó semejante desaire para desanimar á Diógenes, antes bien sirvió para que le importunase con ruegos y con instancias. Pero Antistenes que queria desembarazarse de él, ó quiza experimentar su constancia, le replicó con mas dureza, y aun le amenazó darle un golpe. Pégueme usted, dijo Diógenes, todo lo que quiera con tal que deje usted que le oiga.

Pero vé aquí otros dos casos tanto mas extraordinarios, quanto sucedidos con dos niños de tu edad. El primero es el de un muchacho griego llamado Euclides, que á pesar de la prohibicion hecha á sus compatriotas los de Megara de tratar á los atenienses, iba todas las noches á Atenas, favorecido de la

oscuridad para tener la dicha de oír las lecciones de Sócrates, y volvía todas las mañanas á Megara, vistiéndose para esto de mujer, con un manto de diferentes colores como se estilaba, y cubierta la cara con un velo para no ser reconocido. El segundo ejemplo es el del jóven Duque de Borgoña, que durante la larga enfermedad que privó de él á la Francia, no echaba menos otra cosa que sus libros. Sintióse un día algo aliviado hizo las mayores instancias á su ayo para que se los trajese, y preguntándole éste la razón de esta pasión extraordinaria al estudio, respondió el niño: *es que temo olvidar lo que sé, y hay además mil cosas que desear aprender.* Con tales disposiciones no hay que extrañar que antes de cumplir los nueve años tuviese el entendimiento adornado de tantas noticias.

Ya te he dicho, amado Teótimo, y no me cansaré de repetirlo, que el amor al trabajo es la mayor disposición para adquirir las ciencias, y que ningun jóven que se aplique con empeño puede dejar de hacer en ellas progresos rápidos. Acostúmbrate, pues, con tiempo á amar el trabajo. Si no le cobras afición durante tu juventud, jamás se la tendrás, y serás inútil para todo. Al principio quizá te costará alguna mortificación; pero luego que te habitúes, se trocará en deleite. Además de que los frutos que consigas, recompensarán

sobradamente los malos ratos que te hubiere causado. ¿Qué mayor satisfaccion puedes lograr que la de verte al frente de un aula, aventajarte á todos tus émulos, ser el objeto de la complacencia de tus padres, y gozar la estimacion y amistad de tus maestros? Pues todo esto conseguirás si te dedicas con esmero al estudio; pero si los abandonas, quedarás entregado á la ignorancia y al desprecio, y tendrás que sufrir mil mortificaciones por parte de tus maestros, de tus padres, y aun de tus condiscipulos. Esto mismo dió á entender un gusano de seda á un jóven estudiante en la siguiente fábula.



FABULA XIX.

El Estudiante y el gusano de seda

En un colegio un estudiante habia

▪ Nebrija muy poco aficionado,

Y menos aun á estar tan encerrado,
 Mirando como hilaba cierto dia
 Un gusano de seda que tenia
 Por gusto dijo: ¿A qué tan afanado
 Trabajas por estar encarecelado?
 Esta respuesta la sabiduria
 Dictó al gusano; es claro su sentido:
 «Si yo de encarcelarme estoy ansioso,
 Despues que esté algun tiempo recludo,
 Mariposa saldré del tenebroso
 Sepulero; y si no estoy en él metido,
 Seré siempre un gusano fastidioso.»

*** Los principios de las ciencias*

*Aunque siempre son costosos,
 Dan tambien frutos sabrosos
 Si se estudian con ardor.*

*Pues nada, niño, se logra
 Sin trabajo ni fatigas
 Ni el labrador coje espigas
 Sino á costa de sudor.*

*Pero tambien reflexiona
 Que el estudio continuado,
 Y hasta el extremo llevado
 Perjudica á la salud.*

*Asi el estudio y lectura
 Con el descanso concilia,
 Que el desarreglo y vigilia
 Marchitan la juventud.*

CAPITULO XIII.

De la pereza y ociosidad.

La pereza ha sido siempre el defecto mas comun en los niños; por mas que se les pre-

dique contra este vergonzoso vicio, como no prevenen sus funestas consecuencias, miran todas las advertencias que se les presentan como vanas declaraciones, y se entregan con la mayor facilidad á él, por lo mismo que se les presentan con apariencia agradable y que parece prometerles la mayor felicidad. Quizá será esta la idea que tu mismo, oh amado Teótimo, tienes de la pereza. ¡No lo quiera Dios! Pero si lo es, desengáñate y aprende á conocerla mejor. Asi la retrata uno de nuestros poetas latinos.

Al pie del monte Parnaso, dice, hay una profunda cueva, obra de la naturaleza sin el socorro del arte. Al frente de esta gruta informe, hay un campo dilatado y estéril, al cual jamás llegó el arado ni surcó el labrador. En lugar de doradas espigas, solo produce espinas y abrojos. Reina al rededor de esta morada una quietud profunda. Jamás en ella se interrumpe el silencio, ni aun por el canto de las aves. Solamente se oye la voz del mas vil de los cuadrúpedos, cuando con sus gruñidos anuncia á los habitantes de aquel lugar, sepultados en un profundo sueño, que ha llegado el sol á la mitad de su carrera. En lo interior de la cueva se descubre un lecho de grama, rodeado de adormideras. En él descansa dulcemente una indolente diosa, á la que se la ha dado el nombre de Pereza.

diosa amada de los niños y de la juventud, y muchas veces de los más adelantados en edad. Esta diosa desidiosa sale algunas veces de su lóbrega mansion, y se presenta á la luz del dia; pero aunque apoyada sobre un cómodo cayado, apenas puede dar un paso. Semejante á la tortuga, en lugar de andar, parece que arrastra titubeando y tropezando á cada paso. Inútilmente se esfuerza en abrir sus ojos á la luz; el sueño cierra inmediatamente sus párpados, y su cabeza cayendo por su propio peso, á cada instante se une con su pecho. Apenas anda algunos pasos, cuando se detiene para descansar en una silla prevenida por la poltroneria. Está siempre á su lado la ignorancia, su hija, que se dá á conocer por sus largas orejas, que sobrepujan en altura á su cabeza, y por la venda espesa que cubre sus ojos.

Tal es el fiel retrato de la pereza, ó por mejor decir la imájen adecuada de un niño perezoso. El mas perspicaz talento se inutiliza en sus manos, y no produce fruto alguno. Ocupado únicamente en satisfacer sus sentidos, pasa los dias entregado á la desidia, y á un especie de letargo. Cualquier libro es para él un peso intolerable. Si alguna vez lo toma á pesar suyo, inmediatamente se le cae de la mano. Mas quiere fastidiarse, que ocuparse, y prefiere la ignorancia á todos los

conocimientos que necesiten de trabajo para adquirirse; pero tambien le acompaña por todas partes el desprecio. En cualquier aula que esté ocupa siempre el último lugar, y no experimenta otra cosa de sus maestros, que reprehensiones y castigos.

Pero lo mas deplorable es, que á la pereza se siguen las mas funestas consecuencias, y que de ella recibe mortales golpes la inocencia. Porque dejando á un lado la irreparable pérdida de la juventud, que por sí sola es un mal de la mayor consideracion, la ociosidad, que es madre de todos los vicios, no puede menos de precipitar al infeliz jóven en toda clase de desórdenes. No empleando bien el tiempo, precisamente lo empleará mal, se unirá con otros que se le parezcan, gastará él tiempo del estudio en paseos peligrosos, ó en conversaciones sospechosas, y de aquí pasará regularmente, lo que Dios no quiera, á cosas peores. Esta no es una pintura imaginaria. La esperiencia nos enseña que rara vez habita la virtud en el corazón de un niño perezoso; y así puedo asegurarte que en jeneral siempre sigue el vicio á la ociosidad. Por esta razon se ha considerado siempre el trabajo como uno de los mejores preservativos contra el desorden de las costumbres. Cuéntase en las vidas de los padres del desierto, que el superior de una de aquellas casas so-

litarias, despues de haber tenido toda la mañana á sus súbditos ocupados en hacer cestas de mimbrés, les obligaba por la tarde á deshacerlas, de modo que nunca salian del principio de su trabajo. Entre dichos solitarios, hubo uno que cansado de esta insulsa tarea, que le parecia enteramente inútil, se presentó á dicho superior y le dijo sencillamente, que estaba admirado de que se les hiciese malgastar el tiempo de aquel modo, y que hacer y deshacer en buenos términos, era no hacer cosa alguna. *Te engañas hermano, replicó el Abad, vive persuadido de que no pierdes el tiempo: acuérdate que no debe tenerse en poco el evitar la ociosidad.*

Esta idea no era privativa de aquel solitario. Todos los sábios igualmente han mirado la pereza y la ociosidad, como el mas pernicioso vicio, y no falta quien diga que entre las leyes que dió Dracon á los atenienses, habia una que condenaba á muerte á cualquiera que fuese convencido de haberse abandonado á dicho vicio. Sin duda te parecerá esta ley demasiado severa, pero á lo menos te dará á conocer el concepto que se ha hecho siempre del hombre perezoso.

Huye, pues, oh amado Toótimo, de la pereza como de un monstruo que no te alhaga sino para sacrificarte á todos los vicios. La fábula nos cuenta, que las sirenas con el so-

nido de sus voces melodiosa, atraian á su isla los navegantes, y despues de tenerlos en ella les sumerjian en la ociosidad y en el deleite, y les transformaban al cabo en brutos. Ulises enterado de esto, y viéndose obligado á pasar cerca de la isla de estas pérfidas ninfas, se hizo tapar los oidos para no percibir su canto, y con esta precaucion evitó el caer en sus manos. Haz cuenta que la pereza es para tí una de estas engañosas sirenas, que procura atraerte con sus hechizos para hacerte semejante á los animales, sumerjiéndote en la ignorancia y en los vicios. Imita la conducta del prudente Ulises. Huye de sus funestos atractivos y esmérate en consagrar tu juventud al trabajo. La ociosidad te gustaria á los principios, pero causaria tu perdicion; y el trabajo aunque te cueste algun esfuerzo, será para tí el manantial de mil preciosos bienes. El labrador que cultiva y siembra su campo, tiene que pasar muchas fatigas que ahorra el que deja el suyo inculto; pero tambien recoge abundante mies, y este otro se vé reducido á la mayor pobreza. Tal es la diferencia entre el trabajador y el perezoso. La fábula siguiente contribuirá á que juzgues de ambos como debes.



FABULA XX.

El padre de familias y sus dos hijos.

Por el ameno campo
 Paseaba cierto día
 De fiesta, con dos hijos
 Un padre de familias.

Ambos eran dotados
 De comprensión muy viva,
 Mas sus inclinaciones
 En nada parecidas.

El uno era estudioso
 Y dócil; prefería
 El otro hermano el juego
 A Vives y Nebrija.

Comun entre estudiantes
 Suele ser tal desidia,
 Pero en grado el más alto
 El nuestro la tenía.

Bien sus distintos jénios
 El padre conocía,
 Y para el perezoso

Buscaba medicina,
 Como esto le ocupaba
 En la hermosa campiña
 Vió volar dos insectos
 De prendas muy distintas:

La infatigable abeja,
 Y la mariposilla
 Liviana; el padre atento
 A su prole querida,

El caso aprovechando
 Esta leccion les dicta,
 Señalando los vichos
 Que el aire discurrían:

«¿Veis esos dos insectos
 Que aire jirán?

Pues son de vuestros jenios
 Imágenes cumplidas.

Tu que con tal cuidado
 Al estudio te aplicas,
 En la prudente abeja
 Tu fiel retrato mira.

Como á ella su trabajo
 Dá mieles esquisitas,
 Así honor, ciencia y bienes
 Te darán tus fatigas.

Mas, hijo, tu que ocioso
 (Vuelto al otro seguía)

El estudio abandonas
 Y á jugar te dedicas,

En esta mariposa
 Ligera y aturdida,
 Hallas bien retratada
 Tu inquietud y desipia.

De flor en flor volando
 Corre la pradeia,

Sin que del vano juego
Fruto alguno consiga:
Y despues de mil vueltas
Inútiles y listas,
Al fin, sin hacer nada
Viene á acabar su vida.

¿Y esperas otra suerte
Si como ella deliras?
Lo mismo digo a todos
Los niños que la imitan.

.. Si, jóven, no hay en el mundo
Plaga acaso mas funesta,
Que los vicios que producen
La ociosidad y pereza;

Vicios son tan detestables
Que no hay nacion en la tierra
Que no los ódic y castigue
Con las mas terribles penas.

Hasta de graves pecados
Los califica la Iglesia,
Y á los suplicios eternos
Al hombre ocioso condena.

La ociosidad es orijen
Del fango y de la miseria,
Ella el crimen santifica,
La impiedad nos aconseja,
Y al robo y asesinato
Con piso firme nos lleva.

Salomon, el rey mas sábio,
Que ha conocido la tierra,
De este modo nos describe
El vicio de la pereza:

.. or el campo pasé del perezoso
Y la tierra encontré de abisajos llena,
Derruido el cercado, él con reposo,

Y al verle, escarmenté en cabeza agena:
 A su ocio el aragan abandonado
 Ni aun por su subsistencia se fatiga;
 Vuelve en tí, insecto vil, degenerado,
 Y contêmpla el afán con que la hormiga
 Sin que nadie la instruya, su alimento
 Se sabe procurar, sigue su huella,
 Duerme poco, trabaja y el sustento.
 Tendrás asegurado como ella.

CAPITULO XIV.

De las diversiones y juegos.

Aunque te he encargado con tanto empeño que huyas de la pereza y ociosidad, no pretendo con esto amado Teótimo, que se estienda esta prohibicion á privarte totalmente de las diversiones y juegos. El entendimiento no puede estar siempre ocupado: necesita descansar de cuando en cuando y tomar algun alimento. De S. Juan Evangelista se dice, que despues de haber satisfecho á las penosas obligaciones de su apostolado, se divertia en domesticar una perdiz; y que habiéndole manifestado alguno su admiracion de verle con este entretenimiento, le respondió, que del mismo modo que un arco no podia siempre estar tendido, no sufría la flaqueza del hombre que estuviese sin interrupcion entregado al trabajo. En este supuesto no desapruuebo yo que te diviertas, ni que interpolés el trabajo con el descanso.

lo que quiero únicamente es darte algunos consejos, para que en las diversiones que tomes evites todo lo que pueda hacértelas funestas, y volvertelas veneno.

Has de saber, pues, que no todos los entretenimientos son licitos. Hay algunos peligrosos y culpables, pongo por ejemplo, los espectáculos, las conversaciones libres, las leyendas sospechosas &c.; y por consiguiente debes totalmente privarte de ellos. Es cierto que divierten el corto tiempo que duran: pero á este deleite momentáneo se le siguen los remordimientos, la inquietud y los latidos de la conciencia, que causan mucho mayor dolor que gusto la diversion precedente. Esaú se deleitó en comer el plato de legumbres que compró á su hermano Jacob; pero cuando despues de haberlas comido, comenzó á reflexionar que habia cedido por ellas su primojenitura, se puso á rujir como un leon y no podia consolarse de haber sacrificado los mayores bienes á un placer instantáneo. Esto mismo pasa á todos aquellos que por disfrutar una satisfaccion transitoria, pierden su inocencia, que es el bien mas precioso que poseemos. Quiera Dios, amado Teótimo, que jamás te suceda otro tanto. Bien te guardarias de beber ponzoña aunque estuviese mezclada con miel: pues haz lo mismo con las diversiones ilícitas. **Considéralas como un veneno sutil, que al pa-**

so que agrada al paladar, dá muerte al alma. La sagrada Escritura presenta una viva imájen de esta verdad en la persona de Jonatás.

Habiendo ido un día este jóven príncipe acompañado de su escudero á acometer á los Filisteos, infundió tal temor en su campo y tal confusion, que volvieron las armas unos contra otros, y comenzaron á matarse entre sí. La noticia de este desórdén llegó en breve al campo de los israelitas; y Saúl enterado de la ausencia de Jonatás, conjeturando lo que habia sucedido, resolvió marchar inmediatamente á perseguir á los enemigos, para completar la victoria principiada con tanta felicidad por su hijo. Pero antes de ponerse en marcha juró quitar la vida á cualquiera que tomase el menor alimento, mientras no acabase el día. Observaron esactamente sus órdenes todos los soldados, aunque hallaron muchísima abundancia de miel en el camino; pero Jonatás, que ignoraba el juramento de su padre, viéndose desfallecido con la fatiga que habia sufrido en el combate, cojió un poco de miel con la punta de una varita, y se la puso en la boca. En esto, llegada la noche, hizo alto el ejército para descansar un poco, y queriendo volver á marchar para continuar el alcance de los Filistéos, consultó Saul al Señor para saber cuai seria el écsito de esta nueva empresa. Pero viendo que Dios no le daba respuesta,

sospechó que alguno de los individuos de su ejército le habria irritado, desobedeciendo á la prohibicion que habia hecho, y juró que aunque fuese el mismo Jonatás, le haria pagar su desobediencia. Mandó en efecto que se echasen suertes para ver si el Señor descubria el culpado, y cayó la suerte sobre Jonatás. ¿Qué has hecho? le dijo entonces Saul, su padre. ¡Ay de mí! respondió el jóven Principe, yo Señor, me ví muerto de hambre, tomé al pasar, con la punta de una varita, un poco de miel: ¿y he de perder por eso la vida? Si, replicó Saul, morirás: iba en efecto á cumplir su juramento, pero el pueblo movido de compasion, desarmó su cólera, y consiguió á fuerza de ruegos que perdonase á Jonatás.

Vé aquí, amado hijo, un lijero bosquejo de lo que te sucederia, si á pesar de las órdenes de Dios, verdadero padre y Rey tuyo, te atrevieses á probar algunos de esos deleites que te ha prohibido. Llámolo un lijero bosquejo porque Jonatás no murió realmente; y tú, amado Toótimo, padecerias una muerte aun mas funesta que la que se destinaba á este Principe, y podrias decir con mas razon que él: he probado un poco de miel, esto es, un brevísimo deleite, y ha dado éste la muerte á mi alma. Para que comprendas aun mejor cuales son las consecuencias de las diversiones peligrosas é ilícitas, lee la siguiente fábula.

FABULA XXI.

La mosca y la leche.

Una mosca holgazana andando á caza
 Como suelen de alguna golosina,
 Rondando una cocina
 Ve colmada de leche una gran taza:
 Vaya, dice, encontré lo que buscaba,
 Dichosa soy: de esta hecha,
 Para seis meses quedo satisfecha.
 Asi la tontarrona se engañaba,
 Bien ajena de creer que una bebida
 Tan dulce habia de acabar su vida:
 Se arroja pues, muy lista y muy gozosa,
 En aquel mar de leche; se recrea,
 Y se atraca á su gusto y sin cuidado;
 Al fin se cansa ya de andar á nado;
 Quiere salir pero es fatiga ociosa;
 Boga por todas partes y redea
 La taza; mas en vano;
 De aquel vasto Oceano
 Toda la costa está tan escarpada,
 Que no puede treparla; al fin cansada
 Vá á beber de las aguas de Leteo. (*)
 El jóven que, engañado del deseo,
 Se entrega á algun deleite peligroso,
 Tiene este paradero lastimoso.

Pero no todas las diversiones son de esta
 naturaleza. Hay muchas lícitas é inocentes,
 como las conversaciones honestas, el paseo y
 los juegos moderados; pero aunque estas no

(*) Leteo, rio del infierno segun la fábula. La es-
 presion quiere decir que murió.

son culpables y puedes usar de ellas, debes con todo observar ciertas reglas y condiciones, sin las cuales pudieran causarte perjuicio.

1.^a No debes dedicar al juego mas tiempo que el que te sea permitido, porque si se alarga y nos ocupa demasiado rato, en lugar de servirnos de remedio nos daña, desperdiciamos en él sin necesidad un tiempo cuyos instantes son de infinito precio. Perdemos la afición al estudio, y nos inclinamos á la ociosidad; de modo que en lugar de renovar las fuerzas de nuestra alma, las relaja y las debilita. San Agustín llora amargamente en sus confesiones, la demasiada afición que tenia al juego durante su niñez, y el tiempo que en él habia malgastado, pudiendo emplearlo en adquirir conocimientos útiles.

2.^a Es menester que el juego sea desinteresado, porque apenas damos entrada al interés y á la codicia de ganar, cuando deja de ser diversion; y se vuelve una ocupacion seria, que fatiga el ánimo, ajita el corazón, y revuelve las pasiones. De aqui viene que notemos en los jugadores aquel semblante inflamado, aquellos ojos encendidos, y aquellos ímpetus de cólera, que les hacen estender muchas veces su insensata venganza aun á los mismos instrumentos del juego. Este es tambien el origen de aquellas espresiones picantes, y de aquellas violentas disputas que á cada paso se

mueven entre ellos, y los precipitan algunas veces en los últimos escesos. Verás una imájen sensible de esta verdad en la fábula que te voy á relatar.



FABULA XXIII.

El perro saldero y el gato.

Pichon , perro saldero , retozaba
 Con fray Meloso , gato que habia sido
 Criado de pequeño en un convento
 Y habiendo apostatado , se encontraba
 En el siglo sirviendo á un caballero,
 Con el perrito estrechamente unido.
 Segun relata el viejo autor del cuento.
 Como hermanos, con juego placentero
 Ambos á das se urgaban , se corrian,
 Ya las zarpas , ya el diente
 Manejando , mas siempre biandamente,
 La union reinaba entre ellos : florecia
 La deleitable paz ; pero envidiosa
 La discordia arrojó la pernicioso
 Manzana entre los dos. Sucede un dia

Que el amo de sus gracias encantado,
 Un sabroso bocado
 Los echa. Para el juego al momento :
 Los que antes se querían como hermanos,
 Tocan con sus gruñidos á rebato;
 Con encono sangriento
 Se muerden y se arañan inhumanos;
 En fin , proceden como perro y gato
 Y por cojer la deseada presa ,
 Sin duda hubieran á la orilla aciaga
 De Aqueronte bajado hecho pedazos ,
 Si el amo al ver que su furor no cesa,
 No coje una zurriaga
 Y á los guapos separa á latigazos.
 Acaece lo mismo en todo juego ;
 Si llega el interés á introducirse ,
 Cesa la diversion , se enciende el fuego
 De la discordia , y viene á convertirse
 En furor , en injurias y en quimeras,
 Y á veces en desgracias lastimeras.

Pero aun cuando no tuvieras que temer inconveniente alguno de estos , siempre deberias huir de todo juego interesado. No porque sea malo que se atravesiese algun dinero en el juego , siendo moderado , sino porque se hace costumbre de esto , se escede de los límites de la moderacion , y vienen á atravesarse tales sumas , que causan gravísimo daño al que las pierde. ¿ Pero en qué desórdenes no precipita esta furiosa pasion á la juventud ? ¿ Cuántos vemos sumerjidos en la miseria , tristes víctimas de este vicio , el mas tirano de todos ? ¿ Cuántos conocemos que han sacrificado en

las aras de esta cruel furia sus caudales, sus haciendas, sus esperanzas, y aun el amor á la benevolencia de sus padres? Te causaria horror el juego, si estuvieras instruido en todas las desgracias que ha ocasionado aun á las familias mas opulentas.

Desconfia pues, de todo juego interesado, y jamás pierdas de vista estas juiciosas máximas de Madama Desohulieres.

Amargos son los placeres
Siempre que se abusa de ellos.
Es bueno jugar un poco
Mas solo por pasatiempo;
Que el que por oficio juega
De comun consentimiento,
De hombre no tiene otra cosa
Que la preseneia y el jesto:
Ni es fácil como se piensa
Al jugar mucho dinero
Que conserve la honradez;
Pues de ganar el deseo
Dia y úoche le atormenta
Como un activo veneno,
Por ser el bobo comienza
Y acaba por ser fullero.

5.^o Es menester portarse siempre en el juego con igualdad y cortesia; lejos de tí toda prontitud, toda impaciencia. No imites á aquellos que siguen con el semblante y los modales las mudanzas del juego, que se entregan á una escesiva alegría cuando les favorece, y se llenan de una negra melancolía, quan-

do les es contraria. Evítalo aun con mas cuidado, todo movimiento de ira, y toda obstinacion en sostener tus derechos. Siempre es mejor ceder, al contrario, que ofenderle con palabras amargas. Juega en una palabra de tal manera que á nadie ofendas, y no dañes á tu conciencia con las faltas que son tan comunes en el juego.

La mas austera virtud

Aconseja en ocasiones

Las fiestas y distracciones

Como medios de salud.

El ojitado ejercicio

Del baile, caza y paseos

Son permitidos recreos

Si no se toman por vicio.

Tampoco es vituperable

El jugar por distraccion;

Mas si raya en afición

Todo juego es detestable.

En fin, placeres procura

Gozar sin daño del alma;

Disfruta de ellos con calma

Y harán siempre tu ventura.

CAPITULO XV.

De la mentira.

La mentira es uno de los defectos mas comunes en los niños. Cuando cometen alguna falta, y temen la reprehension ó el castigo, procura ocultarla con el velo de la mentira para librarse de ambas cosas. No creo amado Teófilo, que jamás hayas echado

no de tan indigna estratagemas, pero como puedes hallarte en ocasion en que estés espuesto á usarlo, es menester precaverte contra este vicio, y hacerlo mirar con el debido horror.

No hay otra cosa en efecto mas aborrecible que la mentira. Ultraja á Dios, engaña á los hombres, y nos hace incurrir en la indignacion de aquel y en el desprecio de estos. Los jentiles mismos han reconocido y condenado su indignidad. Unos la consideraron como una injusticia, y otros como una señal de un hombre ruin. Llegaron algunos de ellos á tal delicadeza en este punto, que jamás quisieron mentir ni aun en chanza. Cornelio Nepote atribuye á Atico, y elogia en él esta delicadeza. Homero cuenta que Aquiles repetia muchas veces que miraba con mas horror á cualquier embustero que á la misma muerte. Los Persas consideraban la mentira como el vicio mas vergonzoso, y desde que sus hijos llegaban á la edad de cinco años nada les recomendaban con mas ahinco, que el que siempre dijesen la verdad.

No puedo escederme, amado Teótimo, por mas que te repita igual encargo, y quisiera grabar en tu corazon la máxima que un sábio Príncipe escribió con el dedo sobre los lábios de su hijo; *antes morir que mentir*. Este es el único medio de conseguir la estimacion y la confianza de aquellos con quienes vivas, porque nadie se fia de un embustero. Como se sabe que habla de un modo, y muchas veces piensa de otro, todo el mundo sospecha de su sinceridad, y no se dá crédito alguno á sus palabras, aun quando diga verdad, por el justo temor de que mienta en aquel caso como en

otros, en que se le ha cojido en esta falta. Richter á declarado mas y mas esta verdad con la siguiente fábula.



FABULA XXIII.

Los pastores.

Pascualillo el pastor hacia el bobo,
 Y el campo por reirse alborotaba,
 Gritando alguna vez al lobo, al lobo,
 Cuando en venir el lobo no soñaba.
 Al oír de su voz el lastimero
 Eco, los compañeros acendian;
 Mas viendo ya la burla, al embustero
 Dejaban que gritase, y le decian:
 «Llegará el tiempo en que de veras llames
 Y entonces será en vano,
 Pues que por mas que clames
 Nos estaremos mano sobre mano.»
 Se cumplió. Llegó un lobo carnicero,
 Se metió en el redil, y en un instante,

A pesar del pastor , del incesante
 Ladrido de los perros,
 No perdonó ni á oveja ni á carnero :
 Huyó Pascual , y por aquellos cerros ,
 Mil voces dió las mas desafortadas ;
 Sus compañeros todos se reian ,
 Y de lejos con voces y palmadas
 Sin moverse ni un paso respondian ;
 De manera que el lobo de mal año
 Salió á costa del misero rebaño .

Nunca se queje el que á otros ha mentido .
 Si aunque verdad les diga no es creído ,

Acostúmbrate , pues , á mirar siempre con horror la mentira , y á considerarla como un vicio indigno de todo hombre honrado , y principalmente de un cristiano : porque no hay cosa en efecto mas opuesta á la honradez y á la religion que el decir lo contrario de lo que se piensa . No nos ha dado Dios la facultad de hablar sino para manifestar la verdad ; y por consiguiente el servirse de ella para mentir ó para engañar á los que tratamos , es abusar de los dones del Señor y oponerse á sus intenciones .

Sin duda me replicarás , ¿ por qué no ha de ser lícito el mentir cuando la mentira á nadie daña y es útil para nosotros mismos , librándonos de algun mal que nos amenaza ? Para responder á tu dificultad me contentaré con citarte el ejemplo y las palabras de Telémaco .

Siendo jóven este Príncipe llegó en compañía de Narbal , su amigo , á Tiro , en donde

reinaba Pigmaleon. Habiendo sabido Narbal que el cruel Monarca habia dado orden de prender á Telémaco, y no ignorando que si llegaba á averiguar que era hijo de Ulises le quitaría la vida, corrió inmediatamente á encontrarle y le habló en estos términos: *Tengo precision, oh Telémaco, de presentarte al Rey; te hará mil preguntas acerca de quien eres, y has de responder que eres de Chipre, natural de la ciudad de Amatonta, é hijo de un estuario de Venus. Declararé por mi parte que conocí en otro tiempo á tu padre, y quizá el Rey sin mas ecsámen te dejará ir. No hallo otro medio de salvar tu vida y la mia. Abandona, respondió Telémaco, abandona á este infeliz, contra quien está empeñada la suerte. Yo se morir, oh Narbal, pero no se resolverme á mentir. No soy Chiprió, y soy incapaz de decirlo. Los dioses ven mi sinceridad. Poder tienen para conservar mi vida, y ellos dispondrán medios si quieren. Pero yo no me valdré de la mentira para salvarla. Ésta mentira, replicó Narbal, es absolutamente inculpable, á nadie daña, salva la vida á dos inocentes, y aun al mismo Rey no le engaña sino para impedir que cometa un atroz delito. Tu eres demasiado nimio en el amor á la virtud, y te escedes hasta el extremo en el temor de ofender la religion. Basta, replicó Telémaco, que la mentira sea mentira para que sea indigna de un*

hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El que falta á ella, ofende á los dioses, y se ofende á sí mismo, porque habla contra su conciencia. Cesa, pues, oh Narbat, de proponerme una cosa tan indigna de tí y de mí. Si los dioses nos miran con piedad, ya sabrán librarnos; y si quieren dejarnos morir moriremos víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres un ejemplo que les enseñe que debe preferirse la pureza de la virtud á una larga vida.

Tal era el modo de pensar de este jóven Príncipe, que preferia la muerte á la mentira; y tales deben ser tambien las disposiciones de todo niño que se precia de religion y de virtud. Jamás te hallarás por lo regular en un lance tan apretado como el de Telémaco; pero podrá suceder que te veas en la alternativa de mentir, ó de confesar una falta de la que te resulte alguna reprehension ó castigo; y en tal caso jamás prefieras tu conveniencia á la verdad.

La mentira te dañaria mas que el castigo mas seguro. Ya está medio enmendada la falta cuando hay valor para confesarla, y seria acrecentarla hasta lo sumo el querer negarla. Jamás se gana cosa alguna con mentir, y siempre se pierde mucho. Además de ofender nuestra conciencia, incurrimos muchas veces en un castigo mas riguroso, porque nadie perdona á la mentira. Al contrario, siempre es ven-

ajoso decir la verdad. Damos á conocer con esto, que si hemos tenido la flaqueza de cometer aquella falta, tambien tenemos el valor de confesarla, y esta sinceridad basta muchas veces para conseguir el perdon. Me acuerdo de un pasage sobre este propio asunto, que al mismo tiempo que te divierta, confirmará la verdad de cuanto he dicho.

FABULA XXIV.

El Principe y los forzados.

Tenemos ciertas casas de madera
 En los puertos, que son el paradero
 Regular donde todos los bribones
 Con un remo en la mano,
 Hacen la penitencia mas severa,
 Bajo de un director fuerte y austero,
 De todas sus pasadas siprazones;
 De las galeras hablo en castellano:
 En esta habitacion tan miserable
 Llegó á entrar cierto dia
 Un Principe curioso que corria
 El mundo: luego que entra, los forzados
 Viendo aquella ocasion tan favorable
 De salir del colegio, se presentan
 A su Alteza, le imploran humillados,
 Y sus causas le cuentan,
 Cada cual sus razones alegando,
 Y la vida anterior santificando.
 Ninguno entre ellos se halla delinquente
 El uno echa la culpa al escribano,
 O á una enlurnia: el otro á la dureza
 De su juez: éste culpa su pobreza;

El que menos, en fin, era inocente,
 Y al parecer humano
 Debía alguno ser canonizado.
 Entre ellos llega un hombre, ya avanzado
 En edad, y con rostro pesaroso
 Dice: «Señor, yo he sido muy dichoso
 De haber salido de las garras fieras
 De la justicia solo con galeras ;
 Pues que el mayor facineroso he sido,
 Asesino, traidor y moedero,
 Y mil veces la soga he merecido,
 Aunque se han contentado con el sasto.»
 El Príncipe le mira muy severo,
 Y vuelto á los demas dice: «No es justo
 Que un sujeto tan vil y tan malvado
 Entre tanto hombre honrado
 Habite: salga el pícaro al instante
 De la galera, porque tal tunante
 Si entre esta buena gente residiese,
 Puede que su inocencia corrompiese.»

El se libró y los otros embusteros
 Como estaban, quedaron prisioneros.
 Logra ser perdonado
 Quién sincero confiesa su pecado.
 " ; *Qué logra con mentir el embustero,*
Si al fin en propio daño
Se viene á convertir su falso engaño
Y el desprecio se atrae del orbe entero?
En breve por sus chismes conocido
Y su maledicencia,
Huyen todos su trato con prudencia,
Y aunque diga verdad, nunca es creído.
Y á tal punto es odiado el mentiroso
Que en su misma pobreza
El honrado prefiere la franqueza
A ser por un embuste poderoso.

CAPITULO XVI.

De la cortesía.

Siempre se ha considerado la cortesía como prenda necesaria á todo niño bien educado. Ella es la que dá al mérito aquel lustre y aquel agrado que le hace amable. Un hombre de mérito sin cortesía, es semejante á una figura bien delineada, pero que aun no tiene colorido: ó por mejor decir, á un precioso diamante sin brillantar. Sus modales eclipsan todas las otras prendas que posee. Su impolítica le hace perder toda la estimacion que pudiera conseguir con sus talentos, y se le considera como á una de aquellas aves nocturnas, criadas precisamente para vivir en la oscuridad, que no pueden presentarse á la luz del dia sin ofender la vista de los que las miran.

Del mismo modo, á proporcion, se moteja la impolítica de un niño, que la de un hombre hecho: si se presenta atado con cierta rusticidad, si es demasiado tímido ó sobrado atrevido, si no saluda, si no responde, si no dá gracias cuando viene al caso, aunque en lo demás posea las mas estimables prendas, todo el mundo dice: *¡qué niño tan mal criado! parece que le han sacado de alguna choza ó de algun desierto.* Pero al contrario, si se presenta con gracia, si responde con prudencia y modestia á lo que se le pregunta, si trata con mucho

respeto y atención á sus superiores, si habla ó calla á tiempo en una conversacion, aunque no tenga por otra parte el mayor mérito es aplaudido, estimado, y se le colma de los elogios mas lisongeros.

Esto mismo experimentarás, oh amado Teotimo, á proporcion de la política que tengas. No juzgará el público de tu mérito y de tu educacion sino por tu conducta exterior. Acostúmbrate, pues, á tratar con modo y cortesia á todo el mundo y en todas ocasiones; porque la política debe estenderse á todo, y manifestarse en todas partes; en el modo de presentarte, evitando toda postura dejada y desidia, no andando con precipitacion; moderando y midiendo los movimientos del cuerpo; en el semblante, no dejando que se manifieste en él la vanidad, el mal humor, la frialdad y la tristeza; en la conversacion guardándose de contradecir, disputar con tenacidad, interrumpir á los que hablan, y de usar ciertas palabras indecentes propias del populacho; en las concurrencias, tomando siempre el último asiento, levantándose y saludando como es costumbre á los que llegan, teniendo siempre un semblante decente y risueño, y hablando solo para responder: en el juego manteniéndose de continuo con humor igual, y perdiendo con galanteria; en el paseo, cediendo la derecha y la acera á los superiores; y saludándoles con res-

peto, antes que ellos saluden, en la mesa y en los convites portándose con moderacion, sobriedad y limpieza. ¿Pero á donde voy á parar? Seria menester un tomo entero para explicar individualmente todos los preceptos de la buena crianza; tus maestros suplirán mi silencio en este punto. No tienes mas que hacer que aprovecharte de sus lecciones, y no mirar como fútiles las reglas y los modales que te dictáren para pulirte; y aunque te parezcan poco importantes, son absolutamente necesarias, y ninguno puede presentarse en el mundo con honor y con decencia sin ellas; porque, como antes dije, no hay en el mundo cosa mas despreciable que un hombre sin crianza. Tenga en lo demas todo el mérito que tuviere, desaparece á vista de su impolítica; es como un hombre rico que no sabe honrarse con sus riquezas.

Cuando te exhorto á que seas atento, estoy muy lejos de pretender que incurras en cierta afectacion, que se ha llegado á introducir en los modales, en los movimientos, en el modo de presentarse, y en el adorno de algunos jóvenes conocidos en el mundo con el nombre de *petimetres*. Los tales hacen el papel mas despreciable que puede hacer un joven. Cualquiera que dá en esto, ocupado continuamente en su peinado, sus joyas y sus gestos, funda todo su mérito en esta vana esterioridad, se cree

digno de estimacion porque sabe algunas fórmulas de cumplimientos, porque habla en tono decisivo, y borda una cortesía; pero la gente sensata que no se deja alucinar de esta engañosa exterioridad, le aplica con razon lo que dijo la zorra á un busto.

No es mas un petimetre que un farsante :

Su disfraz, su magnífica apariencia

Pasma al vulgo ignorante;

El burro á lo exterior siempre se atiende,

Pero el zorro, sagaz siempre, previene

El engaño, y dilata su sentencia,

Hasta dar dos mil vueltas al objeto ;

Y mirarle bajo uno y otro aspecto ;

Asi cuando en él no halla lo que quiere,

Repite lo que dijo cierto dia

A un busto hermoso y grande: «El que te tuviere»

Tal busto, tendrá, dijo, una preciosa

Alhaja, una cabeza primorosa

Mas de seso totalmente vacia »

¡A cuántos pisaverdes vendrá justo,

Lo que el dicho raposo aplicó al busto !

Sé pues político en tus modales, pero jamás afectado: oculta el arte con que los arregles, de modo que parezcan efectos sencillos de la naturaleza. Un hombre de mucho mérito decia un dia de su hijo : *me desesperaría si le viese petimetre*. Lo mismo te repito: mas querria verte falto de crianza que afectado.

El excesivo cuidado en la exterioridad, y el demasiado deseo de agradar encaminan casi siempre á los vicios.

*** Si el jóven en sociedad
 Pretende hacerse apreciable
 Es fuerza que sea amable
 Y ostente su urbanidad.*

*Que el aprecio y distincion
 Por su trato se procura
 El que sabe con finura
 Presentarse en reunion.*

*Y odioso se llega à hacer
 El presumido altanero
 Que por su ademan grosero
 Se da luego à conocer.*

*Asi, para no incurrir
 En la nota de insolente,
 Has de observar puntualmente
 Lo que te voy à decir :*

*Nunca salgas de tu esfera,
 Ni digas mal de ninguno:
 Sé en e hablar oportuno
 Y à losa neianos venera.*

*Jamás con lengua rastrera
 Adules al poderoso;
 Ni desprecies orgulloso
 Al pobre ni al desgraciado :
 Sé siempre fino y honrado,
 Y no te harás ensadoso.*

CAPITULO XVII.

De la eleccion de estado.

Aunque todavia no estás en edad de elegir estado, oh amado Teótimo, con todo, como dentro de algunos años te verás precisado á determinarte en este punto, me parece preciso

darte alguna instruccion acerca de él, para que desde ahora puedas tomar las precauciones necesarias, á fin de no engañarte cuando llegue el caso en asunto tan importante.

No hay cosa, en efecto, que influya tanto en nuestra salvacion, como el acierto en la eleccion de estado. Si tenemos la prudencia necesaria para elegirle bien, y abrazamos aquel á que el cielo nos llama, podemos esperar con fundamento el mas feliz éxito; porque jamás abandona Dios á los que obedecen á su llamamiento: pero al contrario, el que yerra su vocacion tiene muchos motivos de temer acerca de su salvacion; á causa de que regularmente tendrá menos auxilios para cumplir con las obligaciones de un estado abrazado contra las órdenes de la Providencia. Los que no yerran en la eleccion de estado, son como árboles plantados en el terreno y clima que les conviene, que sin necesidad de mucho esmero en su cultivo crecen con una rapidez increíble, estienden muy lejos sus pobladas ramas, y producen los frutos mas esquisitos y abundantes. Cuando al contrario, los que infieles á la voz del cielo, abrazan distinta profesion de aquella á que les llama, se parecen á los árboles trasplantados á paises y terrenos para los cuales no los hizo la naturaleza. Por mas que les rieguen y cultiven, por mas que se cuide en hacerlos crecer, siempre se mantienen endebles

y estériles; y si alguna vez dan algunos frutos son por lo regular muy pequeños, y jamás llegan á madurarse. En una palabra, el estado á que Dios nos llama es el camino por donde quiere conducirnos al puerto de la salvacion. Errar este camino y seguir otro, es esponerse á parar en un término enteramente opuesto al que debemos esperar. No abulto esto para inspirarte un vano terro; esta es una verdad generalmente reconocida. Dios enseñó un dia á Santa Teresa el puesto que la tenia destinado en el infierno, sino hubiera seguido con fidelidad su vocacion.

Aplicate, pues, oh amado Teótimo, á discernir el estado á que Dios te llama. No hagas lo que la mayor parte de los jóvenes, que sin tomarse el trabajo de examinar la voluntad de Dios, forman un plan de vida acomodado á su capricho, y no miran á otra cosa en el estado que abrazan, que á lisongear sus viciosas inclinaciones. Dí antes lo que un santo jóven dijo, cuando para inclinarle á que se quedase en el mundo contra su voluntad, hacian brillar á su vista los honores y los grandes bienes que en él se le destinaban: *De que le sirve al hombre, exclamó, ser dueño del universo, si al cabo pierde su alma?* Aunque estuvieses colocado sobre el primer trono del mundo, si estabas en él contra la voluntad de Dios, debieras lamentarte de tu suerte, y mirarle como el es-

ndo mas deplorable. Es menester, pues, ante todas cosas, que consultes al Señor, y no busques en el estado que abracés otro interés que el de tu salvacion; porque el abrazar cualquier estado sin haber consultado á Dios, seria embarcarte en un navio sin piloto, y esponerte por consiguiente á un naufragio inevitable.

Pero para que puedas conocer con mas seguridad la voluntad de Dios, y para que no te engañes en un paso tan importante, has de tomar los siguientes medios y precauciones que nos sugieren la religion y la prudencia. = 1.º Es necesario hacer una vida pura y arreglada, porque Dios regularmente no comunica sino con las almas santas é inocentes. = 2.º Es menester recurrir á Dios por medio de la oracion, y decirle á menudo como Samuel: *Hablad, Señor, descubridme vos mismo vuestras intenciones acerca de mi persona; ó repetir con David: Enseñadme, Señor, el camino que debo seguir, pues he levantado mi alma hácia vos.* No dejará Dios de oír tus oraciones, principalmente si á ellas añades algunas particulares devociones, y el uso de la sagrada Eucaristia. = 3.º Es preciso consultar á los ministros del Señor: esto es, al director de tu conciencia y á tus padres, pues ellos son los que Dios te ha dado por guias y conductores. No des pues, paso alguno sin haber tomado su dictamen, y sin esponerles tus razones. No hay

cosa mas justa que esta docilidad y este respeto. Con todo, hay ocasiones en que no debemos acomodarnos á los deseos de nuestros padres, en lo tocante á la vocacion. Porque si Dios, por exemplo, te diese claramente á entender que te llamaba por el estado eclesiástico ó religioso, y tus padres por un amor demasiado natural ó cualquiera otro motivo humano, quisiesen con peligro de tu salvacion detenerte en el mundo, debieras entonces oponerte á su voluntad, y sin faltar á la obediencia filial y al debido respeto, responderles, como en otro tiempo los Apóstoles: ¿es acaso justo que os obedezcamos antes que á Dios?

Esto fue lo que practicó San Francisco de Sales, cuando conoció el estado á que Dios le llamaba. Por mas que sus padres le representaron que era el primogénito, y por consiguiente, que estaba destinado á ser el báculo y apoyo de su familia, por mas que quisieron persuadirle que su deseo de abrazar el estado eclesiástico procedia únicamente de una devocion indiscreta, y que podria salvarse en el mundo tambien como en la iglesia; por mas que le propusieron los establecimientos, mas honoríficos y ventajosos, no pudieron hacerle titubear. Prefirió siempre la voluntad de Dios á la de sus padres; y mas quiso renunciar á todas las ventajas temporales que se le prometian, que á la gracia de su voca-

cion , que le elevó despues á tan alto grado de santidad.

Tal es , oh amado Teótimo , la conducta que han de tener los niños cuando Dios les llama á un estado contrario á la voluntad de sus padres. Obrar de otro modo seria hacer á Dios la mayor injuria , y ser acreedor á los castigos que padecen regularmente aquellos que resisten á su voluntad , y que abrazan un estado á que no han sido llamados. Me contentaré con citarte un solo pasage que nos refiere San Gregorio , y que dá á conocer claramente el rigor con que Dios castiga á los que tienen la temeridad de forjarse á su antojo una vocacion contraria á los designios de su Providencia.

En tiempo en que San Benito admiraba al mundo con la fama de sus milagros y de su santidad , acudió á él un jóven iniciado en el estado eclesiástico , suplicando le libertase del demonio que le atormentaba. Empleó el Santo el favor que tenia con Dios en beneficio de aquel mancebo. Tuvo la felicidad de ser atendido , y logró libertarle de la esclavitud del espíritu maligno ; pero despues de haberle curado , le encargó espresamente de parte de Dios , que jamás recibiera los sagrados órdenes ; añadiéndole , que si tenia tal atrevimiento , volveria el Señor á permitir que el demonio tomase otra vez posesion de su cuer-

po, en pena de su temeridad. El mencebo, espantado de esta amenaza, se resolvió desde luego conformarse con el prudente consejo del santo solitario; pero con el tiempo, ó por culpable olvido, ó por la solitud de sus padres, ó por el atractivo del interes, se aventuró á pedir á su Obispo que le ordenase. El Prelado que ignoraba lo que le habia pasado, no puso reparo en concederselo; pero apenas acabó de ordenarse, cuando cayó á los pies del Obispo, haciendo las contorsiones mas espantosas, y esclamando con una voz lamentable, que estaba poseido del demonio, y que lo tenia bien merecido por haber incurrido en la temeridad de recibir los sagrados órdenes, á pesar de habérselo prohibido el Señor por boca de San Benito.

No castiga Dios por lo regular de un modo tan visible á los que han sido infieles á su vocacion: pero no es por esto menos real ni menos terrible su castigo. ¿A cuántos vemos que en lugar de la dulce vida que esperaban pasar en el estado que abrazaron contra la voluntad del Señor, se ven continuamente rodeados de amarguras, y lloran y se lamentan sin cesar de haberlo tomado? Pero aun cuando gozasen la vana felicidad de que se lisonjearon siempre serian muy dignos de compasion; porque es muy difícil que se salven, siguiendo un camino opuesto al que Dios los

habia señalado. El infierno está lleno de réprobos, que solo han parado en él porque han faltado á su vocacion, y que si hubieran sido dóciles, infaliblemente hubieran conseguido el Cielo. Aprende con su ejemplo á no omitir diligencia alguna para conocer el camino por donde Dios te llama á sí, y luego que valiéndote de los medios que te he explicado, lo hubieres conocido, no dejes por motivo alguno de seguirlo. De este paso depende principalmente tu felicidad en esta vida y en la otra. Si abrazas el estado á que Dios te llama, estás por decirlo así, seguro de tener una vida feliz, y de salvarte; en lugar que si te apartas del camino que el cielo te ha destinado, te espones á ser desgraciado en el tiempo y en la eternidad.

*** Si la eleccion de estado*

Ejerce en nuestro bien tanta influencia ;

¿ Con qué cauta prudencia

No habrás de conducirte niño amado,

Para elegir con tino

El puesto á que te llama tu destino?

Mas si en tan árdua empresa

Tuvieres de acertar poca esperanza,

Funda tu confianza

En Dios que por tu dicha se interesa ;

Y acudirá al instante

A confortar tu pecho xozobrante.

Pues Dios que, bondadoso,

Al misero mortal formó á su hechura,

Desea su ventura;

Mas quiere que á si deba e' ser dichoso,
 Y en sus atribuciones
 Dueño le deja ser de sus acciones.
 Señor de su alvedrío,
 Pensar, querer y obrar puede á su agrado,
 Mas si camina errado,
 Viene á sacarle Dios de su estravio,
 El sendero obstruyendo,
 Que le va al precipicio conduciendo.
 Si el aviso desprecia,
 Y el obstáculo que halla y Dios le opone
 A vencer se dispone,
 De su empeño será victima necia;
 Y al dar en el abismo,
 ¿A quién ha de culpar sino á si mismo?
 Asi, niño, inocente,
 Antes de decidirte á dar un paso
 A ciegas y al acaso,
 Pide de corazón á Dios clemente
 Te conceda su gracia
 Para evitar con tiempo una desgracia.
 Si así, niño, lo hicieres,
 Lograrás eleccion más acertada,
 Y al fin de tu jornada,
 Si acertaste á cumplir con tus deberes,
 Tendrás la recompensa
 Gozando con tu Dios la gloria inmensa.

CONCLUSION.

Hasta ahora, amado Teótimo, me he esforzado en delinearte el camino que debes seguir para vivir estimado de los hombres y amado de Dios; pero serian vanas mis fatigas para

fiacionarte á la virtud, si no tuvieses por tu parte el mayor cuidado en evitar los dos escollos en que regularmente zozobran las buenas máximas que se procuran inspirar á los jóvenes. Estos dos escollos son las conversaciones y los ejemplos de los malvados. Hallarás quizá algunos de ellos que tienen á inspirarte modos de pensar enteramente opuestos á los que he procurado imprimir en tu ánimo. Unos te dirán que la juventud es el tiempo de los placeres, y que es tontería emplearla en estudios y trabajos. Otros te querrán persuadir que debes evitar la singularidad, y vivir como todos aquellos con quienes tratas; y no faltará quien llegue hasta ridiculizar tu modestia y tu piedad. Ten por seguro que encontrarás estas contradicciones por parte de muchos jóvenes viciosos, que parece que el infierno esparce sobre la tierra para tentar y seducir á los que quieren tener una vida pura y arreglada. Pero no hagas cuenta alguna de sus impías proposiciones. Murmurarán de tí esteriormente, porque tu conducta condena sus desórdenes; pero en lo íntimo de su corazón te estimarán, y envidiarán tu felicidad. Mas llegará á sucederte: si observan en tí una virtud sólida que no se desmienta, vendrán al cabo á respetarte de tal modo que no se atreverán á proferir indecencias en tu presencia. Esto sucedió en su juventud á San Bernardino de Sena. En su vida se

cuenta que lo tenían en tanta veneracion sus condiscípulos, que si se presentaba delante de ellos cuando tenían alguna mala conversacion, callaban inmediatamente, dando con su silencio un testimonio de respeto á su virtud. Pero aunque los jóvenes licenciosos te tratasen con el mayor desprecio, quedarias sobradamente recompensado con el testimonio de tu conciencia, y con la estimacion de los buenos. Mas nos honra el voto de un solo hombre virtuoso, que puede perjudicarnos la censura de todos los vicios.

El ejemplo de los malos es el segundo escollo de que debes guardarte, porque has de estar asegurado de que no todos los jóvenes viven conforme á las prudentes reglas que te he enseñado. Verás muchos que siguen sendas enteramente opuestas; pero su ejemplo no debe hacerte apartar del buen camino. Si vieses una multitud de insensatos que por capricho se arrojaran en un precipicio, lejos de imitarlos y seguirlos, ¿No lamentarias su ceguedad? Pues del mismo modo debes portarte cuando veas los desórdenes en que se precipitan los jóvenes viciosos. Piérdanse, hagan disparates, al fin son locos. Pero tú, en lugar de imitar su locura, escarmienta con su ejemplo, y hazte mas prudente.

FABULA XXV.

El zorro y el burro.

A la luz de la luna cierta noche
 Un zorro viejo andaba
 A pata, porque no tenia coche
 Buscando una suerte favorable
 Para llenar su panza venerable.
 Ansioso campo y bosque registraba,
 Cuando halló en el camino
 Un barranco, un fatal desfiladero,
 De la inocente caza esperadero,
 Puesto propio para un asesinato:
 El tuno, cuyo olfato era muy fino,
 Y que marchaba siempre con recato,
 De lejos olió el queso.
 «¡Oh que paso! exclamó: seguramente
 Aquí hay trampa, quizá algun penitente
 Que me escucha, me aguarda aqui escondido
 Mas el chasco es que soy algo travieso
 Y no me precio mucho de inocente;
 Y así si acaso espera el desayuno
 A espensas del que pase, persuadido
 Puede vivir que su hambre de esta hecha,
 No quedará á mi costa satisfecha.»
 Decirlo y volver grupa fue todo uno.
 Al ver esto un borrico que pacia
 En un prado cercano, le decia:
 «¿Cómo es eso, señor Doctor zorruno?
 Usté que siempre ha sido tan valiente,
 ¿Por qué tiene á ese estrecho tanto miedo?»
 A cada instante con gentil denuedo
 Le pasa ya la liebre, ya el conejo:
 No tiene usté honra verdaderamente.»
 «Admiro su valor, dice el raposo,

Mas yo no soy de gloria codicioso,
 Y como ya estoy viejo
 Huyo á mil leguas de cualquier tramoya,
 Guardo como reliquia mi pellejo:
 No quiero que se diga, aquí fue troya;
 Eso de hacer el guapo es muy ageno
 De un zorro como yo de canas lleno.
 Habló como prudente
 Y paso atrás volvió inmediatamente.

Con efecto, nos debemos guardar de seguir sin discreccion el ejemplo de los demas. Debemos imitarlos cuando obran bien pero guardarnos con el mayor cuidado de seguirlos cuando van por el camino del vicio. Tal fue la conducta de los dos Santos jóvenes, Gregorio y Basilio, de quienes ya te he hablado. Se hallaban rodeados de una multitud de mancebos sumerjidos en los vicios y en los desórdenes; pero *teniamos*, dice San Gregorio, *la fortuna de experimentar en medio de la corrupcion general de costumbres, una cosa semejante á la que cuentan los poetas de un rio que conserva la dulzura de sus aguas en medio de la amargura de las del mar; y de un animal que subsiste en medio del fuego sin padecer el menor daño. No teniamos trato alguno con aquellos cuyo ejemplo podia perjudicarnos. No conociamos en Atenas mas que dos caminos; es á saber, el que iba á la Iglesia, y el que nos conducia á la escuela y á las casas de nuestros maestros de literatura. En cuanto á*

los que guiaban á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las concurrencias y á los festines, los ignorabamos totalmente.

Solo con este esmero y cuidado en huir y resistir el ejemplo de los malos, podrás conservar la inocencia y el amor á la virtud. Jamás imites á aquellos jóvenes que cuando se les reprende de alguna cosa mal hecha, piensan justificarse diciendo: *los demas lo hacen.* Las faltas ajenas no escusan las nuestras. Nunca es lícito obrar mal, por muchos que sean los que lo hagan: lo malo siempre es malo, y por consiguiente siempre debemos aborrecerlo. Bien veia el jóven Tobias que todo el pueblo acudia á ofrecer incienso á los idolos; con todo no creyó que este ejemplo le autorizase á hacer lo mismo: y mientras los demas corrian á las alturas destinadas al culto del becerro de oro para adorarle, este fervoroso Israelita iba solo á presentar sus adoraciones al Señor en el templo de Jerusalem. Imita, amado hijo, este excelente modelo. Resiste vigorosamente al impetuoso torrente que procura arrebatarte; y aunque veas á todos tus compañeros sepultados en el desórden, observa siempre con inviolable fidelidad las sábias máximas que he procurado inspirarte.

Y no creas que los consejos que te he dado sean impracticables: el plan de vida que te he

delineado no es tan difícil como parece, y no hay en él cosa que no hayan ejecutado muchos niños de tu misma edad y circunstancias. Ya puedes haberte hecho cargo de esto por los diferentes ejemplos que te he citado, además de los cuales están llenos los libros de otros infinitos, que podrán servirte de antídoto cuando los leas contra los ejemplos escandalosos de que seas testigo. Quiera Dios que á imitación de aquellos excelentes modelos, vivas de manera que pueda algundia decirse de tí lo que ahora se dice de ellos.

ADICION FINAL.

Trátase de las reglas de urbanidad y cortesía que deben observarse en las visitas, tertulias, etc.

“ Como mi ánimo, amado Teótimo, es que adquieras también alguna instruccion de aquellas ocurrencias mas frecuentes de la sociedad, donde estamos destinados á vivir y tratar con los demás hombres, me ha parecido oportuno hablarte en este lugar de la urbanidad y cortesía, comprendiendo aquellas reglas mas esenciales que debes observar siempre que te presentes en las iglesias, paseos, visitas, etc.; portandote con aquella compostura, delicadeza y política que inspiran agrado, y demuestran la buena educacion de las personas que las ejercitan.

Así pues, amado Teótimo, siendo preciso no ofender con la persona ó con la ropa la vista de los demás, ni incomodarles con malos olores, procurarás al salir de casa llevar limpia la cara, la dentadura, la cabeza y

las manos, cortadas las uñas. peinado el cabello, y el vestido sin manchas, rotura ni descosido.

Si te dirijes á la Iglesia debes considerar que caminas á la casa de Dios, destinada á tributarle los cultos públicos que le son debidos, y están prescriptos por nuestra sagrada religion: por tanto debes al entrar descubrirte totalmente la cabeza, tomar agua bendita, santiguarte, hacer una genufleccion, y dirigirte al puesto que has de ocupar: en él has de estar de rodillas con humildad, recogimiento, devocion y atencion á los sagrados misterios: si por algun grave motivo te precisa levantarte ó sentarte alguna vez, no debes poner una pierna sobre otra, reclinarte ó echarte sobre el respaldo del asiento, volver la cara, escupir con estrépito, ni tomar postura alguna indecente: si dejas aquel primer puesto y ocupas otro, debes al pasar por el altar mayor, por el en que se halla reservado el Santísimo Sacramento, ó se esté celebrando misa, poner en tierra la rodilla derecha y hacer una profunda inclinacion; pero si el Santísimo estuviese patente te arrodillarás enteramente, y en este caso lo mismo egecutarás al entrar y salir de la Iglesia.

Si fueses á visitar á alguna persona, debes al entrar en su casa dar aviso por medio de algun criado, si le hubiese, y si no, tocar á la puerta sin estrépito, presentándote en seguida descubierta la cabeza con moderacion, y haciendo una cortesia, sentándote en el sitio inferior cuando te lo insinúen sin pasar al sofa ni otro puesto principal, como no te obligue á ello el dueño de la casa, y á que dejes el sombrero y le coloques en un sitio cómodo; ya sentado debes saludar, en general á las demas personas que ecsistan allí y si tuvieses algun conocido podrás tambien saludarle en particular, y á todos con aquella dulzura y agrado que tanto reclama la urbanidad; pero sin afectar en los cumplimientos

con demasiada ceremonia, ni usar de adulaciones, zalamería, falsa humildad, ni de otras bajezas que tanto degradan y ridiculizan al hombre: debes conservar el cuerpo derecho y natural, sin encogerte ni recostarte, hacer contorsiones, ni apoyarte sobre los codos ó las manos, teniendo las piernas decentemente unidas, no estendidas ni cruzadas; ni una sobre otra, procurando no escupir al frente de las personas, ni distraerte con papel escrito que esté por allí ni tocarle; no registrar ó reconocer los libros ni cosa alguna de la que exista en la sala ó aposento; manifestar el motivo de la visita sin interrumpir la conversacion pendiente, y cuando llegue el caso de despedirte, debes repetir los cumplimientos, observando por regla general no dilatar demasiado las visitas, principalmente cuando se hacen á personas muy ocupadas; si al tiempo de marchar te acompaña el dueño de la casa, debes suplicarle no se tome tal incomodidad, repitiendo lo mismo en cada una de las puertas, si se empeña en seguirte.

Si te suplicase le acompañes á la mesa, precedidas aquellas escusas agradables y políticas que hacen tanto honor á las personas bien educadas, aceptarás con gusto y con aspecto que denote tu agradecimiento. En ella no deberás entrar el primero, desdolar la servilleta ni poner las manos en los platos hasta que el dueño de la casa y personas superiores que concurren lo ejecuten; en seguida colocarás el plato á una distancia moderada, el pan á la izquierda, el cuchillo y cubierto á derecha, cuidando de no coger con los dedos cosa alguna, sino con la cuchara si es liquido, ó con el tenedor si es crasa: solo las cosas secas son las que pueden tomarse con los dedos, siendo muy indecente el lamerlos, limpiarlos con el pan, y despues comerlo: ó fregar con él los platos de lo liquido que en ellos haya quedado; has de evitar el comer con demasiada lentitud ó con

demasiada precipitacion, de tomar un bocado antes de tragar el otro, ni ha de ser tan grande que llenes enteramente la boca, ni con ella, los labios ó la lengua has de hacer ruido. Los huesos, las espinas, las cortezas y otras cosas de esta clase las tomarás con los dedos, y colocarás á un lado del plato, y te advierto que es impolitico oler las viandas, poner las narices sobre lo que han de comer los demas, dar á otro lo que está sobre nuestro plato, y que ya hemos probado, el vaso que ya hemos llevado á la boca, el pan que hemos tocado, ó el cubierto que hemos usado. No debes hacerte plato sin la insinuacion del dueño de la casa, y entonces no usaras del cubierto que te haya servido para sacar la comida de la fuente que está para todos, sino de una cuchara ó tenedor limpios, procurando no escederte, sino echar con arreglo; y si el mismo dueño u otra persona hiciese el obsequio de servirte, deberás manifestar igual moderacion. Sabido es que el dueño de la casa no debe alabar plato alguno por bueno que sea, ni forzar ó importunar á los convidados para que coman ó beban; pero estos tampoco deben manifestar repugnancia ó disgusto de manjar alguno por malo que sea, sino abstenerse de él. No debes pedir de beber antes que las personas de mas autoridad que estén en la mesa, ni llenar el vaso, beber con el bocado de modo que te atragantes ó derrames el licor, antes y despues de beber te has de limpiar los labios con la servilleta; y en la mesa debes de abstenerte de rascarte en la cabeza, roer las uñas con los dientes, hacer gestos, estar con la boca abierta, sacar la lengua, morderte los labios, recostarte contra el respaldo de la silla, estirar los brazos, dar castañetazos con los dedos; y cuando te sea preciso estornudar ó toser, debes volver la cabeza á un lado, poniendote el pañuelo en la boca ó narices para que no rocies á los demas: la servilleta debe servir para enju-

garte los labios y los dedos, pero no para otro uso, ni para limpiarte los ojos ó la cara, y procurar no mancharla con caldo, salsa ó vino. No debes promover conversaciones melancólicas, ni hablar de cosas que causen náusea, sino de asuntos agradables sin mover disputas, y acabar de comer al tiempo que los demás, y aun será muy conveniente que no seas de los últimos.

Si concluida la comida quisiese le acompañases á pasear, has de procurar darle siempre el lado derecho, marchar con moderacion, no codear ó empujarle; por las calles le darás la acera que es el sitio mas principal, y si se uniese otro sujeto, debes colocarte en el lugar mas inferior; y si se parase á hablar con alguno, te has de apartar un poco para no oír la conversacion, y solo te unirás cuando te manifieste ó insinúe que no te retires: si al paso te saludasen debes corresponder con cortesia, y si es persona superior adelantarte á saludarle antes que lo haga; si alguno se para á hablarte, debes hacer lo mismo, quitándote el sombrero, y si es persona de respeto no te cubrirás hasta que se cubra ó te lo insinúe.

Si concluido el paseo te convidase á refrescar, debes portarte en los términos esplicados con relacion á la mesa, guardando la debida proporcion, y teniendo cuidado de no soplar las bebidas calientes que sirvan, porque este es un modo de enfriarlas muy grosero. Si de alli te condujese á alguna tertulia, al presentarte en la concurrencia debes obrar en la forma dicha con relacion á las visitas, y si al llegar se interrumpe la conversacion, debes suplicar se sirvan continuarla, pero sin mostrar curiosidad ni empeño en saber de lo que se trataba: si tomas parte en la conversacion has de procurar no hablar demasiado, ni usar de un tono de voz que ofenda los oídos, cuidando de hacerte agradable, y de no proferir espresiones contrarias á la decencia y á

las buenas costumbres, ni usar de dicharachos ó bufonadas, mucho menos de la sátira y murmuración. Si algunos de los concurrentes dice alguna proposición opuesta a tu dictámen, no has de empeñarte en contradecirle, pues cuando sea preciso, debes hacerlo con agrado y buen modo; y sobre todo, no has de desmentir a persona alguna, porque en el caso que proponga algún hecho no cierto ó de diversas circunstancias, debes pedir la venia y decir modestamente, *me parece ó tengo entendido que esto es de este modo ó del otro*: si te contradijesen no te has de agraviar, responderás cortes y agradablemente, manifestando sin calor los motivos y razones que te asisten, cediendo cuando veas que insiste en lo contrario, particularmente si adviertes que tus razones no hacen fuerza a los demás concurrentes: si refieres algún suceso debes arreglarlo y esponerlo con claridad y orden, haciendo aquellas reflexiones que puedan darle mas hermosura sin usar de digresiones y repeticiones inútiles, de cuentos insulsos y tontos que tanto incomodan, de narraciones funestas y melancólicas, pues has de escoger con preferencia asuntos alegres y agradables; si otro alguno de los concurrentes habla cualquiera materia, no debes interrumpirle, llamar la atención de los demás, introducir otro discurso, ni decir que es *cosa ya sabida*, quitarle la palabra para continuarla, sugerirle concepto ó palabras, si adviertes que titubea; y en fin debes no incomodarle de modo alguno con motes ó chanzas, principalmente si conoces que se resiente: y si por el contrario, sufrirlas con agrado y corresponder con buen humor sin resentimiento ni enfado. Tampoco debes en la concurrencia desnudarte, vestirte, estirarte las medias, limpiar los zapatos, cortarte las uñas ó roerlas con los dientes, tocar la trompeta al tiempo de sonarte las narices, ni recrearte despues con el pañuelo y bostezar con estrépito; y seguir

hablándole en el acto de tener la boca abierta alentar la cara de la persona con quien se habla, rociarle con saliva, gargajear ó escupir en el suelo frente de los concurrentes, rechinar los dientes, morder alguna cosa aspera ó fuerte como hierro, etc., hablar ó reírte en ti mismo, cantar ó tocar el tambor con los dedos, desperezarte, silvar, enredar con los pies ó manos, volver la espalda, apoyarte en los hombros de alguno, dar con la mano ó con el codo á las personas con quienes hablas, decir al oído y en secreto cosa alguna sin pedir antes la venia á los demas, alargar la mano por delante para recibir ó dar algo á otro, pues debe hacerse siempre por detras de la persona intermedia, no pasar tampoco por delante, ponerte en pie si se acerca alguno á hablarte, y no sentarte hasta que él no se siente: no responder *si ó no* á secas si te hiciese alguna pregunta: sino contestarle, *si señor ó no señor*; no usar de tono imperativo cuando tu preguntes, sino de las espresiones *suplico, ruego á usted, tenga usted la bondad, dispenseme el favor, ó sirvase usted decir ó hacer tal cosa*, dándole el titulo ó tratamiento que le corresponda: en fin, debes portarte en todo con aquella cortesía y delicadeza que hace á los hombres tan amables y agradables que todos desean concurrir, tertuliar y formar con ellos sociedad; y ten entendido, amado Teótimo, que es tan esencial la observancia de todas estas reglas, que solo las que sean de etiqueta ó ceremonia podran dispensarse en las concurrencias de aquellas personas que trate con mucha satisfacción, familiaridad y confianza.

FIN.

INDICE.

Introduccion. De cuanta importancia es el acostu- brarse desde los primeros años á la virtud.	6
Fábula I. Los dos barqueros.	8
Fábula II. El roble viejo y el arbolito.	14
Adicion	15
Cap. I De la piedad y del culto de Dios.	16
Adicion á este capitulo.	23
Cap. II. De los varios egercicios de piedad.	23
Adicion á este capitulo.	33
Cap. III. De la inocencia.	id.
Adicion á este capitulo.	42
Cap. IV. De las malas compañías.	43
Fábula III. Los Naranjas.	47
Fábula IV. El raton y el gato.	50
Adicion á este capitulo.	54
Cap. V. De los malos libros.	55
Fábula V. El labrador y el niño.	59
Adicion á este capitulo.	61
Cap. VI De las obligaciones de los niños para con sus padres	62
Cap. VII. De las obligaciones de los niños para con aquellos que están encargados de su educacion.	71
Fábula VI. La viña y el labrador.	75
Fábula VII. El enfermo y el cirujano.	77
Fábula VIII. El niño enfermo.	81
Adicion sobre las obligaciones que debemos á la patria.	84
Cap VIII. De la docilidad.	85
Fábula IX. La mariposa jóven y la vieja.	87
Fábula X. El maestro y el discipulo.	91
Fábula XI. El canario.	94
Adicion á este capitulo.	96
Cap IX. De las obligaciones de los niños para con sus iguales	97

Fábula XII. La oveja y la mariposa.	100
Fábula XIII. El niño soberbio.	101
Fábula XIV. Los dos hombres seos.	104
Fábula XV. El perrito y sus compañeros.	107
Cap. X. De la ciencia.	110
Fábula XVI. Las ventajas de la ciencia.	116
Adición á este capítulo.	119
Cap. XI. De la instruccion que deben adquirir los niños.	id.
Fábula XVII. Flora y el niño.	124
Adición á este capítulo.	130
Cap. XII. De la aplicacion al trabajo.	131
Fábula XVIII. El diamante y el lapidario.	132
Fábula XIX. El estudiante y el gusano de seda.	139
Adición á este capítulo.	140
Cap. XIII. De la pereza y ociosidad.	id.
Fábula XX. El padre de familia y sus dos hijas.	146
Adición á este capítulo.	148
Cap. XIV. De los diversiones y juegos.	149
Fábula XXI. La mosca y la leche.	153
Fábula XXII. El perro sablero y el gato.	155
Máximas de Madame Deshouliere.	157
Adición á este capítulo.	158
Cap. XV. De la mentira.	id.
Fábula XXIII. Los pastores.	160
Fábula XXIV. El príncipe y los forzados.	164
Adición á este capítulo.	165
Cap. XVI. De la cortesía.	166
Lo que dijo la zorra á un busto.	169
Adición á este capítulo.	170
Cap. XVII. De la eleccion de estado.	id.
Adición á este capítulo.	177
Conclusión final.	178
Fábula XXV. El zorro y el burro.	181
Adición final. Trátase de las reglas de urbanidad y cortesía que deben observarse en las visitas, tertulias, etc.	184

ADVERTENCIA.

Este amigo de los niños y todos los libros necesarios y mandados por el Gobierno de S. M. para los establecimientos de primera educacion, incluso el papel reglado de escribir por los métodos de Torio, Iturzaeta y Alverá, en cuartilla y apaisado; los de latinidad y muchos libros de devocion se hallarán á precios equitativos en Valladolid en la Imprenta y libreria de J. Pastor. calle de Cantarranas n.º 31

Igualmente se halla el *Curso completo de Instruccion primaria, ó sea Escuela elemental y superior de educacion*, por D. Carlos Arce, 10.ª edicion, corregida y aumentada con el sistema métrico decimal, conforme al plan y reglamento vigentes.

Se reparte gratis al que le pida el *Cátalogo* de todas las obras de primera educacion que se usan en las escuelas.

José Oute





373
893
G